



REPERTORIO HISTORICO DE LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

República de Colombia – Volumen XXXIV – No. 238 – Sept. - Dbre., 1981

Medellín - Colombia Apartado Aéreo 7175 - Teléfono: 39 55 76

Dirección cablegráfica ACANDEHISTORIA

Tarifa para libros y revistas editados en Colombia Permiso No. 106 ADPOSTAL

	SUMARIO	
	Resoluciones	169
	De Nuestra Antioquia	
	Alma del Hogar Tradicional de Antioquia	
	Jaime Sanín Echeverri	171
	Ciudades de Antioquia	
	Fundación de Rionegro	
	Carlos Betancur Arias	179
	Simón Bolívar y el proceso de emancipación ayer y hoy	
	Jorge Rodríguez Arbeláez	191
	El escogido inmortal médico del Libertador	
	Alejandro Próspero Reverand.-	
	Donato Duque Patiño	198
	Más Bibliografía Bolivariana	
	Néstor Botero G.	205
	Hombres de Antioquia	
	Monseñor Valerio Antonio Jiménez	
	Guillermo Duque Gómez	210
	Mosén Roberto Jaramillo Arango	
	Carlos E. Mesa G. c.m.f.	226
	Estampa biográfica de Ricardo Rendón	
	Libardo Bedoya Céspedes	229
	Mujeres de Antioquia	
	Teresa Lopera Montaño	
	Carlos E. Mesa G. c.m.f.	235
	Empresas de Antioquia	
	El Puente de Occidente	
	Miguel Martínez	245
	Una Crónica antioqueña: La Nochebuena	
	Sofía Ospina de Navarro	249
	Libros de Antioquia	
	Fugaz Semblanza de Antioquia	
	Jorge Artel	253
	Un nuevo libro antioqueño	
	David Mejía Velilla	256
	Académicos de Antioquia	
	Alfonso García Isaza	
	Raúl Gutiérrez Vélez	258
	La Academia en Acción	
	Notas de la Secretaría	261

PRESIDENTE

Pbro. Damián Ramírez Gómez

VICEPRESIDENTE

Javier Gutiérrez Villegas

TESORERO

Guillermo Echavarría Misas

SECRETARIO

Libardo Bedoya Céspedes

REVISOR FISCAL

Raúl Gutiérrez Vélez

Comisión de Publicaciones

Director del Repertorio

P. Carlos E. Mesa G.

Pbro. Javier Piedrahíta E.

Dn. Néstor Botero G.

Impresión

L. Vieco & Cía Ltda.

RESOLUCIONES

LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Teniendo en cuenta

Que el próximo 29 de noviembre se celebra el Bicentenario del nacimiento en Caracas del insigne Maestro de América Dn. Andrés Bello, que a decir de Marco Fidel Suárez "Nació en Venezuela, enseñó en Chile y le aprendieron en Colombia".

Que en el Programa de su celebración en la ciudad de Bello se han incluido algunos actos de homenaje dispuestos por la Academia Colombiana de Historia, la de la Lengua, de Medicina, de Ciencias, de Jurisprudencia, del Instituto Caro y Cuervo, de la Sociedad Geográfica y del Patronato Colombiano de Artes y Ciencias.

Que la Academia fue invitada por las autoridades Municipales de Bello a participar en todos los actos del Bicentenario y además por la Academia Colombiana de Historia en los actos organizados por ella en aquella Ciudad.

Resuelve:

Art. 1o. La Academia Antioqueña de Historia rinde tributo de Admiración y respeto a la memoria del ilustre Dn. Andrés Bello con motivo de la celebración del Bicentenario de su nacimiento.

Art. 2o. La Academia se hará presente en los actos programados en la ciudad de Bello y muy especialmente en la Sesión Solemne de la Academia Colombiana de Historia en el templo histórico de la localidad.

Art. 3o. Copias de esta Resolución se harán llegar al Concejo Municipal de Bello, a la Academia Colombiana de Historia y a la prensa de la ciudad.

Dada en Medellín a los 3 días del mes de noviembre de 1981.

LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA

Teniendo en cuenta

Que el 30 de diciembre próximo se conmemora el Bicentenario del nacimiento en Envigado del ilustre Repúblico, Prócer de la Independencia y "Padre de la Historia Colombiana", Dr. José Manuel Restrepo.

Que José Manuel Restrepo es el autor de obras fundamentales de la Historia Colombiana como la "Historia de la Revolución de Colombia", "Historia de la Nueva Granada", "Biografía de Dn. José María Cabal", "Memoria sobre amonedación de oro y plata en la Nueva Granada" y obras de gran contenido histórico como el "Diario Político y Militar".

Que es deber de la Academia exaltar la vida y la obra del ilustre patriota que es honra de la Historia Colombiana.

Resuelve:

Art. 1o. Convócase para el primer martes del mes de diciembre una reunión extraordinaria de la Academia para rendir el homenaje debido a la memoria del eminente historiador Dr. José Manuel Restrepo con ocasión de cumplirse el Bicentenario de su nacimiento.

Art. 2o. Para exaltar la vida y obra del ilustre prócer de la Independencia designase al Pbro. Juan Botero Restrepo quien ha elaborado una muy bien documentada Biografía del historiador.

Art. 3o. Copias de esta Resolución se publicarán en el Repertorio Histórico y en la prensa de la ciudad.

Dada en Medellín a los 3 días del mes de noviembre de 1981.

Damián Ramírez Gómez
Presidente

Libardo Bedoya Céspedes
Secretario

*ALMA DEL HOGAR
TRADICIONAL DE ANTIOQUIA*

Por Jaime Sanfín Echeverri

Sería imposible concebir siquiera la vida del hombre en la paulatina ocupación y desenvolvimiento de estos nuestros valles nativos sin la presencia continua de la Virgen María, venerada en las imágenes de sus diversas advocaciones. Rionegro empieza a ser ciudad de señorío cuando todos sus vecinos notables traen desde la derruida ciudad de Santiago de Arma el famoso presente del rey Felipe II, aureolado de milagro y de leyenda, que es la estatua de la Virgen del Rosario. El retablo de Nuestra Señora de los Dolores, conducido por una piadosa señora que le construirá el primer templo, determina la fundación de la sociedad de La Ceja del Tambo, y una imagen de la misma denominación hace posible la existencia del Guarzo, hoy El Retiro, ante la cual han de venir año tras año los libertos de doña Javiera a pagar con preces el precio de su libertad. Y de estos mismos valles habrán de salir para plantar otros tantos santuarios marianos, los fundadores de Sonsón y de Abejorral, los de Salamina y el Sargento, los que llevaron a los nuevos territorios los nombres cejeños de Aranzazu y Marulanda y aquellos González y Aranzazu, nobles familias que tenían títulos reales sobre todas las tierras del actual departamento de Caldas, en cuya colonización no hay una mujer más notable que la viuda de don Juan de Dios,

primera dama que fue de la Nueva Granada, donante de terrenos en que habían de construirse templos marianos como células de las nuevas ciudades. Del otro lado del río Negro nunca fue menor el favor. La sociedad toda del Carmen de Viboral sufrió su mayor conmoción entrañable cuando desapareció y acaso fue incinerada por arbitrio eclesiástico la imagen añosa de la Virgen que había dado nombre al pueblo. Y todos esos hombres inteligentes y andarriegos que tienen la sangre marinilla, coautores de la colonización del occidente colombiano, la hicieron bajo la égida de Nuestra Señora. Esta colosal aventura, la más grande que se ha emprendido en nuestra vida republicana, tiene el sentido de una peregrinación en los labios de los intrépidos arrieros que se detenían a orar en cada capilla de la travesía interminable, pero sobre todo en la oración constante de la matrona antioqueña, el ejemplar humano de más acabada perfección que ha producido nuestra patria, ante cuya abnegación, elegancia y generosidad deberán descubrirse los estudiosos de todas las latitudes y tendencias.

El hogar antioqueño tradicional del cual subsisten por fortuna muchos millares de copias, puede ser ridiculizado ligeramente por quienes están enajenados a modelos espurios, renegados de su cuna nobilísima, pero es algo de que nos seguiremos ufando cuantos analicemos objetivamente sus auténticos valores: el denuedo de esos varones duros que plantaban su casa blanca llena de flores en el filo fresco de la montaña y se aventuraban solos a merced de los peligros de la selva, dejando la acrisolada virtud de la señora y el cuidado de los hijos bajo la custodia de la imagen de María. Se habla de que la ausencia reiterada del marido en la familia debida a las empresas transportadoras, agrarias y mineras, donde luchaba cuerpo a cuerpo con el áspid ponzoñoso y con el tigre, pero más con los invisibles gérmenes de las lagunas y con toda la insalubridad ambiental, decidieron en la organización hogareña de Antioquia una nueva suerte de matriarcado. En efecto, la madre antioqueña, más que otra alguna, tuvo que tomar decisiones cotidianas en ausencia de su marido, alternó las labores del bordado y de las artes manuales con el manejo de la hacienda, acompañó a las mujeres de sus trabajadores en el trance del parto lejos de todo recurso científico, afrontó los accidentes de las caballerías en aquellos empinados caminos sembrados de cruces y de peligros, tuvo voz de mando, guarda de dineros, disposición de enseres y decisión última en materias de entidad. Pero no hubo matriarcado, pues la llegada del marido era la luz y la plenitud de la casona campesina. Ese hombre que era la rudeza tenía la compensación del mimo y cuidado extremo y su voz bronca gobernaba sobre los maizales, los hijos y los agregados mientras se reponía de la cuartana. Ahí la garantía del

hogar era testimoniada porque noche tras noche, desgranando con uñas desgarradas la mazorca de maíz amarillo montaña, como la señora con gesto igual recorría las cuentas de la camándula, los hijos y los peones, sus mujeres y sus vástagos respondían en coro las interminables avemarías del rosario por el padre ausente.

Esa dura y maravillosa escuela de trabajo y de piedad fue el hogar antioqueño, esa pareja austera sin miedo a tener hijos porque tenía confianza en sí misma, confianza en su trabajo, fe en su Dios. No la arredraban los peligros. Estaba incorporada a la naturaleza, y como veía multiplicarse la raza vacuna nativa y la caballar y la porcina, no temía falta de maíz para los pollos y las palomas, ni de carne para los cachorros del perro guardián, mucho menos para los hijos nacidos de su amor. Cuando nacía cada uno, y también cuando había un ser nuevo en la choza del mayordomo o en la casita del peón, era el regocijo de toda la hacienda, el regalo y la sincera congratulación de la vereda. En la poesía antioqueña, tan pegada a la realidad como el folclor, se transparenta esta dicha de la multiplicación. Trece hijos tuvo el gran cantor del amor conyugal, Gregorio Gutiérrez González, y en "esos recuerdos con olor de helecho" no se desdeña evocar "los primeros perritos de Marbella". Barba Jacob, que acaso no tuvo hijos, tiene la más exquisita evocación del nacimiento del hermano en su Parábola del Retorno:

*Recuerdo. Eramos cinco. Después, una mañana
un médico muy serio vino de la ciudad.*

Hizo cerrar la alcobà de Tonia y la ventana.

*Nosotros indagábamos con insistencia vana
y nos hicieron alejar.*

*Tornamos a la tarde cargados de racimos
de piñuelas maduras y gajos de arrayán.*

La granja estaba llena de arrullos y de mimos;

¡y éramos seis, había nacido Jaime ya!

El más dulce y el más desgraciado de nuestros vates muertos, don Epifanio, padre de varias hijas que sirvieron eficazmente los intereses educativos en La Ceja, no se contenta con admirar las maravillas del amanecer unido al amor de su cónyuge, sino que hace eco de ese regocijo del nacimiento de una sobrina, convocando sin alarde a la naturaleza para que participe en su celebración: "Vuela lorito, a visitar la cuna — de mi Natalia". Doña Natalia Mejía de Trujillo, ese hermoso ejemplar humano que, manteniendo incólume el antiguo prestigio familiar de los descendientes de don Fortis, hizo célebre una artesanía y con ella venció la adversa fortuna, como supieron hacerlo tantas otras matronas antioqueñas.

Por qué insisto ahora en hablar de natalidad cuando he sido llamado a hacer la alabanza de Marfa del Monte Carmelo en La Ceja, cercanos a la coronación canónica de la secular estatua traída aquí por mi insigne coterráneo el párroco Isaza, hermano que fue de la insigne Juliana cantada por Antfoco, y que tanto ilustró la historia eclesiástica de nuestra provincia?

Sabe Nuestra Señora que cuando hablo de natalidad en guisa muy distinta de la que ahora se estila, estoy haciendo la loa de su maternidad divina. Porque puestos los ojos en su imagen y las almas en la contemplación de sus misterios se abrazaron nuestros antepasados, y ante la misma efigie tuvieron sus hijos nuestras tatarabuelas, nuestras abuelas, nuestras madres. Desde el acto amoroso hasta el alumbramiento, desde la lactancia hasta el interminable trabajo de la crianza en el amor de Dios que termina solo con la muerte y deja eco de por vida, todo en ella fue una jaculatoria. Un acto solo de amor a Dios y a la Virgen María, una voluntaria y heroica aceptación de los designios divinos. Lo que ahora tratan los falsos apóstoles de inculcar como un derecho, ellos y ellas sabían que era una tentación, y no caían en ellas. Nunca la humanidad ha carecido de métodos expeditos para evitar los nacimientos, pero ha habido desde el cristianismo muchas familias que se avergonzaron de practicarlos, ha habido parejas que se sintieron partícipes de la grandeza del Creador cuando engendraron amorosamente a sus hijos y cuando aceptaron el albur puestos los ojos altos en el cielo.

¿Qué sería de nuestra Antioquia, provincia aislada y remota, sin la valerosa confianza que nuestros antiguos depositaron en la Providencia Divina cuando llamaron a la vida largas legiones sin planificación y sin inventario minucioso de recursos disponibles? No se hubiera logrado la aventura afortunada de salir los pobladores hoy llamados sobrantes de sus propios lares y dar origen a esas patrias nuevas, más grandes y fecundas que las prístinas. Hay una página de Tomás Carrasquilla, "El Anima Sola", la cual penetra en ese privilegio divino que es el reino de los futuribles, y llega a medir el alcance para la humanidad del hijo que no se engendró. Así toda nuestra literatura, como toda nuestra alma popular, es un cántico a la fecundidad. ¿Quién no oyó en su infancia el popular Trecenario de San Francisco de Paula, cuando en los Gozos ponía énfasis la madre antioqueña?

*"A la perfecta casada
que con devota oración
su fruto de bendición
pide a la Virgen Sagrada. . ."*

Sí. Los antioqueños fuimos hijos deseados, bien recibidos, bien habidos.

¿Qué logran estos predicadores del control de la natalidad sino llenar de pesimismo a la población, convencerla cada día más de su incapacidad para esfuerzos superiores aun en favor de la más bella y noble de las causas, como es la de fundar y prosperar una nueva familia?

Escritores agotados, copian de cualquier almanaque simples proyecciones de población y desbarran con base tan deleznable, llevándose de calle los más íntimos sentimientos humanos, al albedrío de multiplicarse que se ha respetado desde la prehistoria aún a los esclavos, el problema sobrenatural que entraña el crecimiento de la patria y de la Iglesia, el logro y la riqueza afectiva de que muchos hemos menester. La madre, hasta ahora venerada por toda la humanidad como lo mejor que había en ella, está siendo despreciada y vilipendiada. Los nuevos valores que vienen a suplantar los madurados en largos siglos por el cristianismo, son el erotismo como fin, realizado por el mero placer y sus consecuencias naturales, el aborto provocado, el amor libre, el divorcio vincular.

¿Qué felicidad podemos ofrecer a nuestros pueblos con estos programas exhibidos a mañana y tarde en la publicidad comercial, llevados por presuntas dirigentes femeninas a congresos de tamaño continental, repetidos con rutina torpe y ensordecedora por ciertos políticos en decadencia y por escritoruelos sin asomo de pensadores que muelen a diario los mismos temas con iguales escasas palabras para fatiga de las prensas y de los lectores?

Nuestra única esperanza de desarrollo, aún en lo económico, está en la multiplicación de la familia cristiana, de aquella que mira como espejo la Sagrada Familia de Nazaret. Nunca olvido la sagaz respuesta del Padre Camilo Torres, interrogado sobre el lugar común de la explosión demográfica y las responsabilidades del catolicismo en este proceso. Dijo que en cuanto a Colombia, el número de hijos naturales era tal que sin ellos no habría explosión demográfica. Por tanto si los colombianos cumplieran las leyes de la Iglesia en materia de natalidad, el fenómeno no se hubiera producido. Y mal podría achacarse responsabilidad a la Iglesia de hijos nacidos fuera de matrimonio cuando eran la evidente violación de sus normas.

Démonos cuenta hoy más que nunca de que cuando nos apartemos del cristianismo estamos dando tumbos en el abismo de nuestra perdición como sociedad y como individuos. Las leyes de

libertad para el aborto voluntario y las campañas masivas de control de la maternidad constituyen una vergüenza para la sagrada profesión médica, que juró desde los días paganos de Hipócrates no usar su ciencia en actos que fueran contra la vida del feto, pues el objeto mismo de la medicina es la protección de la vida humana, y nada que vaya contra la vida humana deja de ir contra la medicina. Los antioqueños tenemos que recordar esas cumbres de ética que no dudaron en ofrendar sus vidas a sabiendas, a trueque de salvar otras no menos preciosas, las de una madre y un niño aún no nacido. En el ya clásico cuadro "Horizontes" del maestro Cano, el padre, la madre y prematuramente el niño miran y señalan el espacio lejano, las tierras por ocupar, por poseer, por dominar como en el mandato del Génesis, como único objeto de esperanza. Y en los grandes murales de Pedro Nel Gómez toda la fuerza de Antioquia nace de la fecundidad, como en los mitos aborígenes de la Sinifaná y la Ayurá.

Unas en forma más artística que otras, las imágenes de Nuestra Señora del Monte Carmelo representan siempre a esta señora con su divino hijo en los brazos, inspirados siempre los artistas en la historia o la leyenda —no nos interesa ahora si lo uno o lo otro— de la aparición de la Virgen a San Simón Stock y la entrega que le hizo del hábito de la orden oriental del Carmen como prenda salvífica para quienes lo vistan: el santo escapulario.

Hoy se estila poco creer en apariciones, en revelaciones privadas, en imágenes y en sotanas. Menos aún en las llamadas devociones salvíficas. Se habla poquísimo del purgatorio y aún se dice en mensajes públicos que la Iglesia tiene archivadas las llamas eternas del infierno, tan vivas e indudables en la palabra de Jesús. En los mismos documentos conciliares la teología mariana, como la presencia real de Cristo en la Eucaristía, apenas se tocan de soslayo, con timidez, no porque se pretenda negarlas sino porque se consideran ya definidas por concilios y Papas antañones, y porque cierta cortesía con los hermanos separados, con ánimo de atraerlos a la casa paterna, parece que aconseja no hacer alarde de nuestros más caros dogmas y tradiciones.

Los habitantes de estos valles de maravilla, donde en cada vuelta del camino hay una imagen de Nuestra Señora, somos cristianos por la gracia de Dios desde mucho antes del Concilio Vaticano II, y nuestros padres lo fueron en su inmensa mayoría desde antes de la herejía protestante de nuestros amadísimos hermanos separados.

Creemos en María Santísima, Madre de Dios y de los hombres, concebida sin pecado original, mediadora universal, conducto de la

gracia, dispensadora del favor divino, corredentora, que está en el cielo en cuerpo y alma, que oye nuestras oraciones e interviene ante su Divino Hijo por nosotros. Creemos que El se solaza y se goza en su intervención.

Veneramos sus imágenes, como se venera el retrato de la madre en nuestros hogares. No tenemos el menor influjo idolátrico ni fetichista en esta veneración, aunque así lo proclamen los pedantes de aquí y los presuntuosos teólogos del viejo continente, donde también la veneración a las imágenes marianas ha sido el sello del catolicismo. Consideramos mal orientados a los nuevos iconoclastas, como antaño lo fueron los orientales y en los albores de la edad moderna los seguidores del hermano fray Martín Lutero y sus compañeros de herejía. Creemos que las imágenes han representado en nuestra cristiandad un medio visual como los que ahora tanto se aconsejan, y que en la mente de todos los hombres se mantienen vivos los hechos evangélicos y apostólicos en parte gracias a las imágenes, mayormente en poblaciones como las de la Europa medieval y renacentista y las nuestras de hoy en las cuales una gran parte del pueblo no tiene acceso a la lectura de los libros santos, por no saber leer. Consideramos útiles las tradicionales procesiones con imágenes sagradas y con cánticos y música religiosa, aunque sea por el mismo aspecto pedagógico ya relacionado de los medios audiovisuales. Ojalá los versos latinos de antigüedad venerable no fueran artificiosamente dados al olvido ni entregados en pésimas traducciones a la profanación del pueblo de Dios, máxime cuando a ellos están unidos nombres como los de Santo Tomás de Aquino, que merecen respeto de sus derechos de autor en su versificación y lengua originales.

No aceptamos que se nos siga tratando como a menores de edad ni como a países coloniales en materia de pertenencia a la Iglesia. Mediante el bautismo somos tan hijos de Dios como los de pueblos de más antigua conversión. Hemos conocido cerca, en nuestros propios hogares, ejemplares adultos de santidad en su amor a Dios y al prójimo que pueden servir de modelos a toda la cristiandad. En nuestros viejos párrocos y obispos, aunque no llegue su fama a la veneración pública de los altares, hemos conocido pares de los más grandes santos de otras latitudes.

Amamos a Dios y a nuestra Señora a despecho del mundo apóstata que nos circunda. Queremos diálogo con él, pero no sobre la base de avergonzarnos de nuestra causa, ni de simular que nuestra casa está corrompida para que cómodamente vuelvan a ella los hermanos corrompidos que la abandonaron.

Todavía somos romeros. Venimos años tras año al pie de la imagen de Nuestra Señora, como desde antaño se iba ante la del Pilar o la de Loreto, y como se va hoy a Lourdes o a Fátima, a decirle nuestras quejas, o renovarle nuestro amor, a encenderle el cirio de nuestros corazones, a jurarle amor filial, fidelidad perenne, y que La Ceja y estos valles, y Antioquia, y Colombia, y la América Española seguirán siempre suyos, péseles o no a los clérigos modernistas, a los estadistas que pretenden reformar a la Iglesia, a los periodistas que desean cambiar el paradigma de la pureza inmaculada de María por la lascivia pansexualista de Freud, los valores de la familia cristiana por el onanismo, el aborto y el divorcio; y la imagen admirada de la madre cristiana por el maniquí maquillado de la mujer artificialmente infecunda, poseída de miedo del amor y dominada por el instinto animal del mero placer.

Hemos llegado, Señora del Carmen, a esta romería pero sabemos que dentro de un año y dentro de un siglo y de aquí a muchos siglos, hasta el fin, nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos volverán a tus plantas a orar, a recordar, a ensoñar, porque no prevalecerán las puertas del infierno.

FUNDACION DE RIONEGRO
(1581 - Noviembre - 1981)

Discurso pronunciado por el DR. CARLOS BETANCUR ARIAS, comisionado por la ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA, en el curso de las celebraciones en la ciudad de Rionegro, de sus cuatrocientos años de fundación.

No es tarea fácil para un modesto cultor de las letras y de la historia ocupar cátedra en este medio y con una ocasión como la presente: No es posible que un extraño que tiene, eso sí, ligámenes afectivos con las gentes y, por ellos, con la historia de la ciudad, se atreva a expresar aquí, la simple, la llana verdad histórica que ahora nos congrega; y es que las gentes de Rionegro, por ministerio bien cumplido de escuelas y colegios, han difundido los datos acerca de su fundación, de su crecimiento, de su formación social, de sus condiciones étnicas, de sus circunstancias geográficas y ambientales, de su cultura y de su civilización. Existe aquí un ambiente de cultura que ilustra sus anales; hay aquí un medio de civilización que ha aprovechado todos los elementos que la cultura, como génesis de valores, le ha prestado, para acendrar los elementos vitales de la vida racional y conseguir elevar sus condiciones por encima de lo común, en todas estas regiones.

Por ello no es fácil tarea para mí discurrir aquí, ahora, sobre temas históricos que se relacionan con los primeros pasos de la formación sociológica, económica, política y organizativa de esta ciudad.

No podría decir aquí, sin que ello fuera redundancia, porque todo el pueblo lo sabe, que los comisionados de don Jorge Robledo que fueron enviados como exploradores a los parajes en donde están hoy Rionegro, Marinilla y Guarne, en la parte oriental del Valle de Aburrá, encontraron ruinas de casas y restos de caminos empedrados que, según Sardella, no los había iguales en el Cuzco.

Y que poco después de que el Río Porce ofreciera a los buscadores de minas sus caudales dorados, los españoles vinieron a laborar minas de oro en estos valles de la Mosca y de San Nicolás, y se estableció un real de Minas; y que cuando se agotó el precioso metal en las entrañas hurgadas de la madre tierra, se quedaron muchos y optaron por presionar el humus generoso para que ofreciera los frutos del sobresuelo para el sustento de las gentes.

Todos aquí saben que Arma tenía título de ciudad, escudo y blasones, que datan de 1558, y que cuando se trasladó a este lugar, es lógico que Rionegro heredara sus títulos y obligaciones, sus servidumbre o sometimientos reales, y adquiriera derecho a buscar allá, en las fuentes de esa primera fundación, su origen mismo.

Y es aquí de conocimiento general, la existencia de una real cédula, fechada en Madrid, firmada por Carlos I de España y V de Alemania el 20 de agosto de 1558 por medio de la cual se autoriza la fundación y se nombra como juez poblador a don Juan de Marulanda y Londoño. Todo ello, sin embargo, y así lo saben aquí también, está perdido en la maraña de los tiempos y en las dificultades de encontrar los documentos ciertos.

Apenas aflora en la penumbra de los tiempos pasados, toda una relación incierta acerca de estos acontecimientos que hicieron que el hombre en su plenitud, poseyera con placer, estos valles hermosos, fecundos y promeseros y los fecundara para las cosechas de la vida en sus más altas formas.

Los valles habían deslumbrado la mirada primera de Alvaro de Mendoza, enviado por Jerónimo Luis Tejelo, a explorar las cimas de la cordillera, de donde desciende a los valles de San Nicolás de Rionegro y de la Mosca. Le parece a uno que oye a Don Juan de Castellanos poniendo en boca de los primeros descubridores de la sabana de Bogotá, después de que ascendieron por los caminos de Honda aquello de: "Tierra buena, tierra que pone fin a nuestra pena; tierra de oro, tierra bastecida, tierra para hacer perpetua casa", —palabras cuyo eco, como de redoblante guerrero, vibrarían ahora en los oídos de Alvaro de Mendoza y de sus pocos acompañantes—.

Era el valle, y sigue siendo el valle encantado de San Nicolás del Río Negro, una vasta extensión geográfica, prolongada por la que riega la quebrada de La Mosca, con lindes por lo que sería entonces el humus de Marinilla para la fecundidad y para la gloria; regada estaba por el gran Río que entonces era más caudaloso por cuando sus fuentes no se habían descubierto a los rayos del sol por mano de hombre. El gran río de azarosa mansedumbre, sin corrientes precipitadas, sino solemne en sus remansos que daban la sensación de una laguna que se iba prolongando y que caminaba perezosamente, en curvas serpenteales, para que toda la vereda gozara de su frescura y disfrutara de sus poderes fertilizantes, —llenó toda la mirada y aceleró la imaginación de los alelados visitantes. Don Alvaro de Mendoza debió gritar entonces: miren, miren un Río Negro. De negrura estaban pintadas las aguas relumbrantes, y aparecía así todo él, rodeando el paisaje, como una prolongada e inmensa y brillante piedra de ónix engastada en imposible anillo que apenas se insinuaba en los lindes primeros del paisaje—.

Y sí, como es cierto, fue el 24 de agosto de 1541 el día en que Jerónimo Luis Tejelo, acompañado de 25 hombres, descubrió el valle de Aburrá; y de allí envió a Don Alvaro de Mendoza con cinco o seis de sus hombres para que ascendieran a la cordillera y exploraran lo que hubiera más allá, el descubrimiento de este valle de San Nicolás del Río Negro, debió haberse hecho a mediados del mes de septiembre de 1541.

No aparece en los relatos que nos llevan a caminar por estas épocas, ni claro ni oscuro, el hecho de que Alvaro de Mendoza hubiera encontrado en este Valle otros pobladores; los españoles debieron venir después de que en estos lugares se sembraron los afanes iniciales de la búsqueda de la riqueza; después de que aquí se exploraron algunas minas de oro, y se hurgaron y exprimieron las orillas del río para buscar en sus arenas el ansiado metal; y vinieron en ascensión del Río Nare en donde, si era cierto que había oro en abundancia, también era que el clima malsano minaba la salud de los que por esos lados se atrevían.

Y vinieron atraídos por la belleza de este valle, por lo sano de este clima, por lo feraz de la tierra, quizá encabezados por Don Juan de Marulanda, pero en época posterior.

Los Indios de ascendencia Caribe que por estos lados había, no eran ni belicosos ni muchos; fueron cediendo pacíficamente al empuje del conquistador y no parece que tuvieran ni muy arraigado el sentido de la propiedad, ni apreciaran en forma alguna, la vida sedentaria; eran nómades y para ellos lo mismo fue replegarse hacia

las montañas que enmarcaban el valle por los lados del oriente, que hacer caminos que los llevaran hacia las márgenes del gran río de la Magdalena.

En esta forma visto el Valle, era ahora asiento de una nueva civilización y fundamento de una nueva cultura.

Porque los nombres se multiplicaron, no ya de los soldados conquistadores en son de guerra, sino de los que querían poblar en pacífico asentamiento ciudadano. De esa fecha en adelante, vinieron las fundaciones, la ocupación de las veredas que conformaron y conforman este valle, la erección de capilla aquí y allá, en derroche de sentido religioso y fe sobrenatural.

Por 1542 fue fundada la ciudad de Santiago de Arma que vino a ser, después, pobre despoblado, cuando su suelo se hizo más estéril, no brotaron aguas de sus esquivas fuentes, no dieron más oro horadadas, penetradas por la mano del hombre en acción irreverente, y sus gentes fueron emigrando hacia este valle de San Nicolás del Río Negro, en el que toda generosidad tenía asiento: la de la tierra en sus cultivos, la de sus entrañas fecundas en metales, la de las aguas, no negras, sino limpias y cristalinas; la del corazón acogedor de sus moradores que se sentían hermanos de los recién llegados peregrinos.

De la fecha en que Don Alvaro de Mendoza ascendió a estos valles encantados, a la fecha de la fundación, propiamente hablando, pasaron varias décadas que fueron término necesario para domar la tierra, para asentar los ejidos, para que florecieran las matas y produjeran sus frutos los sembrados; para que por estos dominios tuvieran también su nuevo habitáculo los animales domésticos: para que el caballo asentara los caminos, y las vacas se hicieran centro de los iniciales rebaños; y los bosques cedieran parte de sus dominios y haberes a las labores solares y habitacionales del hombre.

Don Sancho García del Espinar, Gobernador de Popayán, hizo a su criado don JUAN DAZA, una merced de tierras, por allá en el año de 1580, merced que consta en documento dado en Popayán.

DON JUAN DAZA era español, oriundo de Segovia, y había venido a estas tierras como criado del nombrado Gobernador Sancho García del Espinar; dio muestras D. Juan Daza de que no era propiamente un escudero sino un caballero; había sido regidor de Santiago de Cali, y llegó de Popayán al valle de San Nicolás de Rionegro, por el mes de octubre de 1581.

La merced de tierras recibida consistía en dos Estancias y cada una de ellas tenía una legua de tierra en cuadro.

La primera Estancia le fue concedida en el Valle de Aburrá. Y la otra en las "Sabanas de Rionegro, en la parte y lugar que la quisieres señalar".

Y fue así como el 8 de noviembre de 1581, hace de ello hoy precisamente cuatrocientos años, tomó posesión de la "Estancia" que había escogido en la "sabana del Rionegro". Lo hizo en presencia de dos testigos por cuanto no había "escribando ni Alguacil que pueda dar dicha posesión".

Andaba Don JUAN DAZA dicho día, vestido con uniforme real; caballero iba por esos lados de Chachafruto en un jamelgo de los que había traído desde Popayán, con algunos otros haberes, en compañía de sus familiares y de algunos amigos; no hubo en ese momento presbítero para una celebración eucarística, pero ello sería reemplazado con el levantamiento, en ese lugar, por la primera vez de una cruz grande, hecha con maderos odoríferos cortados por ellos en el monte vecino. Fueron escogidos dos testigos para levantar el acta de aquella posesión para perpetuar el momento mismo en que aquí, en el Valle de San Nicolás de Rionegro, se levantaba una casa de carácter permanente, para que la habitara una familia, como semilla de toda la gens que en el futuro fomarfa el pueblo:

Y dice el acta: . . . "Que por virtud de dicho título escogía una estancia, linderos de la otra parte del camino de Antioquia y por la otra el Río Negro y por la otra la cordillera. . . y por cuanto aquí no puede ser habido el Escribano ni Alguacil que pueda dar dicha posesión, por cuanto está más de veinte leguas despoblado, nos rogó que fuésemos testigos de dicha posesión, y puso una cruz alta e hizo un rancho en la parte y lugar en donde ha de vivir la gente y junto a un árbol que está en medio de un llano solo que llaman de "Chachafruto" y será el dicho llano de la Estancia y una quebrada que pasa por entre el rancho y el camino de Aburrá, y por que es verdad fecha ut supra, JUAN DAZA, testigo, Esteban Guadiño. Testigo, Jorge Fernández".

Ahí está la Fundación: el acta recoge, con mucha simplicidad, el momento; pero la ceremonia fue completa y duró bastante tiempo. Los asistentes, a cuya cabeza estaba Juan Daza, fueron todos al monte vecino y escogieron el árbol más alto y más derecho que encontraron en la propia selva; hubo consenso en ello; todos golpearon el árbol con el hacha, para significar que era obra comunitaria, y así lo derribaron.

Lo despojaron después de todos sus ramajes; partieron una parte para formar la cruz y con bejucos unieron las dos partes para darle forma.

Después lo transportaron en hombros hasta el lugar en donde ya habían cavado el hoyo para clavarla: la clavaron, la aclamaron como centro de la Estancia, como sombra de sus cánculas, como realidad de todas sus esperanzas.

En el lugar en donde se proyectaba su sombra, levantaron un rancho, que debía convertirse, con el andar de los días, en casa habitable, para significar que la vida humana caminaría en ese lugar, a la sombra de la Cruz.

Y así ha sucedido, en verdad:

Transcurrieron los primeros años después de este acto fundacional y se fueron aumentando, con lento movimiento firme, las construcciones de las casas, en el propio paraje de "Chachafruto".

Un poco más tarde creció también la finca o hacienda llamada EL TABLAZO, y se verificó el traslado al lugar que ahora ocupa.

Se multiplicaron las capillas de los lugares en donde crecía la población: El Tablazo, Chachafruto; la de la finca de la familia Ruiz, que se llamaría, más tarde, de San Nicolás; la de la hacienda El Burro; y la que se levantó en el encuentro de la Quebrada La Mosca con el Río Negro.

De todas ellas fue famosa la del Tablazo, en la que se refugio la imagen de Nuestra Señora de Chinquinquirá, que conservó siempre frescos sus colores, como por obra de milagro. Muchas familias la recuerdan, porque en ella se consagró el matrimonio de sus abuelos, por cuanto en su ambiente se sintió mejor en esas épocas, la bendición de Dios, al cobijo de la sonrisa de la Virgen de Chinquinquirá.

Y la de San Nicolás, que vino a ser centro de la familia cristiana de esta región; las otras desaparecieron con el tránsito de la historia y con la pujanza que enderezaba el rumbo por los caminos de la civilización y de la cultura de la soñada fundación.

Después creció la ciudad; aumentaron los vecinos y ambicionaron tener el título de "Villa" para el sitio de San Nicolás. El 15 de marzo de 1732 otorgaron los vecinos poder a los señores Manuel de Aguirre y Francisco Pacheco para que solicitaran y obtuvieran de la Real Audiencia de Santa Fe de Bogotá, el deseado título de Villa,

que se complementaría con un escudo de armas. Al poder se anexó el informe del Cura y Vicario del Valle de Rionegro, Francisco José de la Serna. En esa misma época afirmó el gobernador, José Joaquín de la Roche, que los habitantes del lugar eran 600, fuera de los esclavos, y que la gente importante doblaba a la de la ciudad de Antioquia, en número y en caudales.

El título solicitado le fue negado, y Pulido explica que las leyes prohibían a los Virreyes y a las Reales Audiencias dar títulos de nuevas ciudades y villas, Pero sí podían autorizar traslados de las ciudades decadentes a otros lugares más prósperos.

Los habitantes de la ciudad encontraron en esta razón legal, la solución a sus ambiciones: se debía buscar el traslado de la ciudad de Arma al Valle de Rionegro que, aunque no era de su jurisdicción, sí era limítrofe. Y empezaron a probar entonces que Arma se había acabado y que Rionegro estaba floreciente. El abogado de la causa, Juan Miguel Pulido, dedica la mitad del memorial a probar la miseria, la ruina de Arma; y la otra mitad a probar el progreso y la prosperidad de Rionegro: "Aquel florecidísimo valle, decía, cuyos vecinos pasan de nueve mil, como lo informa el gobernador de Antioquia, y entre ellos muchos de conocidos caudales... En Rionegro, en donde no solo tienen Iglesia de tapia y teja y bien ornamentada que lo es la parroquial del señor San Nicolás de Rionegro, sino otras dos Iglesias de teja con igual ornato...".

Es de anotar, por lo curioso, que el abogado Pulido solicitó que, al hacer el traslado, se llamará ESTE LUGAR "Ciudad del Señor San Nicolás de Arma". Pero el gobernador Silvestre, solicitó desde un principio, que se llamara "SANTIAGO DE ARMA DE RIONEGRO", o sea que se conservara primero el nombre de la ciudad trasladada y luego se le diera el nombre del lugar a donde había sido trasladada.

Y fue el arzobispo Virrey, don Antonio Caballero y Góngora, el que dictó, finalmente el decreto del 11 de abril de 1783, ordenando el traslado de la ciudad de Arma, "por cuanto carecía de las condiciones indispensables para la vida económica, a San Nicolás de Rionegro, rico en minas, copioso en frutos, de saludable temperamento y con un vecindario de más de 9.000 almas".

Y el Gobernador, don Francisco Silvestre Sánchez, ejecutó la orden, e hizo que San Nicolás de Rionegro tomara su rango, su título y prerrogativas, recibéndolo todo, el día 24 de julio de 1783, día clásico de la historia americana, pues ese día nació para la vida don Simón Bolívar.

Pero en esa ocasión no llegaron al templo ni los objetos sagrados, ni la imagen de la Virgen, por cuanto se esperaba que el Señor Obispo de Popayán dispusiera lo conducente; era el Obispo don Antonio de Obregón y Mena, y dispuso que los objetos religiosos, las imágenes y todo lo relacionado con el culto, debía seguir a la ciudad, pero que lo dejaba al cuidado del señor gobernador; este proveído eclesiástico tiene fecha de 28 de enero de 1784; este escrito y autorización llegó a poder del Gobernador, don Francisco Silvestre, el primero de agosto de ese mismo año; y el 4 de agosto, tres días después, el aludido Gobernador, con premura que denota los deseos de la comunidad de tener en su medio las imágenes y los objetos religiosos, después de largas consideraciones, ordenó: "Por el presente y por las facultades que me han concedido en el superior despacho ordinario que va citado y principios que van referidos, resuelvo y declaro QUE LAS MENCIONADAS IMAGENES DE SANTIAGO APOSTOL Y DE NUESTRA SEÑORA DE LA CONCEPCION DEL ROSARIO, DONADAS A LA CIUDAD DE SANTIAGO DE ARMA POR EL SEÑOR REY DON FELIPE II, CON EL UNICO ORNATO PROPIO Y QUE LES PERTENEZCA, DEBEN SER TRASLADADAS Y TRASLADARSE CON EL TITULO Y DEMAS PRIVILEGIOS A ESTE DE RIONEGRO..."

Cuando los vecinos de la ciudad de Santiago de Arma se dieron cuenta de esta orden, dieron poder a José Joaquín Zapata y Porras, procurador de número de la Real Audiencia, para que se opusiera a este traslado.

El 26 de agosto preguntaba la Real Audiencia, de quién eran las imágenes.

En el ínterim el gobernador don Francisco Silvestre, el cura de Rionegro Dr. González, don Felipe Villegas y el Alcalde ordinario Antonio de Leiva se trasladaron a Arma, obligaron a algunos vecinos de ese lugar a ayudarles a trasladar la Imagen de la Virgen.

El apoderado de los vecinos de Arma, don José Joaquín Zapata y Porras, dice: "Pasaron la Virgen a fines de agosto de 1584, el cura y el gobernador y dieron orden al Padre Manuel de Céspedes que consumiese el Santísimo".

Un vecino declara que la imagen la habían colocado en un cajón y que don Felipe Villegas había envuelto el Niño en un encerado, estando en la propia casa del declarante, lo que indica que no se hizo todo a escondidas, sino a pleno conocimiento de todos.

“Luego de que salieron del monte a la sabana y tierra llana, formaron solemne procesión para llevarla en andas; y salió todo lo principal de la nueva ciudad, así hombres como mujeres y del estado llano hasta los pequeñuelos con sumo gozo y alegría, a encontrarla a mucha distancia y la acompañaron hasta su templo en donde siguieron dándole reverente culto de misas cantadas y salve, con toda orientación y solemnidad, en acción de gracias”.

No fue pacífica la posesión de la Imagen de la Virgen por la feligresía de Rionegro. Vinieron reclamos y contrareclamos de cuyos detalles no quiero dar aquí noticia, en razón de la brevedad del tiempo.

Lo cierto es que la Virgen desde entonces está aquí; que su permanencia definitiva, como solución del pleito entablado por el oidor Mon y Velarde, quedó resuelta con la sentencia del presidente de la Real Audiencia, José Ferrer, quien declaró válido todo lo efectuado por el Gobernador Silvestre, el 31 de octubre de 1586.

La Virgen ha sido numen tutelar de la vida integral de esta región; a sus pies se han desarrollado los más notables hechos históricos de la ciudad: en el año de 1786 el Rey D. Carlos III le concedió escudo de armas a la ciudad del Santo Santiago de Arma de Rionegro, un león rampante y dinámico, de cuyo cuello, como medalla, cuelga el escudo propiamente hablando: dividido está en cuarteles iguales; tiene dos castillos diagonalmente contrapuestos y dos leones rampantes en la misma posición: castillos de nobles y leones que traían a la memoria el centro del ordenamiento, León y Castilla, en cuyo nombre crecía la ciudad y bajo cuyos auspicios se definía su progreso.

La libertad empezó a dar aquí sus frutos, desde muy temprano: cuando la institución de la esclavitud era norma legal y se practicaba ostensiblemente y daba importancia a los señores de los esclavos, y una mujer que actuó en esta tierra; una mujer que apenas intuía lo que podría ser la libertad; una mujer tenida entonces como loca, para que fuera una realidad histórica su grandeza, con locura que trataron de comprobar delante de los jueces para hacer nulos sus actos de libertad; una mujer que no tuvo hijos, pero que alcanzó a amar, con cristiano corazón, a todos sus esclavos; una mujer que entendió entonces que la locura, como dijo el clásico, es el principio mismo de la sabiduría, dio libertad en acto testamentario, hecho “en nombre de Dios nuestro Señor y de la Virgen Santísima”, a unos ciento cincuenta esclavos; y les dio en los Aventaderos, en la parte más conveniente, lo suficiente para sus manutención; y les

puso como condición, que cada año le mandaran decir, por el alma de su esposo, Don Ignacio Castañeda, y por la de ella misma, una misa. Esa mujer fue entonces un ejemplar histórico que inició en este suelo el proceso auténtico de la libertad, y se llamaba JAVIERA LONDOÑO ZAPATA. Ese día era el onice de octubre de 1766.

Por esos días iniciales del siglo siguiente, el diecinueve, florecía en la ciudad la semilla de la libertad; los Córdobas, héroes legendarios, pasaban su primera niñez en este suelo. De manera especial el General José María Córdoba, que se vincularía en su propia juventud a las lides de la libertad, había entendido la llamada que desde el propio centro de su corazón le hacía la patria: y después pensó él que esta era su patria chica y le donó la más alta presea heroica que héroe alguno hubiera recibido como premio a sus combates y a sus consiguientes victorias: la corona de oro, simulando laurel entretrejado, que envió a esta municipalidad, como tributo filial; y ha seguido siendo el héroe por antonomasia, que desde el fondo del bronce que perpetúa su memoria en la plaza principal de esta ciudad, está constantemente gritando su invitación a la victoria, a la victoria en todos los órdenes, a la victoria en las jornadas cívicas, a la victoria en las jornadas de la cultura, a la victoria en los altos movimientos religiosos, en cuya cúpula y cima está Nuestra Señora, la Virgen María.

Muchos son los hombres ilustres que han tenido aquí su cuna: Si miramos a la Iglesia, aquí se mecieron las cunas de cuatro extraordinarios jerarcas, que le han dado lustre a los anales eclesiásticos: El Obispo Salvador Bermúdez que murió en Bolivia en 1747; el Obispo José Joaquín Isaza, oriundo de Rionegro, llevó con decoro el báculo pastoral de Medellín, en donde murió en 1874. Manuel Antonio López de Mesa, que recuerda una extraordinaria familia cultural colombiana, nació en Rionegro, fue obispo de Antioquia, y murió en esa ciudad el 15 de mayo de 1908; y el Obispo Juan Manuel González, el Padre Juan cariñosamente conocido así por todo el pueblo de Rionegro de su tiempo, es una extraordinaria figura de la Iglesia: Obispo coadjutor de Bogotá, arzobispo de Popayán, gran ausente de la Patria por muchos años, murió en Roma y regresó en hombros de la gloria y de la fama, no hace mucho tiempo, para descansar en paz en lugar bien cercano al que ocupa la Virgen en el templo parroquial.

Por Rionegro, rodeado apenas de pequeñas colinas, valle abierto, en el que se pierde la mirada sobre los contornos verde-azulosos de un paisaje imposible; valle sembrado de pastos y plantas pequeñas, como para que no se pierda la acción del sol sobre el humus fecun-

do; por Rionegro, digo, corre, desde hace siglos, la historia de la patria, teñida, en veces, en sangre de románticos; y en otras, saturado con la romántica acción libertaria de quienes estaban, desde esa época, descubriendo los dulces sabores, sin posible definición adecuada, de la libertad, en una constitución desubicada por la altura inasible de sus mandatos; por esta ciudad, ha corrido también, con mucha fortuna, la historia de la cultura, y en su suelo se han sembrado las raíces de sus grandes influencias nacionales.

Cuando apenas afloraba en el ambiente de una patria desdibujada todavía por las esperanzas inciertas, ya en Rionegro se reunía el Serenísimo Colegio Constituyente y Electoral de la Provincia de Antioquia; ya se estaba constituyendo en centro de la libertad:

DIEGO GOMEZ SALAZAR, PEDRO FRANCISCO CARVAJAL, MANUEL HURTADO, MANUEL JOSE BERNAL, JOSE MIGUEL DE LA CALLE, como diputados por Rionegro, tomaron parte en la expedición de esa bella página, que fue la Constitución del Estado de Antioquia.

Todavía se siente el fervor de aquellas frases, izadas como banderas por quienes en Rionegro clamaban por la libertad personal, fundamento de la independencia comunitaria: "Los representantes de la Provincia de Antioquia, en el Nuevo Reino de Granada, plenamente autorizados por el Pueblo para darle una Constitución que garantice a todos los ciudadanos su LIBERTAD, IGUALDAD, SEGURIDAD y PROPIEDAD", etc.

Todavía resuenan en lo más íntimo del corazón patriótico, sus deseos de que "la juventud se forme con conocimiento de sus derechos, para que aprenda a defender la inestimable libertad que les habéis conquistado".

De Rionegro fue Juan de Dios Morales, cosido a la historia patriótica del Ecuador y cuya vida fué sacrificada a la libertad en la plaza de Quito; de Rionegro fue Liborio Mejía, el presidente más joven que ha tenido la República, cuya sangre fue semilla fecunda, sembrada en la "Huerta de Jaimes", en Bogotá, por los fusiles pacificadores; de Rionegro fue Pascual Bravo, convencionista del 63, presidente del Estado Soberano de Antioquia, cuya vida se extinguió en la batalla de Cascajo, en 1864, al servicio de sus ideales.

Y debemos recordar que esta tierra hermosa es la cuna de Baldomero Sanín Cano, una de las más altas figuras de la cultura nacional; de Carlos Uribe Echeverri, economista y orador polémico extraordi-

nario; de Laureano García Ortíz, hombre de gran cultura, diplomático y republicano.

Y de Rionegro fue Juan José Botero, cuyas obras son conocidas en todos los hogares antioqueños y caldenses y quindianos; poeta vernáculo, con cara inspiración sencilla de las cosas menudas, de las intrascendentes, muchas veces, que colman el alma de los pueblos.

Y de Rionegro fue Lázaro Tobón, de cuyos labios aprendimos derecho los profesantes de varias generaciones, sabio de veras para el consejo, para la cátedra y para la vida; y Eduardo Uribe Botero de Rionegro fue, y su nombre y su memoria constituyen gloria auténtica de la sabiduría jurídica, de la prudencia diplomática, de la gestión política sin odios, de la suave condición humana, siempre accesible y sencilla. En él encontramos cobijo, muchas veces, en las grandes o pequeñas angustias de la mente, frente a la verdad esquiva.

Y de Rionegro fueron muchos que no cito, para no volverme interminable; fueron muchos que fundaron regiones y pueblos y ciudades: Porque Rionegro fue madre fecunda y nutricia de muchos pueblos: todas las fundaciones que se extendieron hacia el sur y hacia el occidente, de aquí procedieron; sus nombres se fueron por todos esos andurriales, fundando pueblos y creando glorias que abanicen la eterna juventud de esta ciudad.

LA ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA, que es la entidad encargada de tutelar, con afanes maternos, la verdad de todos estos acontecimientos, para que sean alegría del presente y se conviertan en legado o herencia para las generaciones venturas, se asocia a la celebración de los cuatrocientos años de la Fundación de la ciudad de SANTIAGO DE ARMA DE RIONEGRO; rinde un tributo de agradecido sentimiento patriótico a todos los que hicieron la historia de la libertad e independencia de la Patria y que tuvieron aquí el impulso inicial de su heroicidad y de su grandeza; rinde palmas de admiración por la fecundidad de las entrañas de esta ciudad, que le ha dado lustre a la historia, en las letras, en la milicia, en el civismo, en la cultura, en el sentimiento religioso de la vida.

Esa ilustre Academia Antioqueña de Historia, me ordenó a mí, que fuera el mensajero de su tributo, el juglar de su emoción patriótica por esta celebración, el vocero de sus sentimientos.

Eso es lo que he tratado de hacer, en esta hora solemne de las celebraciones.

Rionegro, 8 de noviembre de 1981

*SIMON BOLIVAR
Y EL PROCESO DE
EMANCIPACION AYER Y HOY*

Jorge Rodríguez Arbeláez

En cuanto a interpretaciones de una personalidad existen variados criterios: unos la juzgan por la actividad principal, por el desempeño profesional, o por su carácter unido al temperamento; se hace juicio con marcado acento en la psicología, en las virtudes o defectos que la enmarcan, y no falta quienes por la obra que queda, especialmente después de la muerte cuando se efectúa el decantamiento propio del transcurrir de los años.

En mi sentir pienso que quizás una manera más auténtica de mirar una personalidad está basada en dos aspectos: a) la postura del autor frente a la idea de lo absoluto. b) el de la vocación y aptitudes 1) de lo absoluto, quiere ello decir de lo supra-humano —Dios, espíritu, totem, mito, idea, clase, historia, sexo, libertad, igualdad, fraternidad, ciencia, razón, técnica, estado, nación, región—; en fin aquella noción algo abstracta, pero ciertamente de fuerza existencial, a quién eventual o necesariamente la personalidad le “rinde culto”, bien sea en cuanto niega o acepta estas diversas expresiones en que se fundamentan su adhesión a determinadas creencias no verificables desde el punto de vista rigurosamente científico, el grado en que sean aceptadas o negadas, pero fundamentalmente la creencia religiosa, o sea cómo el hombre concibe y se comporta frente a la divinidad, bien si niega a Dios (ateísmo), o si es cuestión de indiferencia (agnosticismo), o por último, si adopta una posición totalmente excéptica (nihilismo), en síntesis la ideología que hace de la inevitable inclinación religiosa, al absolutizar algunos de los enunciados anotados anteriormente, es decir, repito, el origen de su creencia a la cual “rinde culto” a modo de un sustituto psicológico de religión. Entonces lo importante es saber si se acoge a aquella “Fe” de manera fanática o racional, firme o tibia-

mente, consecuente o inconsistentemente, pues de ahí dependen en gran parte la escala de valores a la cual se adhiere la personalidad, las actitudes que en consecuencia surgen frente a las principales y más importantes decisiones que debe tomar en el curso de su existencia. 2) Existe un segundo aspecto indispensable y complementario, y es el de la vocación y aptitudes, sea esta la del político, la del empresario, la del científico, la del técnico, la del religioso, la del militar, la del artista.

Para mi Don Simón Bolívar Palacios, en cuanto a lo concerniente al punto 1) diría que él ante todo le rindió culto a la gloria del héroe ¿Quién y cuál héroe? Nadie distinto de él mismo, es decir de la sublimación de su propia personalidad, héroe muy conforme con la tradición de la civilización occidental y que la vemos aparecer en los personajes imaginarios, Ulises y Aquiles, o en los reales, Alejandro y Carlo Magno, Aníbal y César, y como un retardo en el acontecer de la historia, Napoleón Bonaparte, pues éste debió haber sido más bien personaje del Renacimiento. Bonapartiano es Don Simón, se convierte primero como admirador fervoroso y después como crítico pugnaz, lo cual no hace diferencia para atraerlo en cuanto a la tremenda fuerza magnética que sobre él ejerce el modelo humano de su vida.

La postura de Bolívar ante Dios como ser cultural de una colonia hispana católica, fue debilitada desde los primeros momentos de su formación, durante la toma de conciencia en el período de su niñez; más adelante por el influjo libertinario del Llano, y quizás desde su primera infancia, por la misma huella que dejara la negra Hipólita, la comunicación constante con los esclavos y las credulidades mágicas de aquella raza, pero quizás donde más se debilita es cuando entra en comunicación con la corte de España, puesto que se inicia en él el proceso de desacralización del monarca, como necesaria consecuencia de su cercanía y sabemos que esto hacía parte de la "catolicidad" dentro del contexto de la época. Es entonces cuando adquiere en la biblioteca de su tío, el marqués de Ustariz, una cultura enciclopedista con ligeros matices de clasicismo greco-latino, es aquí cuando está preparado para aceptar la invitación para ingresar a la Logía de Londres, y es cuando en el frívolo, volátil e inquieto Simón se manifiesta la tendencia marcada de su egolatría o gloriolatría, puesto que el espíritu de la época y el acercamiento que por entonces se establece entre Miranda, bonapartiano como él, lo conduce a definirse en su meta de autorrealización.

Bolívar es el resultado de un ensayo educativo en una personalidad indócil de un soliviantado mestizo de una de las más rancias

familias mantuanas de Caracas, formado particularmente por el desorbitado pedagogo Simón Carreño. Los estímulos que Simón Bolívar recibe en su educación, las oportunidades que se le presentan de conocer personajes y situaciones de toda índole, pero especialmente en las altas esferas cortesanas de España y de Francia, y en las populares de Italia, cuando como peregrino recorre de extremo a extremo la península, no las tuvo ningún otro muchacho de su tiempo. En su juventud, influye en el ánimo de los líderes para que se adhieran a la causa de la independencia, y a la guerra. Continúa matriculado hasta los 30 años en la más extraordinaria enseñanza de la vida, llamada por López de Mesa la del infortunio y que yo nombro como la de la fortuna, pues es el infortunio de un privilegiado por sus genes, los cuales al mezclarse con el cúmulo de vivencias dentro del ambiente circundante, producen la eclosión que revelaría el genio. Pero genio de qué? En dónde estaba esa genialidad? Indudablemente poseía un grado alto de inteligencia, de magnetismo en la personalidad. ¿Y el corazón dónde? En la ciencia, en la política, en la milicia, en la religión o en las artes? Y en cuál de las artes? Su corazón en la poesía: poeta de la guerra, poeta de la política, poeta de las letras, poeta del amor, poeta del presente y poeta del futuro, con visionarias reverberaciones de profeta, pero siempre poeta; sus proclamas, sus cartas, sus delirios, su intuición, su capacidad de estrategia militar y político, de psicólogo, de analista social, su potencia de influjo decisivo en momentos cruciales, su fijación en los objetivos, digamos su finalismo o teleologismo el cual lo llevaba a vencer todo obstáculo aun hasta el de consentir con la condena a muerte de sus más queridos amigos porque aparecían, o hubo quien se los hiciera aparecer, como enemigos de la causa; su generosidad de espíritu y de bolsa, puesto que fue magnánimo y desinteresado en el dinero como ninguno de su coetáneos; su enamoramiento permanente por la mujer, por la naturaleza, por los conceptos de la gloria, su culto al héroe, su veleidad frente a los áulicos y aduladores, llámense Urdanetas o Mosqueras, su utópica concepción del Panamericanismo; todo ello nos dice que no fue un epónimo —para usar de los términos que normalmente se endilgan— gobernante puesto que más estadista que él fue Santander; no fue un ciclópeo militar, ya que más intrépido guerrero fue Córdova y más astuto guerrillero Páez, y mejor táctico Sucre; ni fue un sagaz financiero, por encima de él estuvieron en este campo Zea y Santander; ni fue el más hábil diplomático, pues Miranda le aventajaba por mucho en esas lides; ni el más destacado constitucionalista, ya que en este plano de la alta jurisprudencia lo aventajaba, y por mucho, José Félix de Restrepo. Pero quién como él para convencer a las gentes y saberse rodear, para infundirle resolución de ánimo, motivación y valor a sus oficiales y soldados? Y quién como él para escribir una Proclama como la de

Cartagena, o la Carta de Jamaica. en las cuales hasta se perdona el rimbobado estilo romántico, político-militar post-bonapartiano? Habría otro capaz de repetir el Delirio del Chimborazo, o de sostener una tan hermosa y apasionante correspondencia como la que tuvo con Manuela; hombre de amor repito, y en esto converge en él la tradición hebraico-cristiana, con la helénico-pagana, puesto que no fue sólo su sensibilidad frente al amor sino que él compartió el sufrimiento de los hombres, inclusive cuando compadeció a las gentes sojuzgadas, oprimidas, pobres, a quienes supo hablar en su propia lengua y le entendieron.

En cuanto a su sentido de justicia Bolívar fue pretoriano, su ideología es liberal-filosófica, su carácter autoritario, por lo tanto sigue su exacerbado culto a la personalidad el cual se tradujo en el cultivo a la gloria, con marcada super-sensibilidad por su reputación, esto en cuanto sigue la tradición helénico-pagana, llamada también greco-latina, y por lo tanto su figura parece emerger con retardo del renacimiento, como la de Bonaparte. Pero en cuanto es un hombre de amor sus tendencias altruístas, su entrega a la causa de la patria, su grande apego a los valores que exaltan y promueven la persona humana, en todo ello su capacidad de sacrificio y hasta por unas goticas de su sangre, pertenece a la tradición judeo-cristiana, por eso su concepción es teológica-filosófica, pero sus realizaciones son político-militares, es el genio del utópico ejecutar, del idealista que trabaja en planos de realidad y logra construir sin que su inconformidad con lo hecho lo exima de intentar, en varias ocasiones, el destruir su propia obra.

¡Qué gran poeta el que sin escribir un verso cruzó por los lomos y las hondonadas del Ande suramericano! ¿Qué pensaría este poeta situado en el momento de hoy acerca de lo que más convendría a las soluciones del Grupo Andino, los cuales forman parte del Acuerdo Andrés Bello y que coinciden con los países Bolivarianos? ¿Propondría soluciones bélicas para continuar, hasta culminar, el proceso de la emancipación? ¿Qué propondría con respecto a la América Latina? Y con relación al hemisferio?

Seguramente que Bolívar hoy o para expresarlo en términos más adecuados quienes tengan una visión poética del mundo estarían pensando en que el nexo fundamental que sirve de catalizador para alcanzar la tan apremiosa trascendente e inaplazable Unidad Americana, bien que ésta se le considera desde el punto de vista Regional en el continente conformado por los países latinos (indo-hispano-ruso-africano-franco y anglo) o bien, la unión de los países que se ubican en el hemisferio americano, las también llamadas tres améri-

cas, del norte, del centro y del sur. Para ello, repito, recomendaría la solución bélica, o sea la que parte, por ejemplo, de que el país más fuerte invadiera al más débil, a fin de buscar el apareamiento de un estado-nación pluricultural, regido por un sólo gobierno? O bien la solución pacífica de mirar la integración cultural, o sea el aporte que cada país pudiera hacer por configurar una amalgama, sin que por ello pierda cada uno de dichos países, o las regiones que lo conforman, su individualidad o sea identidad de modo que permita en nuestro medio americano el apareamiento de lo que pudiéramos llamar la Cultura Auténtica. Podríamos entonces pensar que este paso sería el requisito previo, pero ineludible, para alcanzar la anhelada y deseada Confederación Política, por un medio pacífico.

Me inclino a pensar que con todo el carácter de militar de Don Simón Bolívar y Palacios su pensamiento no estaría en este momento inclinado a recomendar soluciones violentas, puesto que ya hemos visto el camino de la guerra, aunque aparentemente más corto a la postre y teniendo a la vista la experiencia de la Región, es el que más retarda el proceso de formación de la nacionalidad, pues estorba el desarrollo de las fuerzas potenciales que conducen a la cabal realización de cada uno y del conjunto.

Ya lo dijo el profesor López de Mesa en su escrito sobre "Simón Bolívar y la Cultura Iberoamericana": Porque el héroe genuino, el creador de pueblos y de historia, es instrumento demiúrgico de la cultura. Y la cultura se desenvuelve históricamente en libertad y en espíritu. Por tales vínculos indescifrados aun, el genio y el héroe, como antes dije, se enlazan gemelamente, y la libertad, el espíritu y la cultura se asocian por proceso genitivo en las entrañas de este drama universal de la existencia. . . las jornadas escabrosas de la cultura iberoamericana por venir, que estoy audazmente invocando en este momento, para que Cultura, Colombia y Bolívar vayan siempre juntos en el cerebro y en el corazón de las nuevas generaciones de América, y así juntos se asocien a la obra espiritual presunta de todos los pueblos de este, todavía arcano, NUEVO MUNDO" (1).

Además ha dicho otra personalidad americana en nuestro tiempo Don Felipe Herrera, en reciente conferencia en la Universidad de los Andes: "por ello llego a la conclusión personal, que la única fuerza con profundo dinamismo y con profunda vigencia en este momento hacia la integración latinoamericana, es el elemento cultural. Por eso mucho más allá del valor de la cultura en su aspecto intrínseco y si se me permite, relativo a la cultura en un factor histórico-político. Es decir, hoy en día, es la integración cultural, la única gran fuerza dinámica que el latinoamericano tiene en sus manos para poder cumplir ese destino histórico, si es que efectivamente deseamos que

nuestro continente se transforme en el continente no sólo de la gravitación planetaria, sino del bienestar y del equilibrio a que tantas generaciones han aspirado". (2)

Creo que el bolivarianismo, si cabe esta expresión, más que una idolatría por la figura misma del Libertador, debe ser en el presente y en el futuro el apersonamiento que cada uno haga de su rol histórico en cuanto a adherirse a la causa de la emancipación, hasta alcanzar el más alto grado de independencia colombiana y latinoamericana más aun que podamos comenzar en la corriente expresión "a devolver fuego"; quiero con ello decir, a influir más decisivamente en los destinos mundiales ya que los rasgos y caracteres de nuestra cultura en ese cruento y doloroso proceso en que hemos caminado todo este corto período histórico de los siglos, XIX y XX deben empezar a producir figuras de las cuales Don Simón Bolívar, entre otros, fue un anticipo y que sean arquetípicos de esta trietnia americana, si se quiere en un principio tan marginales e insólitos como él, pero que luego por un proceso de irradiación desde la cúspide hasta la base de la pirámide social comuniquen sus valores, sus pensamientos y sus soluciones para que el resto que emerge desde la base pueda encontrarse a mitad de camino y amalgamarse con estos personajes de selección, genios de nuestra americanidad, a fin de producir una apetecible Integración Cultural, comenzando por el campo más deseado, cual es el humano.

Por último no podríamos jamás juzgar con juicio contabilístico a nuestro paradójico poeta con el debe de sus defectos y el haber de sus virtudes; fueron muchas las fallas de su personalidad, es verdad, para ser tenidas en cuenta frente y en contraste con su grandeza, o sea las inconsecuencias y las inconsistencias, que finalmente lo llevaron en el ciclo de su existencia a aparecer como hombre frustráneo: como realizador lejano de su meta, y por lo tanto utópico, como desordenado amante del orden; como demócrata practicante de la dictadura, como granadista que gobernó La Gran Colombia, con una tetarquía de militares venezolanos, como republicano y adherente a las formas monárquicas, como moralista y amante libertino, como religioso y libre pensador al modo de la ilustración. En fin, un temperamento esquizoideparanoide que si bien no traspasa los lindes del equilibrio, sí trasegó por las fronteras entre el genio y la locura, inclinándose de manera ostensible por el primero, y sobre todo, y por si aun quedara alguna duda, ella se resolvería al final cuando produjo los grandiosos documentos con que sella en el Caribe su periplo vital: genio de América y genio universal del siglo XIX.

No obstante lo anterior, y a pesar de habernos quizás causado una ruptura histórica al introducir prematura e inevitablemente, una causa de independencia bajo la égida de ideas extrañas a nuestra índole indo-hispana, nuestro genio Libertador debe ser juzgado históricamente como el extraordinario poeta, prócer, libertador, visionario, pensador, que podrá orientar en su bizarro quijotismo a otros, que de parecida índole, pero evolucionados para acatar la coyuntura histórica tal como se presenta en cada época, puedan continuar su acción independista con la misma mística por este supremo valor de la libertad ayudados por esa pléyade de sesudo sanchismo y obviamente no lo digo de manera peyorativa, ya que Don Quijote es el idealista frente al realista Sancho, que en nuestra gesta libertaria de comienzos del siglo XIX representa el gran Santander, frente al primero el gran Bolívar. Así esa emancipación bolivariana seguramente no prohijaría hoy una violencia, y mucho menos bajo el signo de la guerra a muerte; ni un centralismo, sino más bien un federalismo para el momento de nuestra patria; seguramente no tendría tanto de bonapartiano y rusoniano, sino que sería mucho más auténtico y cristiano, quizás más persuadido e intransigente demócrata, así en la aspiración como en los procedimientos; en fin, debemos desear que surja, al menos en cada generación, otro genio arquetípico de nuestra formidable tri-etnia que halone la historia dentro de unas miras de superación que aporte a la civilización universal, a partir de ahora en ruta hacia el tercer milenio de la era cristiana, y que contribuya a modelar con la tozuda paciencia del escultor que burila en piedra tosca con disímiles grados de dureza y blandura, con aristas y concavidades inconciliables a enfrentar todas las dificultades de un material indócil, del cual provoca expresar, en veces, como lo hizo Don Simón en su última visita a Cartagena, en carta a Castillo y Rada "No quiero ser más la víctima de mi consagración al más infame pueblo que ha tenido la tierra: el de América", hasta esculpir sobre bases hostiles y deleznales, el sillar en que se siente esa magnificente efigie que será la de nuestra nacionalidad americana.

- (1) López de Mesa Luis. "Simón Bolívar y la Cultura Iberoamericana". Homenaje de la Sociedad Bolivariana de Antioquia 1980. Pág. 46.
- (2) Tomado de la conferencia que dictó Don Felipe Herrera en la Universidad de Los Andes, en Bogotá, Abril 19/81.

Medellín, julio 15 de 1981

100 AÑOS.
*EL ESCOGIDO INMORTAL MEDICO
DEL LIBERTADOR.
ALEJANDRO PROSPERO REVEREND
FALLECIDO HACE UN SIGLO*

Por Donato Duque Patiño

Se borran de la mente los que fueron compañeros en las armas, paisanos y subalternos en el Gobierno y hasta los parientes que en los últimos días de la vida, el Libertador Simón Bolívar tuvo a su lado en San Pedro Alejandrino. En efecto casi nadie se acuerda de los generales Mariano Montilla, José María Carreño, José Laurencio Silva y de los Coroneles Julián Infante, José de la Cruz Paredes, Belford Wilson, Fernando Bolívar, y Andrés Ibarra, ni tampoco del jerarca de la iglesia Obispo José María Estévez, ni del nombre del párroco de Mamatoco que condujo el último viático, ni del notario que recogió su postrimera voluntad testamentaria.

Solamente permanecen grabados en la mente del pueblo y de los siglos, dos Extranjeros, desconocidos y ajenos del Libertador y de sus gestas heroicas que oportunos, solícitos y humanos le tendieron su acogimiento, su atención y su noble amistad: Don Joaquín de Mier que lo alojó en su propia casa de San Pedro Alejandrino y Alejandro Próspero Reverend, que como médico atendió y colmó de asistencia su quebrantada salud corporal y anímica. Español el primero y Francés el segundo, engastaron en el mismo mármol de la inmortalidad de Simón Bolívar, sus nombres y sus actos, y parejos con el del genio de América, en el templo de la Patria de Santa Marta figuran sus esclarecidos nombres.

Hoy nos ocuparemos del Médico Reverend, porque el 1o. de diciembre de éste año, se cumple un siglo de su muerte. La trayectoria vital de éste varón, fue larga en el tiempo y provechosa por los frutos que rindió en toda su travesía. Y como un primer contraste vale la pena anotar que mientras el Libertador murió bajo sus cuidados y asistencia médicos a la edad de 47 años, El, en cambio, continuó su discurrir humano desde ese insuceso hasta el 1o. de diciembre de 1881, en que rindió su último aliento en la misma ciudad de Santa Marta, cuando contaba 85 años de edad.

Con el optimismo de la juventud y después de haber intentado suerte como médico en Jamaica, sin haberla conseguido, llegó Alejandro Próspero Reverend al puerto de Santa Marta a finales de 1826 y como dice Martín Méndez Sandoval: "frisaba entonces en los 30 años, era de alta estatura, piel blanca y rosada, cabello negro y abundante, muy pulcro en el vestir, de modales correctos y de trato afable y acogedor", ésta personalidad había probado ventura y desventura en las guerras de Napoleón Bonaparte que sacudieron la naciente República Francesa y en su capital, París, ya reposado el ámbito conmovido antes por la espada del gran Corso y serenados los gobiernos que él amenazó con sus conquistas, Alejandro Próspero Reverend ingresó a la escuela de medicina en 1820; ni en los archivos de esa entidad, ni en parte alguna, se encontró constancia ni documento que corrobore el paso del estudiante por esas aulas. Por lo que se afirma que pudo haber cursado lo que se llamó en ese tiempo Oficios Sanitarios muy equivalentes a los estudios de Medicina. Por esa circunstancia, una vez instalado nuestro personaje en la ciudad de Santa Marta, con farmacia y consultorio propios y atendidos por él, éste no pudo aceptar el puesto de Médico del Ayuntamiento que le fue ofrecido por esa municipalidad, por que carecía de los documentos Oficiales de la Universidad que acreditasen su profesión. Pero honesto y ya constreñido por la necesidad de demostrar su idoneidad médica, se trasladó a Cartagena en donde existía y funcionaba la Facultad de Medicina y se sometió a un minucioso examen, como lo exigían las leyes que reglamentaban entonces el normal ejercicio de esa profesión, con resultados excelentes, constatados así en el diploma de rigor que entonces le fue otorgado.

Regresó orgulloso y satisfecho y con el alegre optimismo de enfrentar su capacidad probada y demostrar a una sociedad que como la de la Costa Samaria lo quería y esperaba y desplegó su eficiente actividad y conocimientos. Descubrió así una vez más este gran espíritu de errante inteligencia y de caudalosa alma que siempre existen esperanzas y oportunidades para corregir defectos

y curar dolencias en el mundo. Y mientras brillaba el sol de Junín y Ayacucho por el sur de la Gran Colombia con el Genio de la Guerra Simón Bolívar y bajo su mandato e inspiración creadores, consolidaba, con esas trascendentales victorias sobre el imperio Español, la libertad de América, en una modesta farmacia bañada por el Mar Caribe en Santa Marta, atendía las consultas, las peticiones de consejo que las gentes enfermas y necesitadas de orientación y de rumbos en la vida, solicitaban al Galeño auscultador y humanitario, ciudadano Francés de nacimiento y Colombiano por adopción y residencia, Doctor Reverend.

Seguramente como las noches serenas del mar sobre las playas de Santa Marta, fue la del 1o. de diciembre de 1830, cuando a las 8 de la noche el General Mariano Montilla en la misma casa y farmacia del médico Reverend, requirió y pidió a éste que se trasladase sobre la marcha a la vivienda provisional que le había sido proporcionada al Libertador a su arribo de la ciudad de Barranquilla, pues el ilustre huésped necesitaba de su asistencia profesional por cuanto se encontraba "enfermo; la voz ronca, el pulso comprimido, la digestión laboriosa". Una vez allí, el médico examinó al paciente y comprobó que: "la enfermedad de S. E. me pareció ser de las más graves, y mi primera opinión fue que, tenía los pulmones dañados". Inició así el francés Reverend el período más trascendental de su vida, que lo llevaría minuto a minuto con la del Libertador a la escogida inmortalidad.

17 días duró este proceso. Su dedicación al ilustre enfermo, su preocupación constante por que fuese eficiente su tratamiento y los remedios que le proporcionaba, y, el convencimiento científico de que ante la grave enfermedad que padecía, no había cosa mejor que hacerle, no fueron bien entendidos, y más aún, fue tergiversado en su trabajo y cobardemente calumniado por los mismos que rodearon al enfermo y que conocían mejor que nadie las cualidades profesionales y humanas del médico Reverend. El mismo General Laurencio Silva en la tarde del 15 de diciembre de 1830, cuando el Libertador tuvo un acceso de tos fuerte que casi lo asfixiaba, se atrevió a denigrar en voz alta del tratamiento y cuidado que Reverend venía proporcionando al enfermo y de que más que beneficio lo estaba perjudicando gravemente en lo poco de la salud que le quedaba, escuchado lo cual el distinguido médico le replicó con energía, exigiéndole respeto a su persona y a su profesión y que el general nada tenía que ver ni con su persona como médico ni con la responsabilidad profesional que venía cumpliendo y que se ocupara de lo suyo. Este fue el principio de las críticas injustas que una vez fallecido el Libertador, se desataron contra

Reverend, hasta el punto que para malquistarlo con su clientela y sus amigos de Santa Marta, circuló por toda la ciudad la siguiente copla, maligna y procaz en su forma y contenido:

*Por la dosis de quinina
que Reverend recetó,
misía Petrona movió
con misterio la cabeza
diciendo con gran tristeza:
Simón Bolívar murió.*

Pero la realidad es la de que Reverend estuvo acertado y cabal como médico del Libertador y así lo ratificó el Cirujano Dr. M. Night, quien el 2 de diciembre en la misma población de Santa Marta, se reunió con el Galeno Francés y en junta médica se concluyó que el diagnóstico, el tratamiento y sus consecuencias dados al distinguido enfermo, eran los más adecuados y pertinentes. Pero no contentos con ésto los escépticos Generales, empezando por Montilla que llamó al médico profesor Ignacio Carreño para que viajase de Cartagena a Santa Marta con la finalidad de examinar y verificar el tratamiento que Reverend había aconsejado a Bolívar. Aunque llegó cuando éste había muerto, manifestó que su presencia hubiese sido inoficiosa de haber llegado más temprano, puesto que de acuerdo con los boletines del médico Reverend el mal que aquejaba al Libertador era de pronóstico fatal.

Continuó, no obstante la maledicencia con que le pagó la dedicación y la asistencia a Simón Bolívar, el Dr. Próspero Reverend, ejerciendo su profesión médica durante mucho tiempo en Santa Marta y sus alrededores. Las gentes y vecinos lo respetaban y acudían. Más sin embargo los Generales y Gobernantes lo olvidaron de tal manera que por ejemplo en 1838, cuando fue nombrado Cónsul de Santa Marta por el Gobierno de Francia no fue reconocido como tal ni siquiera por las autoridades locales. Una nota simple de cumplimiento por los servicios prestados al Libertador en sus últimos días ofrecida por el general Montilla, nunca llegó a las manos del benemérito profesional. En 1842, cuando el gobierno de Venezuela, por fin desagrávió la figura y el nombre del Libertador y para cumplir su deseo testamentario envió a Santa Marta por sus restos mortales para conducirlos a Caracas, ni Venezuela ni Colombia se acordaron del Dr. Reverend, para rendirle siquiera un solo testimonio en esta ceremonia.

Solamente el Gobernador del Magdalena se recordó sobre la urgencia que por lo menos para identificar las cenizas del Padre

de la Patria, se necesitaba la presencia y certificación de quien como Reverend tuvo en sus manos el último instante de su vida y practicó la necropcia sobre su cadaver. Y, para terminar esta cadena de ingratitud, toda la comisión Venezolana y el propio General Páez que era el Presidente de entonces, dieron las más rendidas gracias al Gobernador de Santa Marta, Juan Ujueta, al Obispo de esta Diócesis y a todos los personajes que intervinieron en el acontecimiento del traslado de la urna funeraria a Caracas, menos a Alejandro Próspero Reverend, a quien olímpicamente olvidaron.

Fue Septimio Severo, penúltimo Emperador del brillo del Imperio Romano, quien con desengaño frente a los hombres enseñó cómo después de haber sido y procurado todo, de nada le sirvió en la decadencia de su vida.

Así Reverend lo erntendió, en un poco también de semejanza con lo que el prohombre y paciente suyo le correspondió presenciar en los contados 17 últimos días de su existencia. Exiliado de las Repúblicas que él fundó, corría solitario, casi que al destierro. Extrañado de su suelo natal que era Venezuela, notificado por el General Páez, su compañero de armas que no podía ingresar a su territorio, pues si lo intentaba sería aprehendido como un malhechor, y que hasta sus bienes habían sido confiscados por el Estado. El Galeno francés supo asimilar el desdeñoso e injusto comportamiento por sus servicios médicos de cabecera al Libertador, con abnegación, devoción y afecto y en cambio, todos le pagaron con la moneda de ingratitud, puesto que supo soportar como joven que era, vigoroso en su voluntad y en sus actos, de temperamento formado en las recias disciplinas de su profesión y en ambiente de sereno raciocinio como el de la Europa Central donde había nacido, defensas naturales éstas que le hicieron superar fácilmente la frustración y la incomprensión de que fue víctima.

Tranquilamente contrajo matrimonio el 25 de marzo de 1847, con Victoria Panage Ruz Vda. de Salcedo. Pero su esposa falleció al año y medio de su desposorio, por causa del nacimiento del primer hijo. Rehecho nuestro prócer de ese golpe sentimental, lió bártulos y se embarcó para Francia en 1849. Peregrinó por diferentes países del viejo continente y en París asistió a un Congreso Médico en donde acreditó su participación con las siguientes palabras: "No tengo más títulos que el de haber sido el último médico de Simón Bolívar, el Libertador de Colombia, Genio de América y el más grande y convencido exponente de la democracia que hayan conocido los siglos". De regreso a América, sentó nueva-

mente su domicilio y su actividad profesional en el Puerto de Santa Marta. Discurrió con la lentitud somnolienta del trópico su tranquilo vivir y laborar, hasta que 1874, lo sorprendió con la solemne invitación del General Guzmán Blanco, Presidente de Venezuela, mediante la cual se le hizo partícipe de que el anhelo popular de la vecina República era el de darle una recepción suntuosa, como se la merecía quien tuvo al Libertador bajo su excelente cuidado, en su última enfermedad y muerte. Se constituyó para el efecto, la sociedad llamada de Mutuo Auxilio, que ordenó que, desde el puerto de la Guaira hasta Caracas, "todos sus habitantes, Nacionales y Extranjeros que querían celebrar el fausto suceso de la llegada del ilustre anciano, honraran al efecto su visita, en señal de regocijo". Reverend en carta a su amigo Dr. Antonio Obregón, narra éste acontecimiento así: "Haber sido el último médico del Libertador fue el motivo de esa apoteosis. El General Guzmán Blanco, salió en persona a recibirme y me albergó en su casa, en donde en un almuerzo, al que asistió la principal gente de Caracas, entre ellos Fernando Bolívar Sobrino del Libertador, y, el General Andrés Ibarra, su último edecán en San Pedro Alejandrino. Recuerdo entre la concurrencia una venerable anciana, Benigna Palacio de Briceño quien me dió un abrazo, como tía del Libertador, con los ojos llenos de lágrimas. Allí el Presidente de Venezuela en acto solemne me hizo entrega del diploma con el que esa República me acreditaba como Ilustre Prócer de la Independencia, y me señalaba una pensión vitalicia de \$460.00 pesos mensuales. No contento con ello el Gobierno Venezolano, me envió después en el mes de diciembre a Santa Marta, un título de condecoración con el busto del Libertador con fecha de octubre, aniversario de su nacimiento". Finalmente, para cerrar esos homenajes, Reverend le obsequio al primer mandatario Guzmán Blanco lo que mantenía como inapreciable joya, como es el cálculo del pulmón del Libertador que el distinguido cirujano le extrajo en su autopsia, comprobando una vez más lo acertado de su diagnóstico y tratamiento que le hizo en San Pedro Alejandrino.

Colmado de satisfacciones, Reverend volvió una vez más a Francia, para atender invitaciones de los Centros de Estudios, Academias de Historia, Universidades en donde la Epopeya y la vida de Simón Bolívar, eran universalmente reconocidas. Y parejas con las obras y conductas de su último médico, Reverend fue exaltado, enaltecido y honrado.

Reverend falleció súbitamente el 10. de diciembre de 1881 a las 7 a.m. en la tradicional ciudad de Bastidas, lugar que él volvió a escoger para dejar allí sus huesos. Tenía 85 años y cumplía un

aniversario más del día triste para la América y afortunado para él, en que se hizo cargo de asistir al Libertador en su última dolencia. Nadie como él, en verdad, pobló de alegrías la mente marchita del Genio de América: Anécdotas como la de que, los tres más grandes majaderos de la historia, hemos sido: "Cristo, El Quijote y Yo", y la que pedía a su amigo Reverend que si pensaba regresar a Francia? y éste le contestó que sí, entonces alívieme Usted y lléveme para mirar la libertad otra vez en París, y como aquella en donde con los ojos aun brillantes del Genio, Bolívar interrogó a su médico sobre cuál había sido el motivo para él venir de Francia a la América?, y al contestarle Reverend que lo había hecho en busca de la libertad, el preclaro enfermo, escéptico y amargado le replicó: Usted la pudo encontrar Doctor? pues fue más afortunado que yo no la hallé nunca, quedaron fijas y perennes en la Historia Universal, como hondas señales que indican la densidad del pensamiento y la fundamental trascendencia de las ideas que aun en el borde de la muerte, centelleaban en la mente del Libertador Simón Bolívar.

Medellín, noviembre de 1981

MAS BIBLIOGRAFIA BOLIVARIANA

Por Néstor Botero G.

En el No. 235 de esta Revista hice un recuento de 24 libros que logré recoger, todos en torno al Libertador con motivo del sesquicentenario de su muerte que se conmemoró el 17 de diciembre de 1980. Hoy quiero agregar a aquella lista otras obras que después he logrado conseguir, en buena parte gracias a la colaboración de amigos dilectísimos a quienes muy de veras les agradezco su atención.

Son las siguientes:

1 — MEMORIA SOBRE LA VIDA DEL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR, por el General Tomás C. de Mosquera. "Homenaje del Banco del Estado a la memoria del Libertador Simón Bolívar en el Sesquicentenario de su muerte. Popayán, diciembre 17 de 1980. (Litografía Arco, Bogotá, 1980. Dos tomos: edición de 1.000 ejemplares numerados). Se trata de una exquisita edición de aquel viejo libro del General Mosquera sobre el Libertador, fundamental no solo para el cabal conocimiento de la personalidad de Don Simón Bolívar, sino también para la valoración de la gesta emancipadora. En la nota de presentación de esta nueva edición de

las "Memorias" de Mosquera, se dice: "La primera edición es una auténtica curiosidad bibliográfica. Las 3 siguientes, no son el reflejo de lo que el Gran General programó e ideó y en consecuencia, no aportan a la historia todo lo que esta obra vale y significa para comprender la vida tormentosa de Bolívar". Se alude así a la importancia de la nueva edición, por cuanto "el texto y el cuerpo central de este libro es el mismo de las ediciones que ya han aparecido, pero el sabor y el mensaje sutil que se perdió con los errores de los amanuenses y mecanógrafos aquí se corrige". El recopilador e intérprete de los documentos, corrector y director de la nueva edición fue don Tomás Cipriano Mosquera Wallis, quien "buscó y hurgó en el archivo de la familia hasta llegar a hacerse a los manuscritos originales que dejó el General Mosquera con sus tachones y errores de ortografía", y quien "para completarla, recopiló y corrigió todos y cada uno de los documentos", los cuales "forman parte integral de esta 5a. y verdadera edición". O sea que, como lo dice don Jaime Mosquera en la presentación, "este libro posee todo un incalculable valor histórico". Y así es, ciertamente, razón por la cual hay que congratular al Banco del Estado.

2 — PARA ACERCARNOS A BOLIVAR, por Manuel Pérez Vila. ("Este libro fue editado por la Dirección de Extensión Universitaria de la Universidad Simón Bolívar y se terminó de imprimir el día 14 de febrero de 1980 en las prensas venezolanas de Editorial Arte, en la ciudad de Caracas"). Agradezco el envío de este libro a su propio autor, el Dr. Manuel Pérez Vila, de quien dice Carlos Felice Cardot: "La actividad de Pérez Vila ha sido incansable. Es un docente universitario; un investigador, especialmente de la etapa de la emancipación, y un archivista de aguda visión. Desde hace casi cinco lustros es secretario de la Fundación John Boulton, institución dedicada a la investigación histórica, y dirige su excelente "Boletín Histórico". Libros de Pérez Vila son, entre otros, una biografía de Daniel Florencio O'Leary y otra de José Rafael Revenga. Ha sido y es colaborador asiduo de revistas de carácter histórico, y es considerado como uno de los más devotos guardianes de la memoria del Libertador. Sobre el libro que aquí reseño dice un comentarista: "Ahora, el autor ofrece un nuevo y novedoso libro, ligado íntimamente a la figura de Bolívar. Junto con presentar una síntesis de su vida, trata una serie de facetas directa o tangencialmente relacionadas con él, pero redactadas en forma objetiva; utiliza un lenguaje claro, sin frases de vieja oratoria, sin adjetivación innecesaria: toda la temática es tratada con claridad y sencillez, dentro de un estilo correcto, ajustado a la naturaleza de la narración. Este "bolsilibro" de Pérez Vila, sobre Bolívar, se lee de una sentada: por su estilo sabroso y por la forma novedosa como trata el tema.

3 — LA FORMACION INTELECTUAL DEL LIBERTADOR, por Manuel Pérez Vila. (Segunda edición. Ediciones de la Presidencia de la República, Caracas, 1979). Aunque un poco anterior al año del sesquicentenario de la muerte de Don Simón Bolívar, este libro de Pérez Vila encaja perfectamente en la bibliografía bolivariana del sesquicentenario. En nota de ofrecimiento dice el autor: "Con toda sencillez, y del modo más cordial, dedico esta obra al Magisterio Venezolano". O sea que en la primera página ya se insinúa la importancia de este libro para el magisterio y, desde luego para, la juventud estudiosa. "Pues si algo se desprende netamente de las páginas que siguen —dice el autor— es que aquel genial militar, estadista, político, pensador y escritor que se llamó Simón Bolívar, dedicó horas y horas a la formación de sí mismo a través de la lectura, desde que tuvo uso de razón en su Caracas natal hasta que, enfermo y adolorido, halló un refugio para morir en las costas de Santa Marta". Quizás como en muy pocas biografías de Bolívar, en este libro es diáfana la permanente preocupación del Libertador por su formación intelectual. Preocupación que lo llevó a ser, incuestionablemente, un auténtico intelectual, como se desprende de todos y cada uno de sus documentos. En alguno de los párrafos de su libro dice Pérez Vila: "Los escritos de Bolívar demuestran, en conclusión, que el Libertador del vasto territorio comprendido entre las bocas del Orinoco y el Potosí poseía, para respaldar sus dotes geniales de gran capitán, un nutrido acervo de conocimientos teóricos, adquiridos mediante el estudio y la meditación de los que él mismo denominó alguna vez "los Maestros de la Guerra".

4 — COLOMBIA AL LIBERTADOR. (Colección Presidencia de la República, Administración Turbay Ayala, Volumen VI, Bogotá, febrero de 1981). En nota de presentación de este libro dice Antonio José Rivadeneira Vargas, Presidente de la Federación Internacional de Sociedades Bolivarianas: "La Administración Turbay Ayala tuvo el acierto de disponer que dentro de los actos conmemorativos del Sesquicentenario de la muerte del Libertador se sacara a la luz pública una obra cuyo contenido ofreciera una biografía sintética del Padre de la Patria, presentara una selección de sus escritos más importantes y reprodujera además los ensayos más renombrados de pensadores universales sobre la obra de aquel Grande Hombre". Distinto a un excelente estudio biográfico de Bolívar, por Germán Arciniegas, y una serie de importantes documentos bolivarianos, el libro trae estudios de José Martí, Miguel de Unamuno, José Enrique Rodó, Guillermo Valencia, Olaya Herrera, Laureano Gómez, López Michelsen, Julio César Turbay, Indalecio Liévano, Leopoldo Zea, Cardenal Aníbal Muñoz Duque, Pío Alber-

to Ferro y Bermúdez Yenkis. Este libro viene a ser, por lo tanto, un mosaico bolivariano de indudable interés y de innegable importancia para los estudiosos de la bibliografía bolivariana.

5 — LA IGLESIA QUE ENTENDIO EL LIBERTADOR SIMON BOLIVAR, por Alberto Gutiérrez, S. J. ("Este libro se terminó de imprimir el día 7 de julio de 1981, en las prensas venezolanas de Editorial Arte, en la ciudad de Caracas"). En nota de presentación de este libro dice el sacerdote jesuíta Manuel Briceño Jáuregui: "El autor ha sido incansable en su labor de búsqueda: detectar la verdad, cualquiera que sea, en un campo ligeramente esbozado por otros historiadores. Las opiniones divergían sobre el tema, pues mientras unos consideran al Libertador como integralmente católico, para otros es ateo o a lo sumo defista. . . Hacía falta un erudito que fuera al mismo tiempo sociólogo, filósofo, teólogo y humanista, para que emprendiera empresa tan delicada. Y a fe que lo ha logrado. . .". El mismo prologuista tilda de "audaz" el libro del jesuíta Alberto Gutiérrez. Y no le falta razón. Es un libro novedoso, bien documentado, bien estructurado, bien pensado y bien escrito. No abunda la bibliografía sobre el Libertador y la Religión. O sea que este libro viene a llenar un vacío. Y ciertamente lo llena con seriedad. "Diez años anduvo el autor peregrinando por el mundo interior y exterior del Libertador". Y fruto de esos años de pesquisar aquí y allá, es el libro del Padre Gutiérrez, cuyo sólo título ya nos habla de su importancia, y al final de cuya lectura esa importancia sale incólume. Este libro es un estupendo aporte a la bibliografía bolivariana.

6 — PRESENCIA VIVA DE ANTONIO JOSE DE SUCRE. (Ediciones de la Secretaría de la Presidencia de la República de Venezuela, Caracas, 1980). Aunque es un libro sobre el Mariscal Antonio José de Sucre, es un libro que tiene relación directa con la bibliografía bolivariana. También en 1830, meses antes de la muerte del Libertador, el Mariscal Sucre fue alevosamente asesinado en la montaña de Berruecos, cuando en busca de bien ganado descanso se dirigía a su hogar en Quito. En la presentación del libro en cuestión dice el Exmo. Sr. Presidente de Venezuela: "Este es el Hombre y el Héroe, el Soldado y el Estadista al que la Patria y su Gobierno rinden honores en esta obra. . . Como lo apreciará seguidamente el lector, se ofrece esta "Presencia Viva de Antonio José de Sucre" en tres partes complementarias: Cronología sucinta de Antonio José de Sucre (1795—1830); la Imagen Física de Sucre a través de 8 retratos hechos en su época. . . y una selección final del Pensamiento de Sucre. . .". Después de Bolívar, Sucre es, indudablemente, la figura más cimera de la gesta emancipadora.

Y es la más limpia figura, la más nítida, la más generosa así como fue el más leal amigo del Libertador. Fue, ciertamente, "más patriota que ambicioso". O mejor decir: no fue ambicioso: fue sólo un patriota. Un patriota en la más exigente acepción del vocablo.

BOLIVAR EN EL TIEMPO, por Francisco Cuevas Cancino. Sobre este libro que reseñé en "Bibliografía Bolivariana", en el No. 235 de esta Revista, se ha pronunciado airadamente la Academia Colombiana de Historia, por hallarlo algo así como mentiroso o tendencioso. En "Boletín de Historia y Antigüedades", órgano de la Academia (No. 733), hay una violenta crítica al libro, escrita por Rafael Serrano Camargo, éste por cierto un excelente biógrafo del Libertador. De esa crítica transcribo del último párrafo: "... Pero lo que sí parece necesario es que se procede a ordenar recoger toda la edición de "Bolívar en el Tiempo" para enmendar el error cometido al publicarla, sin pedir concepto a la Academia de Historia que por algo es el cuerpo consultivo del Gobierno en esta materia". Lo del previo concepto de la Academia, se debe a que el libro fue editado por una entidad de índole estatal. "por decisión del señor Presidente de la República". Sólo así se explica la reacción de la Academia, aunque quizás mejor que "recoger toda la edición" —lo cual sería prácticamente imposible—, sería editar la Academia una documentada y serena refutación a la obra de Cuevas Cancino. Esto dicho, desde luego, con el respeto debido a la benemérita Academia Colombiana de Historia.

MONSEÑOR
VALERIO ANTONIO JIMENEZ

Por Guillermo Duque Gómez

I.

En este trabajo, nadie hallará cosa inédita respecto de la vida y obra de Monseñor Valerio Antonio Jiménez. Solamente he querido refrescar su imagen, un tanto quizá olvidada, y cumplir el deseo de algún pensador nuestro, de "poner a caminar las estatuas". Ello es necesario para que nos iluminen de nuevo y fortalezcan con el ejemplo de sus pasos. Así el bronce y el mármol hayan sido desdeñosos con este varón de subidos méritos, cuya efigie debería elevarse por lo menos en el altozano de la Basílica monumental que inició en Medellín.

También hace falta, y es de justicia, que una pluma de quilates, ducha en esos arduos menesteres de la biografía, haga frente a una vida tan llena de episodios de toda índole como la de Monseñor Jiménez Hoyos, y nos muestre lo que significó —y continúa significando— en la historia de la Iglesia y en los anales de la Patria.

II

Aceptado está que no antes de 1665 ni después de 1700, los Capitanes Juan Duque de Estrada y Francisco Mansueto Giraldo Pareja

fundaron, en el Valle de San José, la que con años y esfuerzos vino a ser la gloriosa Ciudad de Marinilla.

En aquellas antiguas fundaciones no esclavistas, el pueblo llano se codeaba con los miembros de unas cuantas familias de prestancia. Pero en raras ocasiones los distintos niveles contrajeron alianzas matrimoniales entre sí. Lo corriente fue que los de clase alta se casasen unos con otros, ya por conservar la relativa limpieza de sangre, ya para reunir los intereses económicos en un fondo común. De ahí resultaron múltiples entrecruzamientos de las pocas familias, y no menos quebraderos de cabeza para los genealogistas que osan meterse con ellas. De ahí, asimismo, el que los hechos históricos sobresalientes de la región tengan como protagonistas, las más de las veces, a individuos de casi los mismos apellidos.

A fines del siglo XVII o principios del XVIII, un caballero de solar andaluz, Domingo Jiménez Fajardo y Ramírez de Coy, se desposó con Isabel, hija del cofundador de Marinilla, Juan Duque de Estrada, y de su consorte Juana Josefa de Heredia. Por los mismos años y en el mismo sitio moraban con sus familias, entre otros, los señores Bernardo Gómez de Castro y Alvarez del Pino, Bernardo de Hoyos Morales, Manuel León de Soluaga, gentes de pro.

El día 4 de agosto de 1728, en ceremonia conjunta se casaron Antonio y José Gómez de Castro, hijos de don Bernardo y de doña Gertrudis Betancur, respectivamente con Jerónima y Lucía Jiménez Duque de Estrada, hijas de don Domingo y doña Isabel. En enero de 1732, otro de los Gómez de Castro, Francisco Javier, lo hizo con una tercera hermana de las anteriores, doña Juana Jiménez. Y en julio de 1747, el hermano de éstas, Juan Bautista, contrajo con Ignacia Soluaga, hija de don Manuel y doña Salvadora Montoya.

De este último matrimonio procedió Alejo Jiménez, casado en primeras nupcias en 1784 con Teresa Gómez, de Vicente y Margarita Hoyos Villegas, hijo Vicente de Antonio Gómez de Castro y Jerónima Jiménez. Y, en segundas, con María de la Luz Hoyos, prima de la difunta Teresa por ser la nueva consorte de la prole de Matías y Justa Rufina Gómez. Hijo Matías del Bernardo de Hoyos citado, de cepa burgalesa, y de su mujer Gertrudis Villegas. Justa Rufina, de los mismos Antonio Gómez y Jerónima Jiménez... De Alejo y María de la Luz, vinieron a este mundo de dolores y de glorias Juan Nepomuceno, Fabián, Ramón, y el 29 de enero de 1806 el más tarde Obispo Valerio Antonio. Como se ve, todos éstos, parientes de todos aquéllos...

El muchacho Jiménez debió recibir las primas letras de sus mismos hidalgos genitores, quienes, a fuer de hidalgos, de seguro apenas trabajosamente deletrearían segundas. Después cayó, para su bien y orgullo, en manos de los maestros Betancourt y Benítez, pero especialmente en las de un familiar, el Padre Isidoro —hijo de José Gómez de Castro y Lucía Jiménez—, sacerdote de vasta ilustración y piedad, verdadera cátedra divina y humana. Bajo su dirección aprovechó Valerio Antonio tan lindamente, sobre todo en Teología y Cánones, que el 8 de febrero de 1829 fue ordenado sacerdote, en Rionegro, por el Sr. Garnica y Dorjuela, sin haber pasado antes por seminario alguno. Los demás estudios (y no fueron pocos) dictados por el deber o la necesidad, los hizo por su cuenta y razón. Fue así como se bandeó para desempeñar muy cumplidamente su ministerio en los poblados de Abejorral, San Vicente, Guatapé y Cocorná, hasta llegar, en 1836, al Curato de Marinilla, en reemplazo nada menos que del por muchos aspectos eminente Jorge Ramón de Posada y Mauriz, fallecido a principios de 1835, tras dirigir la Parroquia por espacio de 48 años. Fue Posada —Doctor en ambas Prudencias por el Seminario de San Bartolomé— el segundo Cura propio, y llegó a Marinilla en 1787, cuando su jurisdicción se extendía desde el Rionegro hasta el Magdalena. El primero había sido Fabián Sebastián Jiménez Fajardo y Duque de Estrada —hijo de don Domingo y doña Isabel; es decir, cuñado de los tres hermanos Gómez de Castro— quien asumió funciones en 1752, al crearse la Parroquia independiente merced a Provisión dictada por el Virrey José Alfonso de Pizarro, previo concepto favorable del Visitador Gutiérrez de Lara. Jiménez Duque duró en el cargo 33 años. Distinguióse por su dón de consejo. De él se decía que era “justo cual balanza”. Le tocó resolver el espinoso problema testamentario de doña Javiera Londoño y distribuir los bienes de dicha señora, ya que, cuando terminó el ruidoso pleito, la Libertadora de los Esclavos había pasado a mejor vida. Así, pues, Valerio Antonio Jiménez vino a convertirse en el tercer Cura propio de su aldea nativa, hecha Villa por D. Carlos III en noviembre de 1787, dotada de Armas por D. Carlos IV en junio de 1794, y elevada al rango de Ciudad por el Dictador Del Corral en agosto de 1813. En Marinilla estuvo, salvo algunas interrupciones, hasta 1868.

Suelen los pueblos dejarse dominar más por el amor que por la ciencia, y prefieren un pastor dulce a un catedrático de campanillas. Y aun en el caso de que se conjuguen la bondad y el saber en la misma persona, las feligresías miran más los efluvios espontáneos del corazón que los jugos alambicados del cerebro. Ello se traduce

en la disminución del nombre o título, lo que implica también confianza en la benevolencia del amado. En Marinilla se dijo en otros tiempos "el Curita", para referirse al sabio y delicado Emigdio Ramírez Gómez, Cura que fue de la Catedral de Antioquia, Canónigo y Provisor de la Diócesis, y después Párroco de mi Ciudad en 1868; "Padre Manuelito", a quien dirigía el rebaño en 1886, el venerable santuariano Manuel Tiberio Gómez Zuluaga; "el Doctorcito", al pío José Dolores Gómez Alzate, Cura de varios pueblos, muerto en Marinilla en 1889. Debido a su capacidad para enternecerse por Dios y por el prójimo, y de enternecer a los de bolsa con cordel, dijo Monseñor José Joaquín Isaza que las lágrimas del "Doctorcito" habían hecho en Antioquia más templos que todos los oradores juntos. Decíamos también "Padre Emilito" al después Obispo de Pasto, Monseñor Botero González, y últimamente. "Padre Torito" a quien rigió los destinos parroquiales marinillos por espacio de 38 años, a partir de 1897, presbítero Mateo de J. Toro Londoño. De igual modo, antes y después de ser Obispo, Jiménez Hoyos fue simplemente "Valerio" para sus allegados, "el Padre Valerito" para el resto de los feligreses, a pesar de la más aparente que real ceñudez de su rostro. En cambio, a otros Pastores, eminentísimos por cierto, los han llamado "Monseñor Tal", "Padre Fulano", "Doctor Cual", quizá porque, no obstante la irradiación de su sabiduría, fueron incapaces de adentrarse muy hondo en la entraña misma de las gentes humildes, que sólo se sintonizan de corazón a corazón. . .

IV.

La vida de Valerio Antonio Jiménez fue un duro y constante batallar, desde su niñez hasta por lo menos el año 1885, cuando entregó el Obispado de Medellín al tercero de sus sucesores, el Ilmo. Bernardo Herrera Restrepo, nieto de don José Manuel nuestro máximo historiador. Obispo descendiente asimismo de marinillos por su bisabuelo el Patriarca José María Montoya Duque, primer Gobernador de Antioquia soberana en julio de 1811.

Contaba Jiménez poquísimos años de vida, cuando el hogar paterno se rompió en dolor glorioso al marchar sus hijos Fabián, Juan Nepomuceno y Ramón, preadolescentes todavía, a engrosar los ejércitos defensores de la Colonia en trance de liberación. En verdad, desde los años 12 y 13 del siglo pasado estos muchachos Jiménez empezaron a inscribir sus nombres, con alto relieve, en los fastos de la heroicidad y del martirio en aras del bien común.

De 1816 al 19, en Marinilla tuvo que sufrir la familia Jiménez no pocos atropellos por parte de las nuevas autoridades españolas

de la reconquista, agentes de don Carlos Tolrá. Vejaciones y molestias agravadas por la obvia razón de haber formado, algunos de sus miembros, entre los primeros que salieron a combatir junto con el "Fogoso" Gutiérrez de Caviedes y el Mayor José Urrea, y más tarde al lado de muchos de los heroicos jefes de la Guerra magna.

Cuando en virtud de las mentiras estratégicas del Alcalde José Ignacio Botero, el Comandante Mauricio Villalobos, llamado "Patablanca", se alejó a paso largo de Marinilla, pudo José María Córdoba ocuparla, e iniciar desde allí, en firme, la segunda conquista de Antioquia para la libertad. Tenía Jiménez a la sazón trece años, y no marchó tras las ancas del corcel del héroe porque sus hermanos continuaban en el frente, salvo Fabián, quien había ingresado, según rumores, en la Marina de Francia. A propósito, cuenta el Padre Ulpiano Ramírez Urrea, seguido por muchos historiógrafos, que Valerio Antonio reclamaba para sí el honor de haber sido en ese año 19 ordenanza o cabo del joven "Pepillo", como le decían sus amigos al ardiente vástago de don Crisanto y doña Pascuala Muñoz. Por sostener el Padre Ulpiano que Jiménez reclamaba semejante honor, es preciso creer que así ocurrió. Máxime cuando el Canónigo historiador fue por largos años amigo cordial de éste, y tuvo por lo mismo la oportunidad de hacer que le confirmara o desmintiera tal aserto. Más, "veritas ante omnia", no he podido hallar, en ninguno de los documentos en que con lupa lo he buscado, el nombre de Jiménez como tal cabo o tal ordenanza o tal edecán del brioso Córdoba. . .

Después de estos sucesos de 1819, Valerio Antonio debió continuar en la docta escuela del Padre Isidoro Gómez, en una vida estudiosa mezclada con los naturales sobresaltos provenientes del curso de la guerra y de la suerte de sus hermanos. Hasta el 29, cuando, como se dijo, fue ordenado sacerdote, y hubo de asumir el pastoreo de las almas.

V.

A los dos años de su Curato en Marinilla, a mediados de agosto de 1838, tuvo la satisfacción de ver hecha realidad la obra que desde tiempo atrás venían planeando los hermanos Miguel y Rafael María Giraldo: el Colegio de San José, uno de los primeros monumentos de inmortalidad erigidos bajo el patrocinio del Padre Valerito Jiménez.

En 1840, el "Supremo" Salvador Córdoba izó bandera de rebelión. Marinilla, Sopetrán y Envigado se proclamaron "ministeriales",

vale decir del bando del Presidente Márquez, con las secuelas de intranquilidad claramente previsibles. Sufrió entonces el Colegio de San José un golpe mortal, y los hermanos Giraldo Soluaga, el Párroco y demás personas que habían intervenido en la feliz culminación de la obra, vieron con dolor cómo se fueron cerrando las alas de sus puertas. Como quien dice, interrumpido el vuelo cuando apenas iban a florecer las esperanzas.

Mas la fe de los promotores no podía quedar fallida: el Colegio se reabrió en 1848, bajo la mano experta, dulce a la vez y enérgica de Vicente Arbeláez, doble nieto de Marinilla por sus padres don Fermín y doña "Maruchita" Gómez. En el año 49, ante la inopia del instituto, que amenazaba con la separación de Arbeláez, el Párroco Jiménez tuvo el heroico desprendimiento bienhechor de cederle al rector el Curato, y con él las rentas, para que pudiese continuar al frente del plantel que se había convertido en niña de sus ojos. Valerio Antonio se conformó con la Sacristía Mayor. Bajo la sabia dirección del Padre Vicente tuvo el Colegio una época esplendorosa. Y sobre los cimientos de la escuela del Padre Isidoro, se alzó la estructura venerable que supervivió hasta hace pocos días, como en memoria del buen viejo, cátedra viviente, oráculo de toda la región, fallecido a comienzos del año 24. Tengo el orgullo de que un mi antepasado, Eusebio Arboleda, fuese el arquitecto de aquel edificio tan solemne y tan sencillo a la vez. . .

Salió Arbeláez de aquellas aulas en 1859, a gobernar como Vicario la Diócesis de Santa Marta, a ceñir después la Mitra simbólica de Maximópolis, y luego a encasquetarse —como corona de espinas— las ínfulas de Primado, al suceder en el martirio, desde febrero de 1868, al dulcísimo Arzobispo Herrán. Entonces volvió Jiménez a su Curato.

La paz era esquivo por esos antaños. Ya en 1851 se puso en armas el General Borrero, y el Oriente volvió a ser escenario de movilizaciones castrenses. Con los jefes insurrectos andaba nadie menos que uno de los fundadores del Colegio de San José, el doctor Rafael María Giraldo. Para mayor angustia del Párroco, por la región de Vahos atizaba la rebelión su hermano el Comandante Juan Nepomuceno Jiménez, sin que le hubieran cicatrizado todavía las gloriosas huellas de la Guerra Magna. Este alzamiento fracasó dolorosamente a los pocos días. Y siguió la campaña contra el General Melo, en el 54, en la cual se cubrieron de laureles las fuerzas marinillas. Naturalmente, el Pastor no podía ser ajeno a todos estos altos y bajos de sus parroquianos. . . Después, como remate y el acabóse, la desdichada contienda que se inició en Santander y el

Cauca en el 60, de tan mal recuerdo para los antioqueños y en particular para el Padre Jiménez. Al final de ella perecieron su hermano el Comandante Juan Nepomuceno, en el combate de Cabuyal, cerca de Cali, en abril de 1862, y el Dr. Rafael María Giraldo —a la sazón Gobernador de Antioquia— en el de Santa Bárbara de Cartago, en septiembre del mismo año. La buena muerte los encontró defendiendo sus convicciones más íntimas. Como que eran del mismo temple de aquel célebre D. José de Palafox, quien durante el sitio de Zaragoza en 1810 le dijo al parlamentario napoleónico, Mariscal Moncey, cuando venía éste a intimarle la entrega: "No sé rendirme! Después de muerto hablaremos de eso"...

VI.

La guerra que terminó en el 62 trajo al Estado antioqueño innúmeras calamidades, sin contar la derrota misma. Desastres que se agudizaron con la Constitución de Rionegro, desorbitada cual ninguna, germen de males, atea y anarquizante, y con la cual, por otro lado, iba a entronizarse en el Ejecutivo nacional eso que Miguel Antonio Caro peyorizó como "el turno de los pigmeos".

La llamada "Defensa de Cultos" que asumió el arbitrario General Mosquera desde 1861; el usurpador engendro de los "Bienes de manos muertas"; la inicua "extinción" de la docta Comunidad de Loyola; el infame lanzamiento de monjas a la calle; el feroz articulado antirreligioso y antidemocrático de la "Ley de Policía Nacional", en fin, hallaron lo que buscaba: no la separación, sino la brusca ruptura de relaciones entre las dos Potestades. Como desarrollo lógico de tales normas, vino la persecución, el cierre de iglesias, la ruina de Conventos y Colegios, el extrañamiento de los jefes diocesanos que no huyeron a los montes, la corrupción simoníaca de mucha parte del Clero. Toda una tempestad horrorosa y de tinieblas se precipitó sobre un conglomerado de tan honda raíz católica como el de Antioquia, donde los levitas no eran "Doctores" sino "Padres", donde la Iglesia nunca fue abstracción de teólogos sino real "Madre y Maestra" de pueblos. Como si las puertas del infierno estuvieran prevaleciendo contra Ella...

Fue entonces cuando, tras la vista sumaria que ordenó el alejamiento del Ilmo. Riaño, y le impuso trocar su hidalga Sede por las desérticas playas de Iscuandé; tras la impía genuflexión de muchos clérigos y, lo más doloroso, tras desertar en forma sucesiva cuatro de los pastores principales a quienes el Obispo ausente había encomendado la guarda del redil; tras la ruina de todo el edificio eclesiástico, en fin, surgió en Oriente, como nueva estrella sabia en condu-

cir, la luz jamás vencida del Padre Jiménez: era el año 63: en su calidad de quinto Vicario, asumía desde los bosques de Cocorná la dirección del pueblo errante, para llevarlo, como lo llevó —a través de sequías, debilidades huidizas, y, sobre todo, a pesar de la ira maldiciente de los faraones— a una tierra prometida que él mismo, con sus propias manos, ayudó a conquistar en el 64, aunando en sí la diestra directiva de Moisés y la voz cálida de las trompetas de Josué.

Porque, a Dios loor, en los cuatro puntos cardinales de esta Antioquia mártir surgieron adalides inspirados y tropas animosas que, en acción envolvente, se fueron cerrando sobre el foco que perturbaba el sosiego y oscurecía el destino de la comarca. En Yarumal y Cascajo se derrumbó al fin la estéril hegemonía impuesta por las bayonetas.

Según el Libro del Exodo, cuando tras el rigor de las plagas el pueblo israelita salió de Egipto, una nube le acompañaba y defendía de sus enemigos. El 2 de enero de 1864, el gran Berrío —junto a la mitra en cierne del enérgico marinillo de “Chocho” Joaquín Guillermo González—, amparado por niebla providencial había hecho sucumbir, en los contrafuertes yarumaleños, al General Plaza, dando con ello uno de los dobles finales al régimen imperante en el Estado. Dos días más tarde, en Cascajo, las fuerzas del Oriente y del Sur le cantaron el “De profundis”...

En verdad, durante la lucha en Cascajo el Párroco de Marinilla había pasado todo el tiempo en las fatigas de su ministerio, sin descuidar tampoco la coordinación de la defensa. Con doña Rosaura Hoyos, doña María Jesús Giraldo Viana y otras señoras, se valió de una estratagema semejante a la que usó Córdoba en el año 29 con el fin de atemorizar a los defensores de Medellín (y que antes había empleado asimismo el Comandante Urrea, en el 19, para buscar la huída de Mauricio Villalobos de sus posiciones en Marinilla): grupos de muchachos y mujeres, armados de palos, daban continuos rodeos al “Alto de Tinajas”, lo cual hizo crecer a los atacantes que había llegado a la ciudad el refuerzo que comandaba el General Joaquín María Córdoba. Todo ello, más el repique de campanas que dispuso el mismo Cura Jiménez, acabaron de sembrar el desorden y el miedo en las fuerzas que tan bizarramente había conducido Pascual Bravo hasta ese campo, en donde halló el fin con varios de sus más recios conmlitones.

El gran vencedor en esta jornada postrera del 64 fue el Coronel Obdulio Duque, hecho General después de Cascajo. Restablecida la

paz, este insigne marinillo tuvo la soberbia humildad de matricularse, casi cuarentón, en nuestro Colegio de San José, para estudiar lo que las faenas agrícolas y los deberes de la guerra le habían impedido aprender. Casóse después con la sobrina de Valerio Antonio, doña Matilde Jiménez, hija del Comandante Juan Nepomuceno y doña Valeria Gómez. Pereció en el combate de Morrogordo, "por allá por Manizales", en abril de 1877. A su lado murió también otro paisano curtido por el sol de cien batallas: el intrépido Coronel Cesáreo Gómez, luchador asimismo en Cascajo, donde fue herido. Del Coronel Cesáreo descienden, entre otros, el Siervo de Dios Jesús Aníbal Gómez, y el muy docto historiador y lingüista Padre Carlos E. Mesa, ambos de la Comunidad Claretiana.

VII.

Esta guerra que culminó en Yarumal y Cascajo, se repite, fruto fue natural de la extraña Utopía constitucionalizada en el 63. Constitución fuera de órbita, que tuvo al menos la inesperada virtud de llevar al solio antioqueño a un estadista de cabeza en su sitio, corazón grande y mano vigorosa.

Pedro Justo Berrío, Coronel civil que jamás uso presillas en el hombro, se dedicó entonces a la tarea de ganar victorias pacíficas en todos los campos del progreso. Pasaron así varios años de bienandanza, cuando el sable se puso a cosechar olivos, y la mira que solía indicar en el fusil siembras de muerte, sólo atisbaba ya la posibilidad de caminos nuevos.

Paralelamente, el Padre Jiménez (quien, olvidaba decirlo, fue legislador provincial por muchos años, desde 1838), pudo dedicarse, como Gobernador Eclesiástico, a reconstruir el Templo, derruido menos por los embates del enemigo externo que por la flaqueza humana de sus columnas sacerdotales. Nombrado Vicario Capitular de Antioquia por el Sr. Herrán, en 1867, continuó en aquella gigantesca obra de reparo, que, al lado de los disgustos y contratiempos imaginables, le iba dejando la grata sensación del deber satisfecho, como lo declara en sus informes periódicos al Obispo confinado que nunca regresó.

VIII.

De San Agustín refieren que, tan pronto quedaba sin titular un Obispado, "huía porque no lo eligiesen". Hipona tuvo el privilegio de que, por decirlo así, lo capturaran para su Sede. Valerio Antonio Jiménez no le huyó a la suma prelación de Antioquia: en su

activa humildad franciscana, no le era posible imaginar ni de lejos que sobre su nevada cabeza de patriarca, ya sesentón, sin fuerzas ni salud, pudiera caer del Cielo el honor, el poder doloroso de una Mitra. Mas en Roma conocían la realidad de sus méritos y lo valiente de su fe, y le ordenaron sufrir esa corona. Así, como los mártires, el veterano luchador consumió gozosamente, con la nueva obediencia, su holocausto, vale decir su purificación.

Cuando el 29 de junio de 1868, en la Catedral Primada, el Arzobispo Arbeláez lo ungía con el sacerdocio pleno, debieron pasar por su mente las memorias de todas esas fechas, amargas unas, dulces otras, vividas durante su ministerio. Y también debió afligirse meditando en las por venir, preñadas de sinsabores y borrascas. De las dificultades previsibles, consideraba la reacción que se generaría en la Ciudad Madre, por ese como despojo de su preeminencia episcopal. Pues aunque, buscando paliar la droga, en el nuevo rótulo no quedase del todo eliminado su nombre, a ojos de ciego saltaba su futura calidad de apéndice de los "villanos" de la Candelaria. En efecto, las ardorosas y tal vez rudas manifestaciones públicas —fruto muy humano del desagrado— no tardaron mucho. El flamante Obispo de Medellín y Antioquia hubo de hilar muy fino para vencer las razones cordiales de un pueblo hidalgo, noble, orgulloso, que veía menguada su importancia y herida su religiosidad con aquel traslado intempestivo. A Dios gracias, los ánimos se fueron calmando al oír la voz del Sr. Jiménez, quien personalmente acudió a explicarles cuanto era explicable, a llevarles consuelo en cuanto era posible consolarlos, a implorar sometimiento a los designios de la Sede Apostólica, a sembrar en el pueblo una bella esperanza de restitución.

Acerca del tipo de intereses divinos y humanos que indicaron a Roma la conveniencia del traslado, cosa fue que se trató en latín, y en latín debe tratarse, por lo cual en mi idioma no he de manearla. Lo que parece probable, o más bien seguro, es que ni Monseñor Arbeláez ni Monseñor Jiménez pusieron empeño en cambiar la radicación de la Sede. No sería lícito suponer en ellos tanta versatilidad como para que, al cabo de un lustro apenas, hubiesen mudado de opiniones hasta el extremo de propiciar la vuelta, a la Ciudad Cuna, de la Silla y su Obispo residencial. Además, es sabido —y lo consigna don Heriberto Zapata Cuéncar en su estudio sobre el presbítero José Miguel de la Calle— que, desde antes de venir el Ilmo. Garnica y Dorjuela, hubo presiones encaminadas a procurar ese cambio. Se desprende lo dicho de una carta que De la Calle, Vicario Superintendente de la Diócesis, le dirigió al Obispo el 15 de diciembre de 1827, en la cual se hace lenguas de la Ciudad de

Antioquia, de sus paisajes y sus gentes, de sus baños, paseos, árboles y abundancia de frutos, y hasta de su clima, cuando dice: “(. . .) No niego, Sr. Ilustrísimo, que el temperamento de este lugar es bastante cálido, pero no es siempre igual al calor. Hay tiempos en que sube y tiempos en que no molesta cosa. (. . .)”. Esto, para que no diera crédito “(. . .) a las locuciones exageradas de los que quieren deprimir aquel lugar”. Y en su “Historia de Antioquia”, el Dr. Francisco Duque afirma que “Puso en juego (Garnica y Dorjuela) todos sus recursos para trasladar la capital de la Diócesis a otro lugar, sin conseguirlo”.

Dicho autor corrobora lo escrito por Monseñor José Joaquín Elorza en su notable trabajo acerca del Capítulo de la Basílica de Santa Fe de Antioquia. Refiere Monseñor Elorza que poco después de la llegada del primer Obispo efectivo, lo que sucedió el 10. de junio de 1828, emprendió éste viaje hacia Rionegro (28 de septiembre), de donde apenas regresó el 19 de enero del año siguiente. Y que, son palabras del señor Canónigo, “Por ese tiempo el Excmo. Sr. Garnica dio principio a su lamentable campaña que suscitó como era natural, graves y muy desagradables incidentes. El Capítulo guardó en esta emergencia una actitud de reserva digna y prudente, aunque su autorizado concepto en el caso era absolutamente adverso al del Prelado. La controversia fue activa, y en ocasiones violenta, con la Municipalidad de Antioquia y los principales representantes y defensores de sus fueros (. . .)”.

Páginas adelante, recuerda que el 2 de mayo de 1842 fue nombrado Canónigo de Merced el Pbro. Antonio María Gutiérrez, quien tomó posesión el 20 del mismo mes, para retirarse de la canonjía el 10 de junio siguiente. En estos términos explica el hecho: “La tan pronta admisión del Canónigo Gutiérrez fue debida a que se le sindicaba, y parece que muy fundadamente, de haber pretendido influenciar (sic) al Excmo. Sr. Gómez Plata en contra de Antioquia para inclinarlo a la traslación de la capitalidad diocesana, lo cual le creó un merecido ambiente de general rechazo y antipatía en la ciudad”. Como se ve, la confabulación era de vieja data. No sería justo, por ende, colgar el sambenito a la memoria de aquellos dos preclaros Ministros de Dios. Lo cierto es que ya para el 73 estaba restituída la Sede con el marinillo Joaquín Guillermo González a la cabeza, en virtud del esfuerzo conjunto de Vicente Arbeláez, Valerio Antonio Jiménez y Pedro Justo Berrío, el Grande.

IX.

Un año corrido apenas desde su consagración, obtuvo Jiménez

que le nombrasen Obispo Coadjutor. Roma escogió para el cargo al Padre José Joaquín Isaza, de Rionegro, doctor en ambos Derechos, tan sabio en letras como sufrido en persecuciones, quien había prestado, además, eminentes servicios, sobre todo desde la dirección del Seminario. Cifó la mitra en el 70, y casi cuatro años más tarde vino a convertirse en el segundo jerarca eclesiástico de Medellín, por renuncia del primero. Le tocó la reconstitución de la Diócesis de Antioquia, y consagrar a Joaquín Guillermo González como Obispo de ella.

Creyó Monseñor Jiménez que, al ceder el puesto, le sería posible un descanso en las fatigas, y al lado de los suyos aliviar sus enfermedades, adquiridas o agravadas mientras pastoreaba el rebaño místico desde las quiebras de Cocorná. Pero no contaba con la huésped: en diciembre del 74 Dios llamó a su seno al Sr. Isaza; los Canónigos estuvieron acordes en volver los ojos hacia el jerarca marinillo, y éste no pudo menos que retomar, como Vicario, las riendas del Obispado, a comienzos del 75.

En los albores de 1876 volvió a florecerle la esperanza, al aceptar el Capítulo su dimisión, y la Vicaría el Deán José Ignacio Montoya. Este fue Obispo desde julio del mismo año.

Pero el sosiego no estaba hecho para el Sr. Jiménez. Volvió, en el 76, el espectro de la guerra, como langosta sobre los campos de cultivo. Empezó en el Cauca. Llegó al Tolima. Antioquia hubo de entrar asimismo en el turbión, no obstante la desgana inicial del Gobernador Recaredo de Villa. Oriente volvió a movilizar lo mejor de sus hombres, entre ellos a Obdulio Duque y Cesáreo Gómez, quienes perecieron en Morrogordo en abril de 1877, como se dijo. Ardió luego Antioquia por los cuatro costados, con la persecución política y religiosa que desató el vencedor. El Obispo Montoya hubo de ocultarse. Marinilla y su comarca entera, levitas y seglares, campos y pueblos, vieron llegar los jinetes del Apocalipsis. Tras la pausa que se logró en el 78 con el General Aldana, se avivó el fuego de la discordia en el 79: por las regiones del Oriente y del Sur depredaron hasta el cansancio, como los hunos de Atila, los demoníacos macheteros de Tomás Rengifo. . . Quién podrá imaginar la pena de Jiménez Hoyos, el viejo Pastor, ante las hordas sin Dios y sin Ley que agostaban su rebaño. . .!

La tempestad fue amainando hacia 1880. El Obispo Montoya pudo regresar. El Presidente Núñez restableció poco a poco la convivencia entre los ciudadanos y entre las Potestades. Monseñor

Jiménez tuvo un breve oasis de paz, dedicado a restañar heridas y a remover los escombros de su hacienda espiritual.

En julio de 1884 voló a recibir la palma de los mártires el Sr. Montoya. Una vez más los ojos del Cabildo Eclesiástico se volvieron hacia el veterano gladiador de Cristo que en su celda, a dos cuadras de la plaza de Marinilla, esperaba el fin de ya largo viaje por esos campos de Dios. En esta ocasión el Sr. Jiménez no quiso abandonar sus querencias, y el Capítulo hubo de rendirse a la condición perentoria que el Prelado le impuso: que gobernaría pero sin salir de su tierra. Así lo hizo, hasta cuando el Ilmo. Herrera Restrepo vino a recibirle la carga, despuntando el año del Señor 1886.

Cuenta Luis de Granada que San Gregorio (si no estoy mal, Sexto Papa de su nombre) fue conducido "a fuerza de brazos a la Silla del Pontificado"; y que "estando en ella, siempre lloraba y suspiraba por aquella pobre celda que había dejado en el monasterio, como el cautivo que está en tierra de moros suspira por su patria y libertad". Guardadas proporciones, puede afirmarse que Monseñor Jiménez en eso imitó bien a dicho Papa: cada vez que lograba dejar el mando (naturalmente, con la venia de la Sede Apostólica o del Cabildo Catedral, y sin mengua de la Iglesia ni de los fieles), persistía en recogerse al abrigo dulce de su suelo nativo. Así, como una lanzadera anduvo de aquí para allá, cada vez que las necesidades de la Religión y de la Patria requirieron su axilio. Pero siempre tornó a Marinilla, en donde, viejo y achacoso, después de haber gobernado en cinco oportunidades —con tino y a la vez con energía— buena porción de la grey del Señor, el 6 de diciembre de 1891, al salir de su casa, "sin agonía ni extertores", halló al fin la paz verdadera. Iba a cumplir 86 años.

A Monseñor Jiménez le han dicho "sucesor de sus sucesores". Y es verdad: lo fue del valiente José Joaquín Isaza, y del perseguido José Ignacio Montoya. Pero se ha olvidado que también lo fue de Vicente Arbeláez, cuando por favorecer al Colegio de San José, en 1849, le cedió el Curato de Marinilla, el cual recobró en el 59, al irse Arbeláez como Vicario Gobernador de la Diócesis de Santa Marta.

X

No es posible poner fin a esta reseña, así árida e incompleta, sin recordar —aunque a la ligera— cinco grandes obras, base de inmortalidad para el Ilmo. Jiménez: el primer Sínodo Diocesano, el Colegio

de San José de Marinilla, el Seminario de Medellín, el "Repertorio Eclesiástico", los trabajos iniciales de la Catedral de Villanueva, que en agosto de 1981 cumplió 50 años de consagración como tal.

El 8 de diciembre de 1871 el Obispo reunió el primer Sínodo. Y con su voto dictó normas tan prudentes y eficaces para el gobierno de la Iglesia antioqueña, que perduraron ellas hasta 1950, año en el cual Monseñor García convocó el segundo. Ocho décadas de vigencia suponen y declaran suficientemente su sabiduría.

El muy ilustre Colegio de San José de Marinilla —del que hablé atrás— ha sido, junto con la Universidad de Antioquia y el Colegio-Seminario de la Ciudad Madre, foco de ciencia y virtud que ha iluminado, por algo menos de siglo y medio, todos los ámbitos de la Patria. Fue una especie de Universidad de Oriente. Por sus aulas pasaron casi todos los hombres que con sus propias vidas hicieron la vieja historia de la comarca, y continúan pasando los que siguen haciéndola. Es, en verdad, uno de los tres grandes abuelos de la raza.

Del Seminario de Medellín, no hay que hablar. Dice la Escritura que por sus frutos se conocerá la calidad del árbol. Es preciso inclinarse, y callar, ante la gloria del venerable instituto que desde febrero de 1869 ha dado tal cosecha de santos y de sabios.

El "Repertorio Eclesiástico" surgió de una inspiración providente de Monseñor Jiménez. Por esos antaños los medios de comunicación social eran bien rudimentarios y despaciosos. Tanto, que cuando en los pueblos de América se hacían rogativas por el feliz alumbramiento de alguna princesa española, ésta, fallecida de mal de parto, descansaba desde meses atrás en el frío "Pudridero" escurialense, como sucedió con la primera esposa de D. Fernando VII. Al fundar el "Repertorio", Jiménez se adelantó a su tiempo. Sirvió el periódico para ilustrar al Clero, defender la Religión, dar informes oportunos y verídicos sobre los movimientos humanos y acerca de la Iglesia. En sus páginas se fue condensando la Historia. Esa Historia que hoy no podría escribirse sin su auxilio. Esa Historia que llegaba manuscrita hasta la Sede, y se distribuía luego en imprenta, a lomo de mula, por todos los caminos de la Diócesis.

La Catedral-Basílica arquidiocesana, tampoco necesita comentarios. Esa mole de tierra que logró como elevarse en súplica, monumento de fe, de constancia, de firmeza, debe provocar hoy reflexiones como las que se hizo Heine cierto día, mientras observaba con pasmo la de Amberes: "Antaño tenían dogmas; nosotros

sólo tenemos opiniones, y con opiniones no se levantan catedrales" . . .

A pesar del desaliño de estas páginas, cualquiera puede colegir lo que valió y sigue valiendo, para la historia de la Iglesia y los anales patrios, el venerable Obispo Jiménez. Quien las haya leído, podrá responderme si fui justo cuando, al principio, sostuve que su efigie debería elevarse —por lo menos— en el altozano de la soberbia catedral que inició en Medellín. . .

Guillermo Duque Gómez

BIBLIOGRAFIA

Arango Mejía, Gabriel, "Genealogía de Antioquia y Caldas", 2a. edic.

Botero Saldarriaga, Roberto, "General José María Córdova", Medellín, Bedout, 1970.

Duque Betancur, Francisco, "Historia de Antioquia", Medellín, Imp. Deptal., 1967.

Elorza, José Joaquín, Monseñor, "Datos históricos sobre el M. I. Capítulo de la Basílica de Santa Fe de Antioquia", En: "Antioquia Histórica" (Órgano del Centro de Historia de esa ciudad), 2a. época, Nos. 2 y 4, 1972.

García Isaza, Alfonso, "Apuntes para la historia del Colegio de San José de Marinilla, Medellín, Granamérica, 1943 (?)".

Gómez Picón, Alirio, "El Golpe Militar del 17 de abril de 1854", Bogotá, Kelly, 1972.

Granada, Luis de, Fray, "Guía de Pecadores", Madrid, Apostolado de la Prensa, s.f.

Mejía Escobar, Jesús, Pbro., "Resumen histórico de la Arquidiócesis de Medellín", Publicac. Acad. Ant. de Hist., No. 5.

Id. id., "Obispos Antioqueños" — Id. id., No. 15.

Pérez Galdós, Benito, "Zaragoza" (Episodios Nacionales), En: Obras Completas de B. P. G., T. I. — Madrid, Aguilar, 1950.

Ramírez Gómez, Mauricio, "La Gloriosa Ciudad de Marinilla", Medellín, Granamérica, 1961.

Id. id., "Mitras y Cruces de la Estirpe Marinilla", Id. id., 1962.

Ramírez Urrea, Ulpiano, Mons., "Marinilla y el Sr. Jiménez", Medellín, Tip. San Antonio, 1918.

Id. id., "Historia de la Diócesis de Medellín", Id. id., 1922, 1924.

Id. Id., "Cantón de Marinilla", Id. Id., 1934.

Id. Id., "Historia del Clero. . .", Id. Id., s.f.

Restrepo Sáenz, José Ma., "Gobernadores de Antioquia", T. II. Bogotá, Lumen Christi, 1970.

Serna Gómez, Jaime, Pbro. ("Dr. Humberto Bronx"), "Pedro Justo Berrío", Medellín, Tip. Salesiana, 1975, Publicac. Acad. Ant. de Hist., No. 31.

Zapata Cuéncar, Heriberto, "Pbro. José Miguel de la Calle", En: "Semblanzas de los Vicarios Superintend. J. Jerónimo, Alberto María y J. Miguel De la Calle", Medellín, Edit. Argemiro Salazar, 1977, Edic. del Centro de Historia de Envigado.

Libros Parroquiales de la Ciudad de Marinilla.

MOSEN ROBERTO JARAMILLO ARANGO

Por Carlos E. Mesa, cmf.

Del sacerdote Roberto Jaramillo Arango, ornamento de Sonsón y del clero antioqueño, pudiera decirse aquello que se aplicó a Erasmo: "Del pulpo aprendió el instinto prensil y los muchos tentáculos". Es decir: ofreció ingenio y pluma a las más variadas disciplinas, como son la botánica, la gramática, la crítica literaria e histórica ejercida con estilete punzante, el muy limpio y esmerado prosificar, la poesía de discreto hontanar canalizado además por los cauces del siglo de oro.

Sus haberes y sus títulos de humanista, de los muy genuinos entre la clerecía colombiana, se asentaban sobre la base del saber idiomático y gramatical. Fue el Padre Roberto conocedor excelente del latín clásico y del latín eclesiástico. Pocos como él se asimilaron en sus días las normas de la Real Academia y de don Andrés Bello estudiadas en sus respectivas gramáticas o en las de sus discípulos y seguidores como don Emiliano Isaza. A lo cual se agregaba la lectura lenta, paladeada y perspicaz de los clásicos, cuyo vocabulario, frasear y modismos había almacenado en su memoria y hasta en su propio decir.

Para polemizar sobre estos menesteres con el P. Roberto había que documentarse con seriedad y tantear muy bien las propias fuerzas. Por todo lo que él sabía, porque en puntos de lenguaje era quisquilloso y puritano y además porque meneaba su estilete con garbo y desenfado. Así lo supieron y sintieron varones tan doctos en castellanía como el P. Félix Restrepo, cuyo *Castellano en los clásicos* escarmentó en acerba crítica o el Doctor Emilio Robledo a cuyas *Papeletas léxico-gráficas* dedicó unas cuarenta páginas de severo análisis, que terminaban con estas excusas: "Somos, vendados los ojos, sus aficionados y admiradores, y hemos estado muy lejos de querer helar sus cebadas, atizonar sus trigos o ser la langosta de sus sembrados".

Cultivó el P. Roberto la poesía y fue, por sus calidades, el ganador de no pocos Juegos Florales. "Sombra verde de clásico laurel cubre estos versos. Así Jorge Montoya Toro. Advienen a la vida bajo la tutelar mirada de los abuelos grecolatinos. Descansada vida campestre, loada por Horacio; paz virgiliana que discurre amablemente entre riachuelos cantarinos y tonadas de amorosa dolencia. Y el diálogo eterno brotado del jardín hebraico que prolonga sus mieles entre el angélico acento de San Juan de la Cruz y vuelve espíritu lo que florece y frutece en el árbol secular del humano querer. En el clásico equilibrio, al lado de la forma justa, olean también el calor y el sabor de las savias más generosas, sin que desborde el contenido la suave represión del ánfora elegante, de transparentes contornos".

Poeta refrenado, por procurado ajuste a clásicas normas permanentes, es posible que esa contención obedezca no tanto a las supuestas estructuras de la formación tridentina a que alude René Uribe Ferrer, cuanto a lo mensurado de su propia fuente interior sumisa muy aposta a las mejores tutelas del siglo de oro, aunque coloreada vagamente por ciertas ineludibles impregnaciones del modernismo. Pero es cosa cierta, según puntualiza Uribe Ferrer, que en sus mejores momentos logra la expresión exacta.

Su exquisito sentido estético lo aproximó a Horacio, el tañedor de la romana lira, el preceptor de la epístola inmarchita. Con él sintonizaba en medida, en transparencia y sobriedad. Y por ello se entregó a romanizarlo y trasvasarlo a nuestra lengua, realizando así una proeza que lo coloca en la línea y en la altura de los horacianos más ilustres de Colombia como Miguel Antonio Caro, que en tal faena se luce, Rafael Pombo, encomiado por Menéndez Pelayo, o el sabroso Ismael Enrique Arciniegas a quien por cierto aminoró y opacó el P. Roberto al decir que "el Horacio de Arcinie-

gas no es Horacio", muy en contra de lo que opinara el eximio humanista ecuatoriano Aurelio Espinosa Pólit. Pero esa es la holgura para sentir y discrepar que practican y reclaman los ciudadanos de la república de las letras.

Para asemejarse más a los humanistas cristianos que precedieron al Renacimiento y para ser en esto, caso único dentro de la literatura antioqueña, el P. Roberto cultivó, a zaga de numerosos poetas conocidos o anónimos del medio evo, el arte de las "prosas" devotas.

Trátase de poesías latinas no regidas en su expresión formal por las leyes de la cantidad silábica en sus variadas combinaciones, según las tornearan Horacio, Virgilio, Ovidio, sino sometidas a exigencias de ritmo, acentuación y aún rima como se estilaba en las lenguas romances. A este molde las entallaron y labraron los poetas medievales y de ellas se consteló durante siglos la liturgia católica, como lo atestiguan las secuencias del *Dies irae* o del *Stabat mater* y algunos himnos de la festividad del Corpus, atribuidos a Santo Tomás de Aquino y dignos de su numen de alas poderosas y vehementes, como lo comprobarían con redundancia el *Repertorium Hymnologicum* del sacerdote francés Ulises Chevalier o la colección de *Analeta Hymnica Medi aevi* del jesuita alemán Guido M. Dreves.

De ese corte las hizo el P. Roberto y le resultaron maduras de sentido teológico, rezumantes de miel sagrada y acicaladas con pulcritud.

Para que en él se realizara cumplidamente el tipo del humanista que nada humano considera extraño a su corazón y a su artesanía literaria no soslayó el P. Roberto ciertos temas exóticos o que pudieran parecer vedados como aquellas monografías botánicas y zootécnicas en que compone el elogio de la cuyabra, del chachafruto o de la chucha o como aquel comentado soneto "Olé", inofensivamente alusivo a la grácil anatomía de una amazona quinceañera y que excitó la indignación y los reproches del arzobispo García Benítez, sin que las cosas pasaran a mayores y más bien poeta y prelado acabaran en mutua comprensión y simpatía.

Dicen que semanas después un sacerdote de la arquidiócesis presentó para la aprobación un folleto de versos. Y Monseñor García Benítez que tenía ojeriza a las metrificaciones clericales, le dijo: Padre, entre el clero arquidiocesano, el único sacerdote capacitado para componer versos es el P. Roberto Jaramillo. . .

Cuanto lo conocieron encomian la ejemplaridad de su vida y de su sacerdocio.

*ESTAMPA BIOGRAFICA DE
RICARDO RENDON
CARICATURISTA GENIAL*

Por Libardo Bedoya Céspedes

La caricatura es un arte que sólo ejercen los espíritus de selección. No todos los pintores pueden dominarlo con éxito y grandeza. Podemos decir que para ser Caricaturista se requieren condiciones innatas específicas.

La caricatura por medio de una línea depurada y sutil tiende a resaltar la forma sobresaliente de una persona para interpretar sus rasgos psicológicos o para ridiculizarla. Y a veces es la representación satírica de un momento histórico de carácter social o político.

Por ésto, los caricaturistas fuera de poseer una amplia cultura, deben tener el poder de la introspección psicológica para descubrir en cada forma y en cada vida el estigma que las define y las contiene.

Estas consideraciones en torno de la caricatura, se nos ocurren ahora cuando el 28 de octubre de este año se cumplen 50 años de la muerte del genial caricaturista colombiano Ricardo Rendón.

Las imágenes que él captaba en su retina por el milagro de su lápiz estético aparecían desintegradas, descompuestas, como la luz

en el prisma de cristal. Sus caricaturas políticas son una serie de introspecciones agudas y profundas no sólo de las grandes figuras del país sino también de los hechos sociales, políticos y literarios. Fue en su época el mejor intérprete de la vida colombiana.

Luis Eduardo Nieto Caballero define así el arte de Rendón: "Por un proceso de eliminación que supone observación atenta e intuiciones psicológicas que rara vez fallan, ha llegado a retratar un individuo en cuatro líneas. Es sobrio, pero profundo. En esas pocas líneas sobre el rostro del que rápidamente pasó al papel, le deja colgando el alma".

Guillermo Valencia al aprobarse en el Concejo de Popayán una proposición de duelo por su muerte dijo que: "La genialidad del pintor logró sintetizar la amargura de la comicidad humana en los breves trazos de su línea ondulante y diabólica. . .

Hay caricaturas tuyas que reemplazan con éxito brillante editoriales, controversias y campañas".

La caricatura política de Rendón tiene antecedentes históricos no propiamente en Leonardo De Vinci que al descomponer la figura humana, no tuvo intención satírica, sino en los caricaturistas franceses Dusart y Daumier, que realizaron caricaturas políticas y que él conoció y admiró.

Ricardo Rendón fue un regalo que le hizo Antioquia a Colombia. Nació en la ciudad de Rionegro el 11 de junio de 1894 en el hogar formado por Dn. Ricardo Antonio Rendón y Doña Julia Bravo.

Alguien lo interrogó alguna vez por el lugar y fecha de su nacimiento y otros datos de su biografía y él dijo:

"Es mi tierra natal la misma del General Córdoba, Rionegro. Nací en el marco de la plaza, como todo antioqueño, el 11 de junio de 1894.

Sus estudios? No sé leer ni escribir.

Profesión? Soy poeta como Roberto Liévano.

Dirección de Periódicos? No he fundado ninguno, pero le he ayudado a bien morir a varios.

Estado? Soy soltero de nacimiento, permanezco soltero por voluntad propia y moriré soltero si Dios quiere y si no también".

Rendón hizo sus estudios elementales en Rionegro y en la escuela pública de esa ciudad empezó a demostrar su vocación artística, y cuando su familia en 1911 se trasladó a Medellín adelantó estudios de bachillerato en el famoso Instituto de Caldas que dirigía Dn. Antonio Saldarriaga y en el Colegio de Sn. Ignacio.

Pero también por esa época movido por su evidente aptitud por el dibujo, ingresó al Instituto de Bellas Artes donde recibió clases del Maestro Francisco Antonio Cano. Guardó siempre Rendón un grato recuerdo del Maestro Cano quien no solo le orientó en las técnicas del arte sino que le estimuló su naciente rebeldía y le indicó lecturas que enriquecieran su cultura general.

Frecuentaba Rendón en Medellín, el café "El Globo", establecimiento que quedaba en la calle Boyacá frente a la puerta del perdón de La Candelaria. Precisamente allí, se daban cita los intelectuales que en 1914 formaron el grupo de Los Panidas y que estaba integrado por Ricardo Rendón, León de Greiff, Jesús Restrepo Olarte, Clodomiro Isaza, Jorge Villa C., Fernando González, Eduardo Vasco, Libardo Parra Toro, Bernardo Martínez, Rafael Jaramillo, José Gaviria Toro, José Manuel Mora y Félix Mejía.

El nombre Panidas, se les dió por la revista "Panida" que editaron y que alcanzó a diez números donde todos colaboraban con artículos literarios y producciones poéticas.

Esta revista estaba ilustrada con dibujos, mascarillas y caricaturas de Rendón. Pero lo más importante es que el mismo artista grababa sus trabajos a buril en madera de cedro y luego hacía las planchas de impresión que el fundía con el metal de los tipos de imprenta. También colaboró en las Revista Semana, Suplemento Literario de El Espectador y en El Correo Liberal, que dirigía el Dr. Ricardo Uribe Escobar. Por este tiempo era trabajador infatigable, en tarjetas hizo una serie de personajes conocidos, que le compró la Colombiana de Tabaco para incluirla en las cajetillas de cigarrillos. Además en sus tiempos libres pintaba acuarelas, algunas de las cuales se conservan en colecciones particulares.

Cuentan que alguna vez y para no quedarse atrás de sus amigos de la tertulia de Los Panidas, le dió por hacer versos aunque comprendía que no era el hombre que pudiera espigar en el campo de la lírica.

De aquella juvenil travesura poética quedó en uno de los números de "Panida" el siguiente soneto con el seudónimo de Daniel Zegú:

Llueve

*Solo sé de un hombre que,
en situación semejante, no
se lamenta de su destino*

.....
*Pero ese hombre se llama
Jesucristo y solo lo he
visto en sueños.*

Manuel Ugarte

*Llueve. . . y en la brumosa oscuridad
rueda el agua como un remordimiento
de lágrimas. . . Toda la vecindad
sueña en la paz de su recogimiento.*

*Solo yo velo ante la gravedad
de la hora nocturna y un lamento
rasga el silencio de la soledad
como si fuera el alma del momento.*

*Duerme un zarrapastroso limpiabotas
la canción de sus notas argentinas
y el infeliz que sueña, con la mano
busca el golpe del agua en el pantano
y se finge un milagro de esterlinas!*

*Daniel Zegú
(Ricardo Rendón)*

Quando Ricardo Rendón vio que el ambiente de provincia le resultaba estrecho para su actividad y para su genio, resolvió en 1918 trasladarse a la capital del país en busca de su consagración definitiva toda vez contaba ya con una fecunda experiencia en la caricatura política para proyectarse en el ámbito nacional.

En las columnas de "La República" y de "El Tiempo" y diversas revistas de Bogotá, sus caricaturas se constituyeron en una espléndida radiografía de la actualidad nacional.

Lino Gil Jaramillo analizó así la labor del artista:

"Rendón fue el más agudo y leal intérprete de la vida colombiana que tuvo el país en el tercer decenio de este siglo. En sus cartones

más que en pesados textos de Sociología, podemos sentir el curso histórico de su tiempo”.

El lápiz de Rendón se puso al servicio de la oposición del régimen conservador y sus dibujos, tanto como las leyendas con que los bautizaba, eran elocuentes discursos demoledores en la lucha política. En esa época decían que lo único serio que había entonces eran las caricaturas de Rendón y los editoriales de Dn. Luis Cano, por ésto puede afirmarse que Rendón llevado por su amor a la Libertad y su pasión por la justicia, contribuyó al cambio de régimen que se operó en el país en el año de 1930.

El sitio predilecto de Rendón en Bogotá para sus tertulias nocturnas fue el almacén de rancho “La Gran Vía” de la carrera 7a.; fue precisamente allí cuando el 28 de octubre de 1931 a las 9 de la mañana y sin que hasta la hora presente se sepa por qué, el genial caricaturista se disparó un tiro en la sien derecha para terminar así la parábola de su vida.

La noche anterior había estado escuchando al Maestro Emilio Murillo, en la interpretación de algunos de sus pasillos. La mañana de su trágica determinación entró al almacén, saludó y penetró al reservado y pidió una cerveza. Al poco rato se oyó el tiro. Sobre la mesa en un charol dejó estas únicas palabras: “Suplico que no me lleven a casa”. En una ambulancia lo llevaron a la Clínica Peña donde falleció.

Sobre esta muerte y su fatal decisión su amigo el profesor Edmundo Rico que calificaba su temperamento como ciclotímico que “oscilaba entre la euforia y la nostalgia, entre el dinamismo y la quietud”, afirmó que “una mañana anémica, Rendón víctima de un raptus ansioso, sufrió algo así como un eclipse, un vértigo mental; es el demonio de la angustia que en menos de un segundo, lo domina, le desgarrar el alma, y destruye para siempre ese cerebro genial”.

Al realizarse las exequias de Rendón, fue impresionante la asistencia de gentes de todos los estratos sociales y las manifestaciones de dolor que su muerte produjo en toda la nación.

El Dr. Alberto Lleras Camargo dijo en su famoso discurso ante la tumba de Rendón:

“En este artista enterramos una ilusión colombiana de justicia que no tuvo otro nombre que el suyo. El pueblo no fue exigente

con su profeta. Por eso no podemos decir —ni hay necesidad de decirlo— que nunca tuvo su lápiz al realizar la prodigiosa obra de sanción y de anhelo, la tosquedad sencilla de las manos. Hubieran podido ellas ser más doctas y minuciosas, pero no hubieran recibido, por eruditas, más cantidad de espíritu, ni más misión de Dios”.

Hacemos esta estampa biográfica de Ricardo Rendón, en el cincuentenario de su muerte para llamar la atención de las nuevas generaciones hacia la gloria de una existencia singular en la historia colombiana.

TERESA LOPERA MONTAÑO

Por Carlos E. Mesa C. M. F.

El 10 de noviembre de 1981, después de brillante actuación académica falleció en Medellín la Madre Teresa Lopera Montaña, de la comunidad misionera de la Madre Laura. Cultivó la historia y dejó varias monografías relativas a la historia de su Fundadora y de su Congregación y a las creencias y ritos de los actuales aborígenes colombianos. Fue una eminente personalidad y una insigne religiosa, misionera e historiadora. Por ello la recordamos hoy reproduciendo en el Repertorio el discurso con que fue recibida el 4 de octubre de 1979 en la Academia de Historia Eclesiástica que tiene su sede en Medellín.

La Academia Colombiana de Historia Eclesiástica recibe hoy, en ceremonia de sencilla y regocijada solemnidad, a la Rda. Madre Teresa Lopera, Misionera perteneciente a la Congregación que fundó la Madre Laura Montoya.

Nuestra Academia que, por católica y moderna, nació acogedora, contó desde el mismo día de su fundación en Mayo de 1965 a una religiosa dominica y española, la Madre Agueda Rodríguez que hoy

reside en Salamanca y desde esa ciudad sapiente y doctoral está publicando su tesis portentosa sobre la proyección de la Universidad Salmanticense en la cultura del mundo hispánico. Hoy se incorpora a nuestra Academia una Religiosa Misionera y Colombiana que trae la doble pesadumbre de sus propias obras y del quehacer misionero e historial de su meritísimas Congregación.

Es bueno anotar que nuestra Academia se adelantó a dar puesto y reconocimiento a la mujer cuando ni la Real Academia Española ni la Academia Colombiana de la Lengua, instituciones en verdad famosas y meritísimas, les habían franqueado sus puertas apetecidas y ambicionadas. Hoy si lo han hecho y de ello debemos alegrarnos.

La Madre Teresa Lopera, cuya magnífica disertación, acabamos de escuchar, viene a representar entre nosotros a una Congregación de origen Colombiano y aun diría yo que de carácter y espíritu genuinamente colombiano dentro de su ejemplar Universalidad y catolicidad.

Las Misioneras de la Madre Laura surgieron de la entraña de nuestro pueblo y con el mismo, en sus estratos más sencillos, inocentes y puros, se han consustanciado por vocación y por dedicación indeclinable y cariñosa. Ellas cubren hoy y esmaltan con sus fundaciones los puntos más lejanos y más inasequibles de la patria geografía. En el corazón oscuro de los bosques, a la orilla de los ríos anchurosos, en las fronteras con los países hermanos ellas forman la guardia espiritual de Colombia, enseñan el himno nacional, izan nuestra bandera y al mismo tiempo que enseñan evangelio y catecismo, cultura y carácter, hacen patria y viven historia.

Nacidas en 1914 del corazón apostólico de la Madre Laura Montoya, una de las mujeres más eminentes de Colombia y aun de la Iglesia en estos últimos siglos, se han insertado ya, bizarramente, en la historia de Colombia y de su Iglesia. Y el historiador nativo, al narrar la peripecia Colombiana de este siglo, no las podrá olvidar ni marginar cuando se refiera a campos muy distintos de nuestra multiforme realidad: como el indigenismo, la lingüística, o la faena Misional.

Como ha dicho en su introducción la Madre Teresa Lopera sus hermanas, al estilo de los viejos españoles de Castilla y del descubrimiento, han sido largas en vivir hazañas y cortas para narrarlas; pero aun así pueden ostentar ya una aportación valiosa a nuestra historiografía católica y colombianista.

Adelantada en ello, como en todo, va la Madre Laura a quien, por especial designio y carisma que ella supo recibir y practicar, tocó el hacer historia por lo grande y referirla también en extensos y deliciosos documentos.

Mujer de historia en el doble sentido de que hizo cosas grandes y maravillosas que la injertan en los anales de la patria y de la Iglesia y de que las narró en páginas copiosas que constituyen una aportación de cuantía y de valía a nuestra mejor historia.

En el abultado acervo de libros y escrituras de la Madre Laura pienso que la *Autobiografía* ocupa y reclama el puesto primero por su interior valía y por su misma extensión. Su entera obra escrita, como su vida misma, fue toda ella de carácter misional. Pero hay páginas que son de episodios sueltos, como las Cartas; de historia trabada y seguida, como la *Aventura de Dabeiba*, que ella opacamente titulara *Brochazos*; de meditación y efusión devota como *Voces Místicas*, o *Lamos* o *Proyecciones*. La *Autobiografía*, por ser trasunto o reverberación de un alma y remembranza de una dramática trayectoria vital, refunde y unifica todo ese manojito de íntimas y exteriores vivencias. Tiene del vivir para adentro y del vivir hacia afuera, de la historia y de la enseñanza, del hacer y del meditar, de lo que es contemplación y de lo que es acción. Y todo ello unificado en una sola vida y una sola alma de hazañosa grandeza y eminencia.

Por eso es un libro que ha de interesar, afectar y turbar a una varia muchedumbre de lectores.

Puesta a su tarea de revivirse, ella dispuso de fuentes personales que, providencialmente, había preparado cuando no podía soñar en la realización de este mandato del director de su conciencia. Entre sus manuscritos hay libretas de propósitos y de apuntes espirituales que datan, por lo menos, de 1903. Es un manojito de pensamientos propios o tal vez espigados en autores de ascética, de espirituales vivencias momentáneas o duraderas, pero siempre vigorosas; recoge la captación de recibos divinos o soberanas iluminaciones; la clarísima percepción de las deficiencias propias o, de las demandas de la gracia, la formulación de propósitos y votos.

A veces solo consta el año; a veces la fecha exacta: año mes y día. Pero hay una sucesión cronológica que desde 1903 llega, con lagunas, hasta 1945.

Para ella, tan memoriosa, tan inteligente, tan volcada en su carisma y vocación de fundadora de misioneras, esas líneas escuetas

y sobrias se le trocaban, con solo repasarlas, en un manadero de reminiscencias y de evocaciones. Y cuatro líneas de estos libretines le bastan para engrosar, ambientar y colorear un largo relato de la Autobiografía.

Valga un ejemplo. El 31 de agosto de 1913 apunta en su diario, tan salteado, un fenómeno extraordinario: "En esta fecha recibí una gracia extraordinaria de la Sma. Virgen: conocí que un esfuerzo de caridad íntimo de María había salvado a J. R. y me fue dado a conocer que el mismo sublime acto de María me salvaría a mí, sin que el mayor número de pecados de J. impidiera que el mismo acto nos salvara a los dos. Como el mismo manto de María puede cobijar a un sano y a un enfermo. Para conocer esto ví, sentí de un modo incomprensible que la Sma. Virgen se formaba en mí produciendo al mismo tiempo el aniquilamiento absoluto de mi personalidad. Llena quedé de la presencia de María y con tan sublime gratitud se dejaba conocer que era del cielo". Esta sencilla referencia se trueca en la Autobiografía en una vivencia prodigiosamente narrada hasta constituir la en página digna de las mejores antologías místicas y marianas.

Añadamos que los apuntes íntimos valen, de particular manera, para lo referente a los largos preámbulos de su vocación misionera y para todo lo que en la Autobiografía, de cabo a cabo, se desvela de los secretos del Rey. Porque a través de ellos se nos descubre la mística de vuelos encumbrados y soberanos.

Pero —pasando adelante— la Madre Laura es personal y autobiográfica en todo lo que escribe, primero por lo recio e irradiante de su personalidad y luego por sus buscados intentos de formación y pedagogía misionera en favor de sus religiosas. Por eso ella echa y pone toda su alma lo mismo en los apuntes de carácter íntimo que en sus narraciones destinadas a los lectores no escasos que en la prensa antioqueña seguían los pasos, los lances y las peripecias de la denodada fundadora.

Ya para los años de su actuación misionera, es decir de 1914 en adelante, la autora encuentra a la mano un recordatorio en las famosas y tantas veces citadas *Cartas Misionales*. Esta es la cantera riquísima de donde se provee para la construcción de la Autobiografía. Corren las cartas, inicialmente publicadas en *El Católico* de Santa Rosa de Osos, desde 1915 hasta 1922.

Prolongación y complemento de las mismas en el libro *La aventura misional de Dabeiba o Brochazos históricos sobre los orígenes*

de la Congregación en que se insertan noticias que faltan en las Cartas como son los antecedentes de la grande empresa y su evolución maravillosa hasta los días de Santa Fé de Antioquia en 1938.

Allí las jornadas heroicas hacia el San Jorge; allí la expansión misionera en el Sarare; allí flotante y destellante, el alma misionera de la Madre Laura que en todo lo que escribe, y más al historiar la creación de sus amores y sus dolores, deja fuertes impregnaciones de su alma e intimidades que sabrosamente la traicionan. Los *Brochazos* se empezaron a publicar en la revista "ALMAS", fundada por la Madre Laura en Santa Fé de Antioquia en abril de 1936 y allí mismo impresa por sus misioneras en máquinas de rudimentaria y evangélica pobreza.

Se inicia el relato en el número 22 de la Revista, enero de 1938, y se corta inesperadamente en el número 125, de abril de 1948, con un continuará que no tuvo cumplimiento, porque palabras amistosas de alguna familiar de la autora la disuadieron de contar para todo el mundo historias de contradicciones recientes.

Los *Brochazos* no son fuente de la *Autobiografía* —aunque sí complemento— porque fueron redactados con posterioridad a ella y tal vez como una dosificada proyección hacia los extraños de lo que para sus hijas narraba en el libro íntimo con desbordante amplitud.

El orden cronológico de estos escritos puede establecerse así: *Apuntes* desde 1903 hasta 1945; *Cartas*, desde 1915 hasta 1922; *Autobiografía*, desde 1925 a 30 de mayo de 1933; *Brochazos*, de 1938 a 1948.

Paralelo a estos escritos de caracter histórico y simultáneo con todos ellos corre su abultado epistolario que se acerca a las tres mil cartas y por su contenido y su finalidad son historia en muchos casos y siempre documentación de primera mano para quienes en lo futuro escriban la biografía de la fundadora, la historia primitiva de su Congregación y algunos capítulos interesantes de la historia eclesiástica de Colombia.

Dos fuentes más podrán aprovechar esos posibles historiadores: la revista "ALMAS" y los Anales de la Congregación de Misioneras.

"ALMAS", iniciada como arriba se dijo en Santa Fé de Antioquia en 1936, archiva numerosos escritos de la Madre Laura su fundadora, y continúa hoy mismo reteniendo y guardando los relatos de

sus hijas que a zaga de la Madre se han sentido impulsadas a historiar tantas vivencias recogidas en sus tareas misionales. Entre sus colaboradores sobresale la Hna. Alicia Arango, espíritu de selección, delicado, sensible, quien volcó su alma en bellas poesías que ojalá fueran coleccionadas, en memorias y recordaciones, relativas a la Madre Fundadora que mucho quiso, reciamente la probó y la llevó de compañera en su viaje a Roma, a las hermanas insignes que ella conoció y admiró y también a las costumbres y mitologías de las tribus en que ella misionó o sus hermanas han ejercido tarea de cultura y buena nueva. Fruto de observación sabia y cariñosa y de su pluma fácil y esmerada es el libro "Mitos, Leyendas y Costumbres" publicado en Madrid en muy elegante edición en 1964 y que hoy buscan y consultan los antropólogos e indigenistas que ahora abundan en Colombia no sabe uno con cuanto provecho positivo para nuestros hermanos los aborígenes.

"Estos sencillos apuntes indigenistas —decía ella— recopilados casi desde la primera hora en los distintos campos en que he debido trabajar, son en parte fruto de mi personal observación y en parte son cosecha de mis hermanas misioneras que las han puesto a mi disposición generosamente". Como ello sea, la Hermana Alicia Arango —María de Betania en su Comunidad— había comprendido lo que el documento de Puebla acaba de asentar "La evangelización busca alcanzar la raíz de la cultura". Y esos mitos, esas leyendas son una raíz de sentido religioso que el evangelizador de hoy no puede desconocer.

Poseyó la Madre Laura una personalidad atractiva y avasalladora que a donde quiera se presentaba le conquistaba en seguida adeptas y seguidoras fieles, hasta el punto de que un eclesiástico insigne de sus días hablaba del "magnetismo" de Laura Montoya.

La cual, cuando años adelante lo supo decía con cierta irónica sorna:

—Lástima no tenerlo para de esa manera, con mi magnetismo—, conquistar en mi favor a los personajes de la curia romana que el Padre, con sus informes, ha prevenido en contra de mi Obra .

Entre las conquistadas por la personalidad de la Madre Laura se cuenta Alicia Arango y su hermana Mercedes. En su hogar de Frontino, hogar de aristócratas y buenos cristianos, se miraba con recelo y se comentaba con escepticismo y desconfianza la obra que en 1914 iniciara Laura en compañía de cuatro jóvenes aventureras.

—Pura quijotada— decía don Joaquín Arango; aventura inestable. Las he de ver camino de Medellín. . .

Sus dos hijas: Mercedes y Alicia, oían y en parte asentían. . . Un día, a escondidas de su padre, organizan paseo a caballo hacia Dabeiba y se hacen las encontradizas con un grupo de misioneras excursionistas, de "misioneras cabras", como las llamaba su fundadora. Se saludan, entablan diálogo, son invitadas al rancho grande en que ellas viven y hospedan a los indios. Charlan con la Madre Laura, perciben su talento, su cultura, su endiosamiento y quedan conquistadas. Y desgarrando el corazón de su padre, primero Mercedes, luego Alicia se agregan al grupo de las catequistas aventureras. Perseveraron, trabajaron como heroicas misioneras, sufrieron no poco y cumplieron lo que Alicia dijo en una de sus conmovedoras poesías.

*"En tus divinos campos esperaré la hora
de terminar la dulce función de Segadora".*

Para Alicia llegó el 24 de marzo de 1973, horas después de recibir en el hospital el diploma que la acreditaba como Miembro de la Academia Colombiana de Antropología.

También Teresa Lopera, en verde juventud, se sintió encandilada por Laura Montoya. Acabáis de escuchar sus confidencias, sus vivencias imborrables. Ella se suma a las Misioneras tal vez en la hora más negra y aborascada de su Congregación, cuando entre clérigos y seglares, se corre la voz de que esa Congregación capitaneada por una mujer voluntariosa y rebelde, está a punto de disolverse por decreto del Señor Obispo de Santa Rosa de Osos.

Este, amigo de su familia, coterráneo de la joven maestra le envía recados de que espere, de que no se precipite. Pero en este momento y para este caso el reloj de la curia diocesana de Santa Rosa no es el reloj de la Providencia.

Teresa Lopera desoye los consejos disuasorios de unos y de otros, de los de arriba y los del lado, y le dice SI a su corazón, a su vocación y a la Madre Laura que un día la recibe con los brazos abiertos en el noviciado de Santa Fé de Antioquia.

Que acertara y esa fuera la voluntad del cielo lo estáis viendo en este momento en que la Madre Lopera ha cumplido y celebrado ya sus 50 años de profesión religiosa y de actividad misionera.

La trayectoria de la Madre Teresa Lopera ha sido una línea recta de servicios a su comunidad y a sus hermanos los hombres.

Dentro de su misma Congregación ha sido Superiora Regional en el Cauca, Superiora en las Misiones de la Costa del Pacífico, compañera de la Madre Laura como consejera y secretaria general en el período de 1934 a 1944, directora desde 1953 de la Normal Vocacional de Medellín, Procuradora General en Roma de 1964 a 1966; y Provincial de Medellín de 1966 a 1972.

Hacia fuera, en la irradiación apostólica, trabajó entre los guambianos y paeces del Cauca, entre los morenos de la Costa del Pacífico y los indios Cuaiqueres de la prefectura Apostólica de Tumaco; en la Granja de Jesús Obrero de Medellín en 1942, entre los indios Quichuas del Ecuador durante ocho años y como directora del Liceo Marianita de Jesús en el cual le fue dado explayar sus conocimientos de normalista superior graduada y sus habilidades de apóstol de la niñez y de la juventud.

La Madre Laura sintió un cariño especial por las misiones de la República del Ecuador y hasta allá envió sus levas de Misioneras y también sus últimas plegarias ya que, reducida al carrito de ruedas de sus últimos días a donde fue a parar esa actividad arrolladora, el rosario pasaba por sus manos sin tregua ni descanso y las Ave Marías volaban al cielo en favor de sus indígenas. Y lo cierto es que allá en el Ecuador ha escrito la Congregación de la Madre Laura o las Lauritas como allá las denominaron con diminutivo de cariño algunas de sus páginas más bellas y excelentes. Con la meritoria Madre Bernarda Ortíz, con la no menos meritoria Madre Estefanía Martínez, la Hermana Teresa Lopera emprendió la tarea de elaborar la gramática quichua, los catecismos, los devocionarios, los cantos bilingües de quichua y castellano que forman hoy una biblioteca y son un tesoro en el campo de la piedad católica del indigenismo y de la filología.

Tocó a la Madre Lopera intervenir ante el gobierno ecuatoriano para que introdujeran al indio en la cultura nacional, pues en aquella época no había una sola escuela indígena en un país en que el 75% de la población, en su mayoría de aborígenes, había permanecido al margen de la educación nacional. Hoy las cosas han cambiado y en la raíz de ese cambio está la obra de la Madre Lopera y de sus hermanas de Comunidad.

En 1959 paso a Venezuela a trabajar en Fe y Alegría colaborando con los Padres Jesuitas en la redención de los barrios marginados

de Caracas y otras ciudades y en 1972 fue destinada a Panamá para ayudar a la fundación de una residencia que sirviera de procura a las misioneras del Darién y al mismo tiempo fuera centro de catequisis para los suburbios de la gran ciudad capital de ese fraterno país.

Y como si todo ello, tan escuetamente enunciado pero tan denso de ministerios, de fatigas, de diligencias realizadas en campos tan distintos, en climas tan extenuantes, en zonas humanas tan difíciles y exigentes fuera poco, a la Madre Lopera le ha quedado tiempo para la faena cultural de sentido apostólico, al corte y estilo de su Madre Fundadora, y ha meneado la pluma para colaborar en la Revista "ALMAS" para aderezar la linda foto-historia titulada "ESTRELLA" que es la vida de la Madre Laura y el derrotero de su fundación misionera y para escribir el libro "ESPOSA, VIUDA Y MISIONERA DE LOS INDIOS" que relata la extraña y maravillosa vida de doña Dolores Upegui viuda de Montoya, que fuera hermana de la Madre Upegui, la fundadora de las Siervas del Santísimo, madre carnal de Laura Montoya y a la vez hija espiritual de su hija fundadora, a quien de 68 años de edad siguió hasta Dabeiba en donde fue a sucumbir entre dolores atroces ofrecidos a Cristo por la conversión de los jaibanaes. . .

En la Congregación de Misioneras de María Inmaculada y Santa Catalina de Sena la Madre Lopera ha sido una fiel guardiana de la memoria, de la presencia, de la virtualidad espiritual y apostólica de su fundadora. Las páginas que hace unos momentos hemos escuchado nos están diciendo cuán cerca estuvo de esa alma privilegiada y como disfrutó del tesoro de sus confidencias, de la visión de sus virtudes, de sus padecimientos y de sus arrobos.

Podría ella, refiriéndose a su fundadora, apropiarse con reverencia pero con veracidad las palabras con que el evangeista Juan comienza su primera epístola: "Lo que fue desde el principio, lo que vimos con nuestros ojos, lo que miramos, lo que palpamos nuestras manos. . . eso os anunciamos para que también vosotros tengáis comunión con nosotros. . .".

Para la academia Colombiana de Historia Eclesiástica que en estos días mismos se apresta a congregarse en Bogotá su XV asamblea anual, indicio de perseverancia en sus propósitos de servicio a la Iglesia, a la Patria y a su cultura, el ingreso de la Madre Teresa Lopera es motivo de regocijo porque de este modo reconocemos oficialmente la tarea eclesial, patriótica y cultural de las Misioneras de la Madre Laura, tan nuevas en el campo de nuestra historia

y ya en él tan hondamente, tan gloriosamente enraizadas; porque también contamos desde ahora con la colaboración de quien tan intensamente ha vivido para su comunidad y la Iglesia y de ellas tantas cosas podrá y querrá decirnos y porque finalmente, al redondear en estos días su cincuentenario de vida religiosa y apostólica, nos honra con su presencia y con su compañía y nos ha deleitado con sus reminiscencias de la admirable fundadora a quien Jericó le dió la cuna, Medellín los aplausos, las cruces y las primeras seguidoras y Roma, Dios mediante, le dará algún día los nimbos de la glorificación suprema.

Madre Teresa Lopera: la Academia le abre gozosamente sus puertas, le da la bienvenida y le pide la colaboración de su vivaz inteligencia y de su fervoroso corazón de misionera.

Medellín, octubre 4 de 1979

23 DE DICIEMBRE 1895
EL PUENTE DE OCCIDENTE

Datos numéricos de la construcción. El ingeniero don José María Villa hace formal entrega de la obra al gobierno departamental. —La solemne inauguración—. “La Virgen del Puente”.

Por Miguel Martínez

La Filatelia Nacional acaba de rendir un homenaje al Puente de Occidente y a su autor el ingeniero José María Villa, publicando un sello muy artístico. Con tal motivo reproducimos “Este Día”, de nuestro inolvidable colega don Miguel Martínez

En el año de 1887 se dio principio a la construcción del Puente de Occidente, sobre el río Cauca.

Los siguientes datos numéricos darán idea de esta gran construcción:

Longitud de centro a centro de torres, 956 pies ingleses, o sean, 291 metros aproximadamente. Anchura total de la construcción 28-1/2 pies. Altura del tablero sobre el medio nivel de las aguas del río Cauca, 45 pies. Altura de las torres sobre el tablero, 37 pies. Número de cables, 4: fuera de varios cables oblicuos destinados principalmente a aumentar la rigidez de la obra contra las oscilaciones producidas por el viento y el tráfico. Diámetro de cada cable, 4 pulgadas. Número de alambres que entran en cada cable, 798 del Número 11 (calibrador de Birmingham). Carga próxima que pueden soportar los 4 cables, 255 toneladas. Peso muerto, 160 toneladas. Los alambres de los cables puestos a continuación uno de otro mediran 200 leguas (próximamente la sexta parte del radio terrestre), y pesan cerca de 60 toneladas. Hasta 1896, es decir, un año antes de la inauguración del puente, costaba la obra 150.000 pesos.

Las torres reposan sobre la roca nativa; son de cal y canto hasta la altura de 15 pies, sobre el tablero, y el resto hasta completar los 37 de altura total, son en forma piramidal, de madera y hierro, cubiertas con láminas de hierro corrugado y provistas de sus correspondientes techumbres del mismo metal. El anclaje de Sopetrán es de tipo ordinario y sustenta el edificio de la administración. El de Antioquia consiste en un muro de contención destinado a impedir los desmorones de las deleznable rocas de la parte alta de esa ribera. En la base de dicho muro penetran 168 ganchos de hierro en forma de U, de 21 pies de longitud, los cuales rematan posteriormente en tuercas provistas de resistentes arandelas; de estos ganchos van cogidos los cables. Este elevado muro de Antioquia fue convertido en grandioso monumento a la Virgen, por iniciativa del excelentísimo señor doctor don Guillermo Escobar Vélez; la preciosa imagen de Nuestra Señora, de grandes dimensiones, colocada sobre la parte superior del muro, fue bendecida por el Prelado, en un acto que revistió gran solemnidad, en la mañana esplendorosa del 31 de mayo de 1953.

Entregada la obra del Puente

El 23 de diciembre de 1895 el sabio ingeniero constructor, don José María Villa, natural de Sopetrán, comunicó formalmente al gobierno departamental que hacía entrega de la obra del Puente de Occidente, a él encomendada su construcción.

Solemnísima inauguración

Para recibir la obra formalmente y hacer la inauguración, el gobierno señaló el 27 de diciembre, y se acordó, con efecto, un programa especial.

El 26 salió de Medellín el señor gobernador del departamento, doctor Julián Cock Báyer, acompañado de sus secretarios, varios oficiales del ejército con un piquete, y la banda departamental.

De la ciudad de Antioquia salió, en la mañana del 27, una selecta cabalgata. Acompañado de varios sacerdotes iba el señor Obispo, doctor don Juan Nepomuceno Rueda, además viajaban los empleados civiles de la ciudad y un grupo numeroso de caballeros.

Todos los concejos municipales de las diferentes secciones favorecidas más directamente con la construcción del Puente, se hicieron representar por medio de delegaciones. Además una muchedumbre

venida de todos los puntos del departamento se hizo presente en el acto de la inauguración; venían todos a conocer la magna obra del notable ingeniero antioqueño.

Las autoridades eclesiásticas y civiles, así como las diversas delegaciones se encontraban ya en el lugar de la cita.

El Puente lucía bellos adornos. En lo alto de las torres ondulaba airoso el pabellón nacional; banderolas de múltiples colores, que pendían a lo largo de los cables y barandas, agitaban sus alas al viento de la mañana; el esplendor del día se ostentaba en las fértiles, risueñas vegas del Cauca, que tiene en medio de ellas su majestuosa cauda; y en esta mañana de verano los rayos del sol se cernían al través de esa gigantesca red metálica que forman los cables, las péndolas, las tirantas, y parecían, por su construcción delicada y simétrica, que las hadas lo hubieran tejido la víspera con impalpables hilos de araña.

Ante todo, procedió el ingeniero D. José María Villa a probar la solidez, resistencia y seguridad de la obra. Con efecto, se tenían listas grandes partidas de ganado, traídas de las vecinas fincas de Sopetrán, a las que se les hizo entrar en el Puente y así lo llenaron por completo. Los aplausos de la numerosa concurrencia, así como los vítores al señor Villa fueron prolongados. Luego se hizo desocupar el Puente y fue retirado el ganado a sus respectivas fincas.

En medio de la expectativa general ocupa la tribuna, allí dispuesta, don José María Villa, este hombre, de quien dijo un Prelado antioqueño, en ocasión memorable, que "no solamente era un ingeniero, sino un genio"; y con palabras sencillas, como sencillos eran su modo y su figura, hizo entrega formal de la obra, conforme lo había comunicado al gobierno en la nota de este día.

Contestó el gobernador manifestando que, muy satisfactoriamente, recibía la obra en nombre del departamento; tuvo el más alto elogio para el señor Villa, así como palabras de reconocimiento para sus subalternos en la famosa construcción.

Acto seguido, el señor Obispo Rueda procedió, con la liturgia del caso, a bendecir la obra del Puente, que fue recorriendo, en toda su extensión, acompañado del clero y las autoridades. Luego que hubo terminado la bendición, el ilustre Prelado, en una elocuente y emocionada improvisación, exalto la importancia de esta obra,

benéfica muy directamente para el progreso de todos los pueblos que forman ricas y prósperas regiones de Antioquia; finalizó el Prelado con el alto elogio del señor Villa.

Los acordes de la música, las salvas y los vítores prolongados a don José María Villa y al departamento de Antioquia, todo llenaba el vasto espacio.

Iniciada la construcción del Puente, era gobernador de Antioquia el general Marceliano Vélez. El ilustre mandatario había emplazado al doctor José María Martínez Pardo para darse un abrazo en la mitad del Puente, el día de su inauguración. El doctor Martínez Pardo había muerto, y el general Vélez se hallaba con impedimento invencible para asistir a la inauguración. Mas, a pesar de todo, el compromiso se cumplió, pues el general Vélez se hizo representar, para aquella cita, por un distinguido amigo suyo, el gobernador doctor Cock Báyer, y al doctor Martínez Pardo lo representó su hijo don Francisco de Paula, y los distinguidos representantes se dieron, en el lugar y día indicados, el abrazo de aquel emplazamiento.

Terminada la inauguración, el señor gobernador, como sus secretarios y demás de su comitiva, en asocio del señor Obispo y de los que lo acompañaban desde Antioquia, así como varios caballeros de Sopetrán y de otras poblaciones vecinas, se trasladaron a la ciudad de Antioquia. Allí se le hicieron al mandatario antioqueño y demás distinguidos huéspedes, las más especiales atenciones; en la noche del mismo día 27 hubo un elegante baile, amenizado por la banda departamental, en la señorial mansión de la familia Londoño del Corral.

Y amaneció el 28, con el alegre y bullanguero anuncio de los diablitos. Este día, de tradiciones y recuerdos para los hijos de Santafé de Antioquia, permaneció el gobernador en la ciudad en el regocijo de las fiestas populares, de que se ocuparon las plumas pinceles de don Mariano Ospina y de Suárez.

El 29 regresó a Medellín el señor gobernador, así como los demás de su comitiva.

Cuando el viajero cruza, en las noches, el majestuoso Puente de Occidente, divisa allá, sobre el enhiesto muro del anclaje, en medio de arco de luces, la bella imagen de "La Virgen del Puente".

LA NOCHEBUENA

Por Sofía Ospina de Navarro

Es triste tener que declarar que la fiesta de la Navidad ha venido perdiendo poco a poco en Antioquia el sabor hogareño que en otros tiempos tuvo. Pero así lo reconocemos con nostalgia las abuelas que vivimos un día de Nochebuena en los viejos hogares.

Nunca se le pasó por la cabeza a un padre de familia, o a los hijos mayores, abandonar su casa en fecha tan sagrada aunque fuera con el propósito de ir al almacén o a la oficina a dar una ojeada a sus negocios. Ni a una madre dejar de intervenir directamente en la preparación de los manjares tradicionales, engalanada con blanco delantal.

Aquel día, desde tempranas horas, la casa rebozaba de un sano regocijo. Mientras en el fogón hervía a borbollones la natilla esparciendo en el aire su aroma de canela, los buñuelos amasados por las manos maternas bailaban entre la manteca caliente. Los chicos bulliciosos, que ya habían cumplido la orden de emborrachar el pavo de la Pascua, administrándole un trago de aguardiente y corriéndolo luego asido por las alas —procedimiento que ablandaba y hacía más blanca su carne— esperaban cerca de la cocina el feliz

momento en que los manjares fueran dados al consumo; armados de cucharas para raspar el pegado de la paila de la natilla y de estaquitas de madera para ensartar los quemantes buñuelos. Para correr en seguida a fabricar las candilejas de los globos que habrían de elevarse en la fiesta de la noche. O a formar el montón de helecho seco para chamuscar el cerdo que ellos mismos conducirían al sacrificio sin hacer caso de sus chillidos de repulsa.

El arreglo del pesebre, también a cargo de la muchachada, había motivado ya un alegre viaje al monte, en busca de los elementos silvestres que habrían de decorarlo. Pero esos bosques, entonces tan cercanos a las casas, han sido ya arrebatados a sus dueños por la descarada valorización de las tierras. En el bello monte de "Sorrento", la casa campestre de "El Poblado", donde pasé las navidades de mi infancia, ya no hay musgo, cardos, ni nidos de pájaros; sino jardines y prados vecinos de otras residencias.

En tanto que las mujeres de la casa empacaban los aguinaldos a puerta cerrada y se preparaban a adornar el pino navideño, los muchachos se disputaban a empujones el ojo de la chapa, para observar la emocionante escena y esperaban ansiosos la llegada de aquella noche inolvidable. La de la Novena del Niño Dios con villancicos cantados por voces familiares; la de los triqui-traques, los chorrillos, las ruedas luminosas y las luces de Bengala; que llevaban consigo la autorización paterna de ir tarde al lecho y gustar unas cuantas copillas de vino y que era para todos algo fantástico. Qué bien sonaban en nuestros oídos los tiples destemplados de aquellos músicos campesinos, a cuyos acordes bailaba también la servidumbre en sus dominios interiores. Hoy se compra el musgo del pesebre en el mercado y se contrata para la fiesta un conjunto completo que sepa bien de música caliente. Y las gentes jóvenes, que se ven obligadas a asistir a la fiesta sólo por complacer a los padres, quizá no se sientan muy alegres en aquel bailoteo familiar.

El Domingo de Pascua visitaban las casas de campo las comparsas saineteras, organizadas por gentes del pueblo con el fin de coleccionar algunos pesos para animar sus propios regocijos. La llegada de aquellos personajes presididos por un abanderado, trajeados con colores vistosos, medias rosadas a estilo torero y careta de alambre con mostachos, nos llenaba de júbilo. Como también los versos cursis del sainete —que los actores recitaban paseándose y con el sonsonete de rigor— causaban hilaridad entre las gentes mayores. Aún resuenan en mis oídos algunos de ellos:

*—Perdone don Aniseto
que lo venga a molestar.
Me presta usted su levita,
que me voy a padrinar
a la bella Matildita.
que casa con Aldemar?*

*—Siento mucho
don Clemente
no prestarle mi levita.
Pero yo no soy "consciente"
en que tan mal pretendiente
se alce con la Matildita".*

El pleito de la levita se acaloraba por momentos, con nutridos insultos, y acababa en alarmante tiroteo que dejaba tendido en el suelo un cadáver. Pero, para consuelo de los pequeños-concurrentes —que ya empezaban a llorar— de la pistola usada por el agresor pendía una cinta de papel donde se había alojado los inofensivos fulminantes. Si una de aquellas simpáticas comparsas irrumpiera ahora intempestivamente en alguna casa de campo, los niños gritarían también; pero no de alegría, como nosotros, sino por el temor a que fuesen los disfrazados chusmeros de la violencia, de que tanto han oído hablar en sus casas.

Varios son los motivos por los cuales ha cambiado en nuestra tierra el estilo de la Nochebuena. Pero uno de los principales es el lujo acostumbrado hoy en las residencias campestres. Casi todas están rodeadas de jardines con senderitos de menudas piedras blancas, que pueden denotar arte y belleza pero no son campo propicio para los goces de la Navidad. Un bochinche pirotécnico, por ejemplo, los echaría a perder por completo. Tampoco permitirían las elegantes dueñas de casa levantar el pesebre en sus salones alfombrados; ni resistirían las huellas de los zapatos empantanados de los veraneantes sobre sus relucientes pisos de madera. Las amplias cocinas de antaño, con sus grandes poyos de ladrillo, y sus piedras de moler eran bien distintas a los blancos semi-salones que hoy las reemplazan.

Característica de nuestros hogares fue la hospitalidad. Y a ella debemos el placer de haber tenido siempre con nosotros en las temporadas de campo a los pequeños huéspedes de nuestra edad, que supieron hacerlas tan alegres como inolvidables. Con ellos disfrutábamos de la caza nocturna de cocuyos, del tute con trampa sobre las camas a la luz de una vela y de la pesca de aquellos peque-

ños pececitos, que llamábamos "corronchos" y para la cual nos servía un cedazo viejo de la cocina; como también del baño en la quebrada, de los saltos sobre la hoguera o candelada, de la búsqueda de los nidos de las gallinas y de tantos otros goces primitivos y simpies que hoy añoramos con nostalgia. En las barridas arboledas de frutales, tan mimadas y fumigadas, no hay hojas secas para encender la hoguera de la "chorizada"; ni ésta prodría aceptarse, porque las cenizas alterarían la belleza del conjunto.

Nada igual a las casas antiguas, donde pasábamos aquellas temporadas, gozando a nuestras anchas y haciendo una reserva de recuerdos para la vejez. Donde nuestros hermanos guardaban sus cometas sobre los armarios o debajo de las camas. Donde se podía corretear por alcobas y salones y trepar a las barandas del corredor para sostener en alto el globo que iba a elevarse. Y colocar, también, sobre esas barandas, y en honor a la Virgen en el día de sus fiesta de la Concepción, las chorreantes velas ensartadas en los candeleros naturales que producen los naranjos. En aquellas casas respiraban libertad hasta las plantas. Si junto al rosal nacía y crecía por casualidad una mata de ají, no le prohibía la técnica ornamentaria fructificar allí a su gusto. La sencillez fue la bandera de los viejos hogares.

FUGAZ SEMBLANZA DE ANTIOQUIA

Por Jorge Artel

Disiento del autor cuando llama al suyo "Un libro, casi insignificante, que sólo tiene valor por el afecto con el cual ha sido escrito".

Julián Pérez Medina, vertebrado periodista paisa de larga y fundamental trayectoria, condensa en 69 páginas de apretada síntesis una serie de aproximaciones al sugestivo tema de la antioqueñidad, iniciando su importante trabajo de este modo: "Con pena hay que declarar que en los últimos tiempos disminuyeron en forma considerable los estudios sobre el pueblo antioqueño, sobre su formación, sus características, sus mezclas buenas y malas. Todo parece indicar que avanza una increíble despreocupación que ciertamente debiera ser objeto de enmiendas y obviamente de reflexiones".

No por fugaz deja de ser atrayente —desde el punto de vista antropológico, sociológico e histórico— el compendio que tenemos a la vista sobre la realidad de Antioquia. Al transcribir el concepto que en 1885 emitiera el doctor Manuel Uribe Angel, sobre la fusión de razas en estas poblaciones, —donde se vaticina su arquetipo— Pérez Medina afirma: "... no quedan dudas de que Uribe Angel casi acierta plenamente". Pero admite: "Este grupo étnico,

sin embargo, no es de fácil análisis en vista de que en su estudio se perdió ya un tiempo precioso". Cita seguidamente a Ricardo Uribe Escobar —de indiscutible ilustría y autoridad— quien hace dieciocho años llevó a la práctica significadas investigaciones en ese campo. "Sin embargo —dice— casi al término de ellas, dejó a la posteridad interrogantes que aun flotan y que no se disipan al pasar los años".

"En qué crisol se fundieron los genes de la especie que al través de cuatro siglos producen hoy un tipo inconfundible, en que se amoldan aquellas virtudes contrapuestas, y que visto en conjunto parece una raza especial y vigorosa en el abigarrado cruzamiento biológico de esta América hispana? —Se preguntaba Uribe Escobar en 1960.

Tras de reconocer que "es angustioso encontrar las respuestas" y que estas "sin duda alguna tardarán", Pérez Medina enfrenta el espíritu colonizador del antioqueño quien, "además de lo que hizo en su propia tierra, se fue a colonizar otras, como en los casos del Viejo Caldas (con Risaralda y Quindío) y aún del Tolima", destacando la capacidad de trabajo y aventura que lo llevó hasta el Valle del Cauca y la Sabana de Bogotá, hasta los Llanos Orientales y la Costa Atlántica. Y agrega: "Cuando el presidente Alfonso López Pumarejo dijo que por Antioquia pasaba el meridiano político de Colombia, no se equivocó. Pero sin duda alguna se quedó corto, pues no se trata sólo de este meridiano político sino de otros más. Es la gran verdad que resulta ocioso dejar de reconocer".

Señala las coincidencias importantes que inciden en los estudios realizados sobre la formación del pueblo antioqueño, aludiendo el hecho de que "también aparecen algunas afirmaciones que se tornan confusas y que desde luego no permiten tener un criterio más o menos definido". Recuerda el planteamiento que sobre razas y generaciones hizo el Padre Gumilla, objeto de polémica y el cual diera pie al ingenio de Gabriel Arango Mejía para sostener que "cuando la mestiza se casa con mestizo, la prole es mestiza y se llama vulgarmente "tente en el aire" porque ni es más ni es menos que sus padres, y queda en el grado de ellos".

Acude al socorrido James Pearson, ph. D., quien dice que los pobladores de los Andes más septentrionales del occidente colombiano, los antioqueños, son sobrios, enérgicos, sagaces, individualistas, de un genio colonizador, que los convierte en el elemento "más claramente definido de la República". "Ser antioqueños significa para ellos más que ser colombianos". Lo cual está fuera de toda incertidumbre, como lo reconoce el autor.

Una cosa quiere Julián Pérez Medina que quede clara: y es que el crecimiento de estas comunidades se debe a la presencia de vascos, castellanos y andaluces. Que de ellos viene la herencia del carácter, el tipo humano que logró dominar las breñas mediante una faena hercúlea, "y luego tuvo tiempo para emprender su gran tarea colonizadora que llevó a otras regiones del país, en lucha de perfiles heroicos". No da mayor significación a la mezcla con esclavos negros, aunque está de acuerdo en que sí la hubo.

Leyendo a Pérez Medina caemos en cuenta de que la lucha descentralista de Antioquia no es de ahora. Parte de 1.903 cuando se constituyó en la ciudad de Medellín la primera junta de trabajo, siendo alma de este movimiento don Fidel Cano. De ahí en adelante, va precisando cada año y las respectivas campañas que se hicieron. La del Ferrocarril Troncal de Occidente y de Urabá; la de la carretera al mar, la del 37, en que se agitaron las tesis descentralistas en ruidosas manifestaciones efectuadas en Medellín; la del 44, con la carretera Cartagena-Medellín-Cali; luego la de la carretera panamericana, etc.

Es el liderazgo de Antioquia punto central de la obra y el fenómeno está analizado con circunspección y talento, disociando los diferentes criterios que concurren al estudio de la materia. Está contemplado desde diferentes puntos de vista, haciendo claridad sobre los recientes movimientos que él entraña contemplados como una nueva filosofía.

El libro está dividido en tres partes: *Antioquia en Serio*, *Antioquia en broma* y *Gobernadores de Antioquia*. Con agilísimo estilo periodístico se hace la interpretación sociológica del departamento en la segunda parte, no sin dejar una constancia en la que hay algo de amarga nostalgia: "Esta es Antioquia. Salpicada de hechos y de situaciones de un increíble valor humano. Lástima que se nos está desdibujando".

UN NUEVO LIBRO ANTIOQUEÑO

Por David Mejía Velilla

Sofía Mejía de Gómez, escritora antioqueña sin ninguna pretensión de gloriolas, y sí con mucho deseo de aprovechar el tiempo escribiendo, acaba de publicar su primer libro, *La Casita Azul de la Montaña*, relatos de infancia hermosos y frescos.

Ha hecho, para mi gusto, una edición gráficamente preciosa: es un librito azul de 145 páginas, muy pulcramente presentado, en cuya carátula sonríe al horizonte la eterna *madona* (y matrona) medellinense. Con especial sentido común, ha echado a andar sólo trescientos ejemplares, lo que quiere decir que quizás por excepción algunos vayan a librerías de la Villa, otros a bibliotecas públicas para lo de rigor (lo de rigor es quedarse allí quietos, atestando); y otros a periodistas para lo de su oficio. Debo decir, para que nadie se llame a engaño, que Sofía es una de mis cinco hermanas, y que yo la animé al final para que compusiera y presentara esta obrita, que es ya una miniaturesca y fina realidad. No hay ripios en esos relatos, ni señales librescas, ni ñoñeces de señora, ni inautenticidades, ni indebidas imitaciones: hay poesía, hay candor, hay vida (mucha vida), hay virtud y buen humor a chorros. El primer relato, *La Casita Azul*, centra el libro, entrega paisaje y personaje hilador, y contiene hermosuras de esta especie: En nuestra casa de la montaña festejábamos la salida de la luna al calor de una fogata. Tam-

bién la nochera era nuestra, y todos sentados en corro, en gruesos troncos de pino, disfrutábamos de ese maravilloso espectáculo. ¡Hacía frío en esas noches de luna llena! Observábamos que cuando la luna está en creciente, se hace acompañar de un lucero. . . pero cuando está llena, la luna va sola. Y así, ningún astro comparte su majestad. Su resplandor va apareciendo detrás de las montañas. Y la luna sube poco a poco. . . prendida al cielo. La luna llena es como una novia que se hace esperar. Su luz corretea por el campo y sus rayos bailan entre las sombras de los árboles. . . Así baila la música del viento. Así son los espíritus encantados de la noche. Los rayos de la luna son leña para la fogata de la inspiración. (p. 10). El tercer relato, *La casa de Polita*, resulta ser como la condensación de varias historias, mágicas de lo puro reales, entrañables y nuestras de la montaña: allí todos los rincones y vertientes de Santelena (campo solariego de los medellinenses de hace cuarenta y más años), se alumbran con el trasiego de gentes de todas clases estupendas. Y en el siguiente, *El Judío Errante*, el mítico trasunto logrado por la hermo세ante memoria, fija otra historia de nada vulgares relieves. Así también, *La Madre*, y *Adrián el Ermitaño*. Al final, tres páginas conmovedoramente bellas y profundas, son como el compendio del libro: *La Niña de la Casita Azul de la Montaña*. Empieza en parábola: ¡Qué hermosas son las obras de la Naturaleza, si se observan con detenimiento, y se comprueba la existencia de esa mano, invisible para nuestros ojos, que no por eso cesa en su constante y delicado trabajo de transformación! Nos dice la parábola del carbón de piedra, que oculto en el vientre formidable de los suelos, recibe el influjo de los cielos hasta terminar convertido en diamante: si el hombre no lo enciende, porque no puede sacarlo de las profundidades de la mina, allí sigue su evolución constante, y un día, para gran sorpresa de ese mismo hombre, se encuentra un fenómeno esplendoroso; y es que el carbón negro y feo, se ha convertido en la más hermosa de las piedras preciosas. La aplicación de la parábola es obvia: Así ha ocurrido a la niña de la casita azul; de niña, vaga por entre los zarzales. . . Las alimañas del monte y las espinas hieren sus pies, y van formándole un tatuaje de hondas y dolorosas cicatrices; su alma sufre las arideces del ambiente, y queda convertida en un pedacito de carbón negro. Por sus mejillas ruedan lágrimas, que al desprenderse fecundan su alma; y modelándola, le dan forma de recipiente alabastrino, en cuyo interior trabaja el germen de la vida, con mano de artífice, en el perfeccionamiento de su obra (p. 136). El relato continúa desentrañando tan dulces misterios, y termina en suave asombro, en sobrio paraíso. Tal como es y ha sido la existencia montañera de nuestras realidades humanas y bucólicas.

ALFONSO GARCIA ISAZA

Por Raúl Gutiérrez Vélez

En la ciudad de Marinilla, en el hogar formado por el distinguido caballero don Mariano y doña Ana, un día del año 1923 vino al mundo este destacado profesional del Derecho.

Su niñez la pasó en la ciudad que ofrece a la República gran pléyade de valores humanos en las distintas profesiones donde los hombres colman la sed de sus nobles ambiciones, y se proyectan en direcciones de servicios a la comunidad.

En su juventud los estudios primarios y secundarios los hizo en el Colegio de San José de Marinilla, en el Seminario y en la Universidad de Antioquia, establecimientos en los cuales se destacó por su rendimiento, y en donde se pudieron observar sus capacidades y afición por las humanidades.

Aunque desde su muy temprana juventud se reconocieron sus condiciones de estudioso e investigador en las materias de su mayor afición, participó con entusiasmo en actividades deportivas y sociales que se realizaban en la época.

Desde estos primeros tiempos se observaba su formación humana, su gran sentido y lealtad en la amistad, y reflexiones acertadas en las diferentes intervenciones, con aciertos en las acciones propias de su personalidad.

Por el estudio ha tenido la más dinámica responsabilidad, hasta tal punto que siempre lo hace con agrado, convencido de la imperiosa necesidad de adquirir conocimientos, y así lograr resultados positivos en las acciones de la vida.

Concluidos los estudios secundarios se definió por la profesión del Derecho, y para ello ingresó a la Universidad Pontificia Bolivariana, en donde los concluyó con magníficos resultados y marcada vocación de estudios, en el año de 1951.

Siempre ha demostrado gran espíritu de servicios y de colaboración en los diversos programas culturales que realizan en los establecimientos de educación, con ánimo de desarrollar las mentes juveniles y guiarlas hacia ideales superiores. Para todo ha estado presente el joven que se proyectaba para ser el ciudadano responsable, y el profesional ético que la ejerce con raciocinio y sentido de superación.

Ha ejercido el profesorado en la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana, en las cátedras de Derecho Romano, Sociología e Historia de la Filosofía.

En la actualidad es Profesor del Departamento de Contraloría de la Universidad EAFIT.

Sus colaboraciones se pueden leer frecuentemente en las revistas de la Universidad Pontificia Bolivariana y de la Universidad de Antioquia. También en Lecturas Dominicales de EL COLOMBIANO, en donde son acogidos sus escritos sobre el Derecho, la Filosofía y la Historia.

Es autor del libro TEMAS DE AYER Y TEMAS DE SIEMPRE, publicado en la Colección ROJO Y NEGRO de la Universidad Pontificia Bolivariana, escrito en diáfana prosa.

Desde hace varios años es Miembro de Número de la Academia Antioqueña de Historia, en donde se observan lo acertadas de sus intervenciones. Colabora en el Repertorio Histórico de la Institución con temas de historia de su especialidad.

Pertenece, además, a los Centros de Historia de Marinilla y de Sonsón.

En varias oportunidades lo hemos escuchado en discursos que ha pronunciado, y son admirables su claridad de conceptos, galanura de estilo elocuencia al pronunciarlos.

Es ciudadano con gran sentido de la solidaridad en todas las circunstancias, desprendido con largueza para llegar a soluciones favorables y dignas de sus semejantes.

Cuando los pueblos pueden contar entre sus hijos a varones como lo es el doctor Alfonso García Isaza, el rumbo de su destino histórico será humano y humanismo, con lo cual los hombres se rigen por la razón y la justicia.

NOTAS DE LA SECRETARIA

Reelección de la Directiva.

De acuerdo con las disposiciones estatutarias, la Academia en la sesión ordinaria de septiembre debía elegir su directiva para el período de 1982 y 1983. Por votación de los académicos de número fue reelegida la Junta Directiva en la siguiente forma:

Presidente	Monseñor Damián Ramírez Gómez
Vice-presidente	Profesor Javier Gutiérrez Villegas
Secretario	Profesor Libardo Bedoya Céspedes
Tesorero	Don. Guillermo Echavarría Misas
Revisor Fiscal	Dn. Raúl Gutiérrez Vélez

La Casa de Zea.

Insiste la Academia en llamar a todas las puertas buscando las posibilidades para reparar la destatada casa en la cual nació el Prócer de la Independencia Francisco Antonio Zea. La última gestión se hizo ante el Sr. Gobernador de Antioquia, quien prometió

ocuparse del asunto y ver si era posible que el Departamento se encargara de esta urgente reparación y no sigamos soportando las crtfticas de las gentes que no entienden como un edificio que fue declarado Monumento Nacional y hace parte del Patrimonio espiritual de Colombia, se mantenga en completo abandono.

Los 400 años de Rionegro.

Dentro del programa de celebración del IV Centenario de la ciudad de Rionegro, el 8 de noviembre celebró la Academia una sesión solemne en la histórica casa de la Convención. En la sesión que estuvo presidida por Monseñor Damián Ramírez Gómez se contó con la presencia del Dr. Iván Duque Escobar, Gobernador del Departamento. Llevó la palabra en este acto el distinguido Miembro Honorario de la Corporación, Dr. Carlos Betancur Arias, quien hizo un extenso y brillante recorrido por la historia procera de la hidalga ciudad.

Sesión Solemne del 12 de octubre.

Como es ya tradicional se celebró la sesión solemne del 12 de octubre en el Paraninfo de la Universidad de Antioquia a partir de las 10 de la mañana. El programa comprendió los siguientes actos:

a) Posesión de la Junta Directiva para el período de 1982 y 1983. Tomó el juramento a la Directiva el Dr. Fernando Gómez Martínez en su carácter de Decano de los Ex-presidentes de la Academia.

b) Entrega de diplomas y escudos a los siguientes nuevos Académicos:

De Número, Diego Villegas Villegas

Correspondientes, Dr. Alfredo Naranjo Villegas, Dr. Benigno Mantilla Pineda, Sr. Bernardo Martínez Villa y Sr. Jairo Tobón Villegas.

c) Homenaje a los Académicos recientemente fallecidos, Dr. Samuel Barrientos Restrepo y Dn. José Solís Moncada, cuyos retratos se colocaron solemnemente en la Pinacoteca de la Academia. Llevó la palabra en el acto el Sr. Javier Gutiérrez Villegas, vice-presidente de la Corporación.

d) Durante la sesión llevaron la palabra el Dr. Julio César Arroyave sobre "Las ideas políticas del Libertador" y el Dr. Diego Villegas en torno a la Biografía de Dn. Felipe Villegas, fundador de Abejorral.

e) Cantó los himnos y amenizó el acto con canciones del folclor latinoamericano la Tuna del Liceo Salazar y Herrera. Al término de la reunión los Académicos y sus familiares concurrieron a un almuerzo de compañeros en el Club Unión.

Bicentenario de Bello.

El 29 de noviembre se conmemoró el Bicentenario del nacimiento de Dn. Andrés Bello. Para celebrar este acontecimiento, la Academia destinó una sesión extraordinaria el 15 de septiembre. En esta sesión el distinguido Académico Correspondiente Dr. Benigno Mantilla Pineda hizo una brillante exposición con el tema "Andrés Bello Jurista y Filósofo", conferencia que apareció en el No. 237 de nuestro Repertorio Histórico.

También participó la Academia en pleno en los actos programados en la ciudad de Bello por el Colegio Máximo de Academias de Colombia y especialmente se hizo presente en la sesión solemne verificada en el Templo donde fue bautizado Dn. Marco Fidel Suárez.

Homenaje a José Manuel Restrepo.

En la sesión del 1o. de diciembre la Academia rindió homenaje a la memoria del ilustre prócer de la Independencia con motivo del Bicentenario de su nacimiento en Envigado el 30 de diciembre de 1781. El historiador Pbro. Juan Botero Restrepo expuso la Biografía del Padre de la Historia Colombiana, con base en el libro que acaba de terminar y que seguramente será publicado en los primeros días del año próximo.

Biografía de Dn. Marco Fidel Suárez.

Debido al espíritu investigador y a la pluma del conocido y fecundo historiador Dn. Heriberto Zapata Cuéncar y con los auspicios económicos de la Cervecería Unión, entró en circulación la Biografía de Dn. Marco Fidel Suárez. Se aprovechó la celebración del Bicentenario de Bello para la entrega oficial de esta obra de inmenso valor para el conocimiento de la vida y obras del autor de los sueños de Luciano Pulgar y la Oración a Jesucristo.

Más libros para nuestra biblioteca.

La Junta Directiva de la Academia dispuso la compra de numerosas obras para la Biblioteca de consulta que posee la corporación, las cuales fueron seleccionadas por la comisión de publicaciones.

LIBROS Y REVISTAS RECIBIDAS EN LA
ACADEMIA ANTIOQUEÑA DE HISTORIA
CON DESTINO A SU BIBLIOTECA

20 de Octubre de 1981

I. LIBROS:

Gómez Santos, Marino: "Vida de Gregorio Marañón". Taurus Ediciones, Madrid, 1971.

Carrera Damas, Germán: "La renovación de los estudios históricos: el caso de Venezuela" Edimex, México, 1976.

Muñoz Oraá, Carlos E.: "Los Comuneros de Venezuela" Universidad de Los Andes, Mérida, Venezuela, 1971.

García y Bellido, Antonio: "España y los españoles hace dos mil años, según la geografía de Strábon" Espasa-Calpe, S. A., Madrid, 1978.

Panero, Martín: "La guerra civil española y la muerte de Federico García Lorca" Ediciones Universitarias de la Frontera-Temuco, Chile, 1977.

Vásquez Montalbán, Manuel: "Imágenes y Recuerdos 1919-1930 La rebelión de las Masas". Difusora Internacional, S. A., Barcelona, 1977.

Castrillón Manuel José: de Diego Castrillón Arboleda No. 19 y 20 Colección Biblioteca Banco Popular, Bogotá.

Fallon Diego de J.: "Poesía" No. 22 C. P. B. Popular.

Restrepo, Carlos E.: "Orientación Republicana" Nos. 27 y 28 Colección B. Popular.

Kastos, Emiro: "Artículos Escogidos" No. 31.

Carranza, Eduardo: "Los amigos del poeta" No. 32

Pérez Triana, Santiago: "Reminiscencias Tudescas" y "Cuentos a Sonny" No. 33.

Cornelio Hispano: "Colombia en la guerra de la independencia"

De Pimentel y Vargas, Fermín: "Escenas de la gleba" No. 44.

R. Silva: "Artículos de costumbres" No. 45.

Biblioteca de "El Mosaico" 1886 "Museo de cuadros de costumbres, variedades y viajes" No. 46 - 49.

Vawell, Richard: "Memorias de un oficial de la Legión Británica" No. 56.

López Michelsen, Alfonso: "Los últimos días de López y otros escritos" No. 62.

Vergara y Vergara, José María: "Historia de la literatura en Nueva Granada" Nos. 63 y 64.

Camacho Ramírez, Arturo: "Luna de Arena" No. 70.

Febres-Cordero, Luis: "El terremoto de Cúcuta" No. 73.

De la Rosa, José N.: "Floresta de la Santa Iglesia Catedral de la ciudad y provincia de Santa Marta" No. 74.

Tamayo, Joaquín: "Obras" No. 77.

Tamayo, Joaquín: "Obras" No. 78. "Nuestro siglo XIX — La Gran Colombia".

Bateman, Alfredo D.: "Francisco José de Caldas" No. 79 Biblioteca Banco Popular.

Pacheco, Luis E. y Leonardo Molina L. "La familia de Santander No. 80.

Uribe Vargas, Diego: "Temas de Diplomacia y de Historia" No. 81.

"Constante de la Historia de Latinoamerica en García Márquez": Alfaro, Gustavo No. 82 de la Colección Biblioteca Banco Popular.

Tisnés Jiménez, Roberto Ma. "Don Juan del Corral, Libertador de los esclavos" No. 83.

Bonilla Naar Alfonso: "Obra literaria" No. 84 y 85.

Paéz Escobar, Gustavo: "El sapo burlón" Cuentos No. 86.

Escobar, Helena de la Espriella de: "Aquellos años turbulentos" No. 87.

Morales Benítez, Otto: "Aguja de Marear" No. 97.

Rodríguez Guerrero, Ignacio: "Libros colombianos raros y curiosos" Nos. 98, 99, 100.

Guerra, José Joaquín. "La convención de Ocaña" Nos. 101-102.

LIBROS COMPRADOS POR LA ACADEMIA:

Palacios, Marco: "El café en Colombia, 1850-1970"

Betancur, Belisario: "Colombia Cara a Cara"

Mendoza, M. Alberto: "La Colombia Posible"

Molina, Gerardo: "Las ideas liberales en Colombia"

"Las ideas liberales en Colombia" Tomo II.

Pinzón, Martín A.: "Historia del Conservatismo"

Liévano Aguirre, Indalecio: "Los grandes conflictos sociales y económicos de nuestra Historia" 2 Tomos.

González, Margarita: "El Resguardo en el Nuevo Reino de Granada"

Colmenares, Germán: "Historia económica y social de Colombia"
Popayán: una sociedad esclavista 1680-1800"

"Cali: Terratenientes, mineros y comerciantes, siglo XVIII".

López Toro, Alvaro: "Migración y cambio social en Antioquia"

Rodríguez, Agustín: "Gaitán, biografía de una sombra"

Gómez P. Fernando: "Chocó: 500 años de espera"

Granado M. Rafael: "Historia General de Colombia"

Phelan, John Leddy: "El pueblo y el rey, la revolución comunera en Colombia, 1781"

Guillén Martínez, Fernando: "El poder político en Colombia"

Pastrana Borrero, Misael: "Reflexiones después del poder"

Guzmán Campos, Germán y otros: "La violencia en Colombia"
2 Tomos

Fonnegra, Gabriel: "Bananeras, testimonio vivo de una epopeya"

García Antonio: "Los Comuneros, 1781-1981"

Marcucci, César R.: "Bolívar y la mujer costeña en la Independencia"

Fals Borda, Orlando: "Mompox y Loba, Historia doble de la Costa"

Von Hagen, Víctor W.: "Las cuatro estaciones de Manuela" — los amores de Manuela Sáenz y Simón Bolívar

Tirado Mejía, Alvaro: "Introducción a la Historia económica de Colombia"

Duarte French, Jaime: "Poder y Política, Colombia 1810-1827"

González, Margarita: "Ensayos de Historia Colombiana"

Fried, Juan: "El adelantado, Dn. Gonzalo Jiménez de Quesada"
2 Tomos

Caballero, Enrique: "América una equivocación"

Gómez Picón: "Orinoco, río de libertad"

Tirado Mejía, Alvaro: "Aspectos Políticos del primer gobierno de Alfonso López Pumarejo, 1934-38"

Caballero, Lucas: "Memorias de la guerra de los mil días"

Caballero, Enrique: "Incienso y pólvora, comuneros y precursores"

Villegas, Jorge y José Yunis "La guerra de los mil días"

Terán, Oscar: "Del tratado Herrán —Hay al tratado Hay— Bunau Varilla. Panamá: Historia crítica del atraco yanquimal llamado en Colombia La Pérdida de Panamá y en Panamá Nuestra Independencia de Colombia"

Arciniegas, José Ignacio "Darío Echandía, su vida su pensamiento"

DONACION

Blanco, José Félix y Ramón Azpurúa: "Documentos para la Historia de la vida pública del Libertador"

Ediciones Presidencia de la República. Caracas, Venezuela. 15 tomos

Mesa, Carlos E. "Consignas y sugerencias, para Militantes de Cristo"

Chateaubriand, F. R. De. "El genio del Cristianismo"

Mac Gregor-Hastie, Roy "El Papa Paulo VI"

Shakespeare, William "A vuestro gusto"

Diccionario Español Everest Cúspide

Gutiérrez Villegas, Javier. "Cátedra Bolivariana" Editorial Bedout, 1981.

Salguero Flórez, Hernando. "Periodista graduado". Universidad Tecnológica de Pereira. Imprenta Departamental.

II. REVISTAS

"Perfiles Históricos" Organó del Centro de Historia de El Santuario. Sep. 81. No. 4

"Thesaurus" Boletín del Instituto Caro y Cuervo Tomo XXXVI, Nos. 1 y 2.

"Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario" Bogotá, No. 515 ag.-oct. 1981.

"Revista del Archivo Nacional de Historia, Sección del Azuay Cuenca", Ecuador. No. 2 - 1981.

"Ministerios desde la Iglesia de América Latina" Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, Cuadernos de Teología No. 5.

"Theologica Xaveriana" Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana. No. 6 julio-Sept. 1981

"Vida Italiana" Documentos e Informaciones, Servicio de Informaciones y de la propiedad literaria. Presidencia del Consejo de Ministros No. 10.

"Boletín de Historia y Antigüedades", Academia Colombiana de Historia, julio-Sept. de 1980.

"Universidad de la Habana" No. 209, Jul.-Dic. de 1980.

Revista de la Universidad Industrial de Santander Vol. 10 Número 1, 1981.

Cráter Departamento de Español, INEM, Pasto Nos. 2 y 3 de 1981.

Manizales Vol. XXXIII No. 485, Octubre de 1981.

Revista Universidad de Medellín. No. 34 Julio-sep. de 1981.

Jericó Revista del Centro de Historia de Jericó No. 18, 1981.

Corpurabá No. 4 Julio-septiembre de 1981.

Mecánica, La Revista Técnica. Universidad Tecnológica de Pereira No.1/81.

INDICE VOLUMEN XXXIV 1981

De Nuestra Antioquia

Antioquia en el desarrollo económico de Colombia por Antonio Alvarez Restrepo	3
Independencia de Antioquia por Carlos Betancur Arias	83
La lección comunera por Alfonso García Isaza	101
De Tupac Amaru a nuestro movimiento comunal por Guillermo Duque Gómez	105
Alma del hogar tradicional de Antioquia por Jaime Sanín Echeverri	171
Fundación de Rionegro. Discurso por Carlos Betancur Arias	179
La nochebuena antioqueña por Sofía Ospina de Navarro	249

Hombres de Antioquia

José Manuel Restrepo, fundador de la República y padre de la historia moderna por Mons. Rafael Gómez Hoyos	15
Jesús Antonio Hoyos, Procer de la cultura por Alfonso García Isaza	35
Biografía de Liborio Mejía por Libardo Bedoya Céspedes	47
Aranzazu y los partidos políticos en Colombia por Donato Duque Patiño	54
El Capitán Braulio Henao y el General Córdoba por Juan Botero Restrepo	120
El coronel Anselmo Pineda por Ignacio Giraldo	129

Monseñor Manuel José Sierra por Alfredo Naranjo Villegas	135
Poeta simulador López de Mesa? por David Mejía Velilla.	158
Monseñor Valerio Antonio Jiménez por Guillermo Duque Gómez.	210
Mosén Roberto Jaramillo Arango por Carlos E. Mesa c.m.f.	226
Estampa biográfica de Ricardo Rendón, caricaturista genial por Libardo Bedoya Céspedes	229
Mujeres de Antioquia	
Alicia Arango, misionera indigenista por Carlos E. Mesa c.m.f.	41
Dolly Mejía por Julián Pérez Medina	142
Teresa Lopera Montaña por Carlos E. Mesa c.m.f.	235
De Nuestra Academia	
Palabras en el sepelio de Don José Solís Moncada por Juan Roca Lemus (Rubayata).	69
Un homenaje: Andrés Bello, jurista y filósofo por B. Mantilla Pineda	89
Académicos de Antioquia	
Carlos White Arango por Raúl Gutiérrez Vélez	75
Alfonso García Isaza por Raúl Gutiérrez Vélez	258
Empresas de Antioquia	
Los seglares y la catedral de Medellín por Mons. Javier Piedrahita E.	145

El Puente de Occidente, 23 de diciembre 1895 por Miguel Martínez.	245
---	-----

Libros de Antioquia

“Antioquia. Periódicos de Provincia” de Heriberto Zapata Cuencar por Roberto M. Tisnés c.m.f.	71
---	----

Una obra de claridades: Itinerario Bolivariano de Mons. Damián Ramírez por Juan Roca Lemus (Rubayata).	152
--	-----

Una Biografía de Anselmo Pineda por Doña Pilar Moreno de Angel por Nestor Botero G.	155
---	-----

Fugaz semblanza de Antioquia, de Julián Pérez Medina por Jorge Artel	253
--	-----

La casita azul de la montaña, de Sofía Mejía de Gómez por David Mejía Velilla.	256
--	-----

La Academia en Acción

Notas de la Secretaría por Libardo Bedoya Céspedes	77 - 160 - 261
--	----------------

Resolución sobre el bicentenario de Bello.	169
---	-----

Resolución sobre el bicentenario de José Manuel Restrepo	170
---	-----

El homenaje al Libertador

Simón Bolívar y el proceso de emancipación ayer y hoy por Jorge Rodríguez Arbeláez	191
--	-----

El médico del Libertador, Dr. Reverend por Donato Duque Patiño.	198
---	-----

Más Bibliografía Bolivariana por Néstor Botero G.	205
---	-----